Alfredo Sáenz

LAS PARÁBOLAS DEL EVANGELIO
SEGÚN LOS PADRES DE LA IGLESIA



El misterio de Israel y de las naciones

LAS PARÁBOLAS DEL EVANGELIO SEGÚN LOS PADRES DE LA IGLESIA

El misterio de Israel y de las naciones

EDICIONES GLADIUS
1999

P. ALFREDO SÁENZ, S. J.

LAS PARÁBOLAS DEL EVANGELIO SEGÚN LOS PADRES DE LA IGLESIA

El misterio de Israel y de las naciones

EDICIONES GLADIUS
1999

LAS PARÁBOLAS DEL EVANGELIO SEGÚN LOS PADRES DE LA IGLESIA

1. La misericordia de Dios
2. La misericordia con el prójimo
3. La figura señorial de Cristo
4. El misterio de Israel y de las naciones
5. El misterio de la Iglesia (en preparación)

Portada: *Crucifixión y descendimiento de Cristo* (parcial), Miniatura del Salterio de Blanca de Castilla, hacia 1230, Biblioteca del Arsenal, París. De un lado la Iglesia, coronada, sosteniendo un estandarte real en su mano derecha y en la izquierda un cáliz que recibe el agua y sangre que brotan del costado de Cristo. Del otro lado la Sinagoga, con los ojos cubiertos por una venda, teniendo en su mano derecha el asta quebrada de su bandera y dejando caer las tablas de la ley, mientras la corona se desliza de su cabeza.

Interior: Los grabados y sus respectivos comentarios son del P. Ricardo Coll.

Queda hecho el depósito que previene la ley 11.723.

Con las debidas licencias.
I.S.B.N. 950-9674-49-1

Índice

Llamaré pueblo mío al que no es mi pueblo

(Os 2, 25)

Introducción

DE acuerdo a la sistematización que nos hemos impuesto para ir exponiendo el pensamiento de los Santos Padres sobre las distintas parábolas del Evangelio, nos disponemos a considerar, en este cuarto volumen de la serie, algunas parábolas que se refieren especialmente al tema del pueblo elegido y de los gentiles. Según la tradición cultural de los judíos, el mundo se dividía en dos grandes sectores, el pueblo de Israel y el resto de los pueblos a los que llamaban "las naciones" o "los gentiles". El objeto de nuestra investigación no deja de ser espinoso. Fácilmente se mezclan los tantos y con cierta ligereza se tiende a reducirlo a un asunto de índole racial o a un "problema político". Nosotros lo trataremos, como lo hacen los Padres, desde el punto de vista del designio salvífico de Dios, ya que en el fondo es un "problema teológico".

La elucidación del tema de los Judíos y de los Gentiles resulta inobviable si se quiere entender lo que se ha dado en llamar "la teología de la historia". Con llamativa frecuencia los Padres han interpretado numerosas parábolas recurriendo a ese telón de fondo. Por ejemplo las del fariseo y el publicano, el hijo pródigo, el rico y el pobre Lázaro, y tantas otras. Las dos últimas nombradas las hemos analizado en el primer y segundo volumen de la serie patrística en que estamos empeñados, porque si bien incluían consideraciones sobre el misterio de los Judíos y los Gentiles, por razones metodológicas las estudiamos prevalentemente a la luz de otros temas, como el de la misericordia

de Dios y la misericordia con el prójimo. Así en la parábola del hijo pródigo, los Padres veían en el hijo menor la figura de los Gentiles y en el hijo mayor la del Judío que envidiaba la entrada de aquéllos en el Reino. De manera semejante, en la parábola de los invitados a las bodas sostenían que la tercera convocatoria del rey que preparó las bodas de su hijo, se dirigió a los Gentiles, que estaban lejos, luego del fracaso de las dos primeras, dirigidas al pueblo judío, que eran los más cercanos. En el presente tomo hemos elegido cuatro parábolas más especialmente referidas a este gran tema de la teología de la historia.

Reiteremos nuestra disposición a ubicar el asunto en su verdadero terreno, que es el teológico, en plena comunión con la enseñanza patrística. Porque cuando los Padres hablan de los Judíos se refieren principalmente a "la religión judía" o, si se prefiere, al "judaísmo", entendiendo por ello la comunidad (el *qahal*) de los que, cualquiera sea el lugar donde se encuentran y la epoca en que vivan, profesan la religión mosaica, y, por consiguiente, se consideran como el "pueblo elegido" de Dios. Dejamos así de lado el tema del judaísmo político, del sionismo, del Estado de Israel, y otras cosas por el estilo. Si bien no carecen de alguna conexión con el judaísmo religioso, queremos hacer esta distinción para evitar equívocos.

Según el pensador ruso Vladímir Soloviev, cuando Dios suscita una nación lo hace con un propósito determinado, o, en otras palabras, cada nación es una "Idea" de Dios, una vocación, un designio particular, propio y exclusivo de ella. ¿Cuál fue la "Idea" que Dios tuvo cuando suscitó a Israel, cuál fue su misión histórica? Una misión doble, etnológica, ante todo, y luego religiosa. Como raza, los judíos habían sido "segregados" por Dios para posibilitar un origen carnal al Mesías. En el plan de Dios, el Mesías, cual nuevo Adán, debía unirse al primer Adán por vía de generación humana, a través de David, Jacob, Isaac, Abraham. Esta misión del pueblo judío, misión étnica, se

cumplió cabalmente con la gestación de Jesús en el seno de la Virgen María, "de la casa de David" (Lc 1, 27). Pero ello no era todo. Más allá de lo étnico, al pueblo judío le quedaba por realizar el fin religioso de su elección, que consistía en reconocer en ese Jesús al Mesías esperado, aceptándolo como tal, para luego difundir su conocimiento y su doctrina a todos los demás pueblos de la tierra.

Israel realizó la misión que Dios le había confiado sólo en su primera parte, la parte carnal, pero no en su aspecto religioso, que era el primario. Cuando llegó el momento culminante de su historia, infringió su Alianza con el Señor. Dios le había dicho: "Si guardáis mi alianza, vosotros seréis mi propiedad personal entre todos los pueblos" (Ex 19, 5). Su promesa era condicional: *si* guardáis mi alianza. E Israel no la guardó. No se trataba ya de una transgresión a los mandamientos de Dios (muchas veces había cometido dicho pecado, y Dios siempre le había perdonado) sino de haber desestimado el fin mismo al que se ordenaba la Alianza, que no era sino el reconocimiento del Verbo encarnado, ya que, como dice San Pablo, "el fin de la ley es Cristo" (Rom 10, 4). Donde el plan de Dios sobre su pueblo elegido se cumplió plenamente fue en la Santísima Virgen, la hija santa de Israel, que no sólo le dio su carne al Hijo de Dios sino que también le rindió su fe. No se comportó así el pueblo en su generalidad.

Fue sobre todo San Pablo quien con más profundidad se abocó a exponer la teología de la historia de Israel, de la elección del judaísmo y su ulterior rechazo por parte de Dios, sobre todo en los capítulos 9 a 11 de la epístola a los romanos, que los Santos Padres leyeron con especial atención. Erik Peterson ha escrito un libro realmente notable, *Die Kirche aus Juden und Heiden*, traducido al francés como *Le mystere des Juifs et des Gentils dans l'Eglise*, con prefacio de Jacques Maritain, donde comenta, versículo por versículo, aquellos tres capítulos.

El Apóstol, que jamás ocultó su condición de judío, más aún, se glorió de ella, confiesa la tristeza y el dolor continuo que le producía la defección de su pueblo; incluso declara que hubiera deseado ser anatema, separado de Cristo, por sus hermanos de raza según la carne, "de los cuales es la adopción filial, la gloria, las alianzas, la legislación, el culto, las promesas y los patriarcas, de quienes procede Cristo según la carne" (Rom 9, 4-5). No fueron muchos, por cierto, los judíos que aceptaron a Jesús como Mesías, cumpliéndose la profecía de Isaías de que "aunque los hijos de Israel fueran numerosos como las arenas del mar, sólo un resto volverá al Dios poderoso" (Is 10, 22-23), texto que hace suyo San Pablo (cf. Rom 9, 27), el grupo que no dobló la rodilla ante Baal (cf. 1 R 19, 18; citado en Rom 11, 4). Ello basta para que la fidelidad de Dios a sus promesas quede a salvo, ya que no arrojó totalmente y para siempre a su pueblo (cf. Rom 11, 1). En realidad aquel "resto", formado por los que creen en Cristo, constituye el verdadero Israel de Dios. Como se ve, no es cuestión de raza sino de fe. Porque "no todos los descendientes de Israel son Israel" (Rom 9, 6).

Entra aquí en escena el gran tema de la "transferencia" del pueblo judío al pueblo de los gentiles. Según una imagen bien paulina, Israel era como un olivo fecundo, cuyas raíces fueron los Patriarcas, sobre todo Abraham. Cuando llegó la plenitud de los tiempos, algunas de sus ramas se desgajaron del olivo. Son los Judíos que no quisieron convertirse a Cristo. Por el contrario, otras ramas, esta vez de un olivo salvaje, se vieron injertadas en el olivo de Dios. Son los Gentiles, que no pertenecían al pueblo elegido, como los Judíos. Su pertenencia original a un olivo montaraz muestra que por naturaleza habían caído en el salvajismo y la idolatría. Hubo, pues, algo artificial, casi violento, en esta transferencia, imposible sin la operación del injerto. Nada tiene, por consiguiente, de qué gloriarse el Gentil. Como dice el Apóstol, "si algunas ramas fueron desgajadas,

mientras tú, siendo olivo silvestre, fuiste injertado entre ellas, hecho partícipe con ellas de la raíz y de la savia del olivo, no te engrías contra las ramas" (Rom 11, 17-18). Nuestras raíces son Abraham y los Patriarcas, que eran Judíos y no Gentiles. Por eso, como dice San Pablo en otro lugar, "si sois de Cristo, luego sois descendencia de Abraham, herederos según la promesa" (Gal 3, 29).

La defección de los Judíos tiene, así, una importante e inesperada repercusión histórica, ya que se encuentra en el origen de la salvación de los pueblos no judíos. O, como dice el Apóstol, "su caída ha traído la salvación a los gentiles" (Rom 11, 11). Repercute igualmente en los integrantes del propio pueblo judío quienes al ver cómo los Gentiles entran masivamente en la Iglesia, experimentan celos, no exentos de envidia. La idea de que Israel se vuelva celoso se encuadra perfectamente en la mentalidad religiosa del pueblo elegido. Desde el Antiguo Testamento, Dios trató a Israel como si fuera su esposa, su única y legítima esposa. Cuando los judíos advierten que, a raíz de su deslealtad, Dios se inclina hacia otra esposa, es natural que se sientan celosos. Y así fue en realidad, ya que, según leemos en el Nuevo Testamento, Cristo, el Verbo encarnado, tomó a una virgen, la *Ecclesia*, por esposa (cf. Ef 5, 25-27). Por eso, San Pablo, apóstol de los gentiles pero de raza judía, queriendo aprovechar aquella envidia para el bien de los suyos, dice que no pierde la esperanza "de despertar celos en los de mi raza y salvar a algunos de ellos" (Rom 11,14).

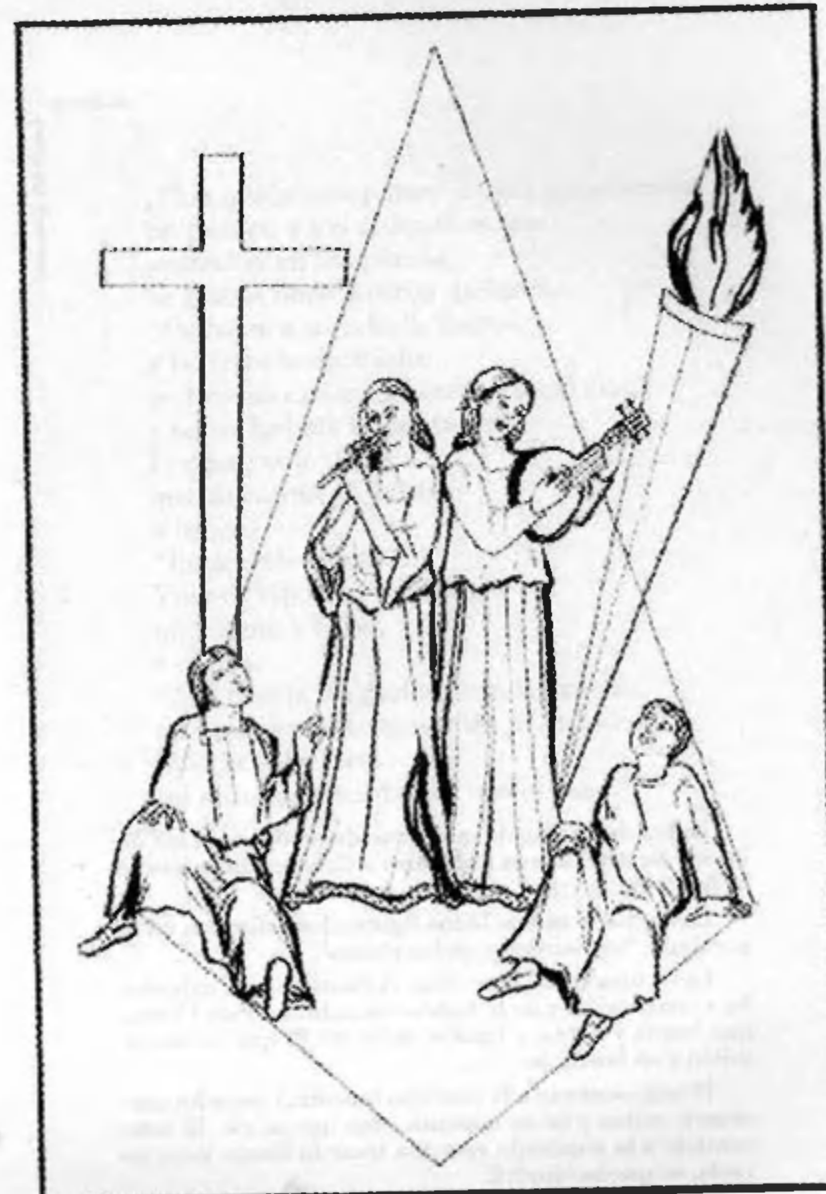
La Iglesia no es, pues, la prolongación de la Sinagoga, ni tampoco una Iglesia hecha de Gentiles. "Hemos sido llamados no sólo de entre los judíos sino también de entre los gentiles", afirma el Apóstol (Rom 9, 24). Tanto Judíos como Gentiles hemos sido convocados a integrar la única Iglesia de Dios, en torno a Jesucristo, el Esposo divino. Queda así suprimida la distinción que los miembros de Israel establecían entre Judíos y Gen-

tiles. Con lo que se encuentra trascendida la idea judía de la elección, según la cual un pueblo único era elegido con exclusión de los demás. De ahí que se pueda hablar de la "Iglesia de los Judíos y de los Gentiles", de los judíos que han aceptado a Cristo y de los gentiles que se han adherido a Él, cumpliéndose aquello que, a propósito de Jesús, decía San Pablo en una de sus cartas: "Él es nuestra paz, que hizo de todos los pueblos uno, derribando el muro que los separaba, la enemistad" (Ef 2, 14). Con todo, fueron los Gentiles quienes se adhirieron al Señor de manera multitudinaria, formando un nutrido grupo de naciones cristianas, que constituyeron ulteriormente la Cristiandad, mientras que la mayor parte de los Judíos han permanecido hasta ahora ajenos a Cristo.

Sin embargo queda por esperar un momento glorioso para Israel, su conversión al cristianismo al fin de los tiempos. Los cristianos gentiles nos alegramos desde ya en la expectativa de dicho momento, claramente anunciado por San Pablo: "El endurecimiento parcial que sobrevino a Israel, durará hasta que entre la totalidad de los gentiles, y entonces todo Israel será salvo" (Rom 11, 25-26). Como se ve, el endurecimiento del pueblo judío, obstinadamente cerrado al verdadero Mesías, no es total en cuanto al número de sus miembros, ni tampoco perpetuo en cuanto a su duración en el tiempo. Se trata del endurecimiento de *una parte* de Israel, que sólo durará *hasta* la conversión de los pueblos gentiles. Entonces *todo* Israel será salvado. No será, por cierto, una obra meramente humana, ya que, como dice el Apóstol al gentil hecho cristiano "poderoso es Dios para injertarlos de nuevo; porque si tú fuiste cortado del olivo silvestre que eras por naturaleza, para ser injertado contra tu natural en un olivo cultivado, ¡con cuánta más razón ellos, según su naturaleza, serán injertados en su propio olivo!" (Rom 11, 23-24).

Capítulo Primero

LOS NIÑOS ANTOJADIZOS



La luz del triángulo que viene de arriba es la luz de la revelación. La cruz simboliza a Cristo, y la antorcha al Bautista.

Los niños a ambos lados figuran los referidos en la parábola, "los sentados en las plazas".

La lectura sería: Vino Juan el Bautista, que exhortaba a conversión, y no lo habéis escuchado. Vino Cristo, que comía y bebía, y habéis dicho de Él que es un comilón y un borracho.

El niño sentado a la derecha (nuestra) escucha canciones tristes y no se lamenta, sino que se ríe. El niño sentado a la izquierda escucha tocar la flauta, pero no baila, se queda inmóvil.

¿Con quién compararé a esta generación?
Se parece a los chiquillos que,
sentados en las plazas,
se gritan unos a otros diciendo:
"Os hemos tocado la flauta,
y no habéis danzado,
os hemos entonado cantos fúnebres,
y no os habéis lamentado".
Porque, vino Juan,
que ni comía ni bebía,
y dicen:
"Está endemoniado".
Vino el Hijo del hombre,
que come y bebe,
y dicen:
"Ahí tenéis un glotón y un borracho,
amigo de publicanos y de pecadores".
Mas la sabiduría
ha sido justificada por sus obras.

Mateo 11, 16-19

LA presente parábola, tal cual la consigna Mateo, tiene su lugar paralelo en Lc 7, 31-35, con pequeñas divergencias que señalaremos en su momento.

Como lo hemos hecho al iniciar el comentario de otras parabolas, ubiquemos también a ésta en su lugar cronológico. Tanto Lucas como Mateo la ponen en continuidad con la embajada que el Bautista, detenido a la sazón en una celda, envió para cerciorarse de la identidad de Jesús. Así leemos en Mateo: "Juan, que en la cárcel había oído hablar de las obras de Cristo, envió por sus discípulos a decirle: «¿Eres tú el que ha de venir, o debemos esperar a otro?» Jesús le respondió: «Id y contad a Juan lo que habéis oído y visto: los ciegos ven, los cojos andan, los leprosos quedan limpios, los sordos oyen, los muertos resucitan y se anuncia a los pobres la Buena Nueva; y bienaventurado aquel que no se escandalizare de mí!»" (11, 2-6).

Cuando los enviados de Juan retornaron con la respuesta del Señor, sigue diciendo Mateo, Jesús pronunció un encendido elogio de Juan: "¿Qué habéis ido a ver en el desierto? ¿Una caña agitada por el viento? ¿Qué habéis ido a ver? ¿A un hombre elegantemente vestido? Los que visten con elegancia están en los palacios de los reyes. Entonces, ¿a qué habéis ido? ¿A ver un profeta? Sí, yo os digo que más que a un profeta. Éste es de quien está escrito: «He aquí que yo envío mi mensajero delante

de ti, que preparará por delante tu camino» (Mal 3, 1)" (Mt 11, 7-10; cf. Lc 7, 19-27). Más aún, agregó el Señor, "en verdad os digo que no ha surgido entre los nacidos de mujer uno mayor que Juan el Bautista" (Mt 11, 11; cf. Lc 7, 28). Era, a juicio de Jesús, un gran profeta, o si se quiere, el último de los profetas suscitados por la Providencia para que Israel accediese al conocimiento del Mesías (cf. Mt 11, 14-15). Así se entiende lo crucial que resultaba para el pueblo elegido acoger o rechazar aquella voz inspirada, próxima a expirar por orden de Herodes.

Lucas, por su parte, señala el resultado concreto de la predicación del Bautista: "Todo el pueblo que le escuchó, incluso los publicanos, reconocieron la justicia de Dios, recibiendo el bautismo de Juan, pero los fariseos y los doctores de la ley frustraron el plan de Dios sobre ellos no haciéndose bautizar por él" (Lc 7, 29-30). Como se ve, los sencillos y humildes de corazón, abiertos a la gracia, acataron el designio divino, más que con palabras con las obras, aceptando el bautismo al que los invitaba el profeta que Dios les había enviado. Es muy propio del evangelio de San Lucas destacar la universalidad de la buena nueva, que no excluye a los más sencillos, aunque sean pecadores, con tal que estén dispuestos a salir del pecado. Los fariseos soberbios y los arrogantes doctores de la ley, teniendo tanto mayor motivo, por su conocimiento y su formación, para reconocer y aceptar el plan de Dios, lo desdeñaron y defraudaron.

¿Cuál era el plan de Dios? Preparar la inmediata llegada del Mesías con la ayuda del Precursor, derramando gracias especiales, de modo que por la predicación del Bautista y por el rito sensible del bautismo, los miembros del pueblo judío se dispusiesen a recibir y reconocer a Cristo como el Mesías esperado, como el Verbo encarnado. Mas sus dirigentes cerraron los oídos a las palabras de Juan y se negaron a recibir su bautismo, frustrando de esta manera, en lo que estaba de su parte, la gracia que

Dios les había preparado. He ahí el terrible privilegio del libre albedrío y de la obstinada voluntad del hombre, su capacidad de invalidar el plan divino.

Tal es el contexto de nuestra pequeña parábola, que Cristo pronunció tras su panegírico de San Juan Bautista, y luego de constatar los diversos resultados de la predicación del Precursor, ya en el pueblo, ya entre los fariseos y doctores de la ley.

1. EL JUEGO DE LOS NIÑOS

Cristo propone la parábola como quien da respuesta a una pregunta que El mismo se hace, en forma de proemio: *¿Con quién compararé a esta generación?*

La frase tiene cierto halo de misterio. ¿A quién alude al decir "esta generación"? Refiérese, sin duda, a aquellos fariseos y escribas que hicieron oídos sordos a la predicación de Juan y se negaron a recibir su bautismo, según acabamos de verlo. Pero tras aquellos personajes concretos, quiso sin duda incluir a todos sus contemporáneos que se cerrarían al plan de Dios, al reconocimiento y aceptación del Mesías, especialmente a los dirigentes del pueblo judío, como nos lo dirán los Padres.

¿Con quién los compararé? No halló el Señor nada más adecuado que parangonar su conducta con la que mostraban los niños al jugar en la plaza. ¿En dónde radica la semejanza? Ante todo en que tratándose de un asunto tan crucial como es el de la Redención y del Reino, los contemporáneos del Señor lo tomarían sin la debida seriedad, poco menos que como un pasatiempo. Y en segundo lugar, en que más allá de considerarlo como un juego, se mostrarían veleidosos y sin juicio, al modo de niños volubles y antojadizos, que no se aplican con formalidad a un juego ni a otro.

El texto que nos ocupa se encuentra a mitad de camino entre lo que podría ser una sencilla comparación y una auténtica parábola. A diferencia de otros textos semejantes, no se relata aquí ninguna historia, como por ejemplo en la parábola del hijo pródigo, sino que se recurre del modo más natural a una imagen tomada de la vida cotidiana del pueblo, el modo de comportarse de los niños cuando se divierten en la plaza. Unos quieren jugar a las bodas, y por eso tocan la flauta en corro, pero ello no les agrada a los otros; entonces éstos proponen jugar al entierro, pero tampoco encuentran aceptación en los primeros.

Destaquemos cómo Jesús, para dar a conocer su doctrina, se ayuda de cosas tan triviales como ésta. Nada hay que no le sirva para instaurar un parangón atractivo y rico en enseñanzas. La imagen es de las que se ven en todas partes y en todos los pueblos: chicos que juegan, remedando las acciones de los grandes, y a veces acaban gritando o riñendo. Sin duda que cuando era niño en Nazaret ha de haber tomado parte en los juegos de sus coetáneos en la plaza del pueblo. Asimismo, viajando por las ciudades y aldeas de Galilea, habrá tenido frecuentemente ocasión de observar a los chicos que jugaban en grupo. ¡Qué simpatía la de Cristo por esos niños –"dejad que los niños vengan a mí" (Lc 18, 16)–, hasta detenerse a observar sus juegos e interesarse por ellos! Pero al mirarlos, su mirada no fue sólo una mirada humana. Fue una mirada divino-humana, que penetró hasta lo recóndito, la realidad de la vida en sus dos momentos más solemnes, el uno festivo de las bodas, el otro triste de las exequias, sacando de allí las derivaciones más inesperadas y sobrenaturales.

Se parece a los chiquillos, que sentados en las plazas... El término griego παιδίοις significa niños. Pero comporta un ligero matiz peyorativo que no se traduce bien sino por el término chiquillos, chicos traviesos, es decir, esos chicos revoltosos que es-

tan siempre corriendo por las calles y las plazas, divirtiéndose a los gritos y peleándose.

Para captar mejor el sentido de la parábola ayuda conocer en qué consistía detalladamente este entretenimiento practicado por los niños orientales, sobre todo judíos. El juego incluía escenas dialogadas donde un solista, a voz en cuello, cantaba sucesivas estrofas de alegría o de tristeza, mientras sus compañeros le hacían eco, batiendo las palmas y repitiendo siempre el mismo estribillo.

Era un juego no carente de belleza y simbolismo. La Sagrada Escritura contiene, si bien en otro nivel, algunos casos similares de cantos religiosos –juegos sacrales–, en forma de poesía dialogada, por ejemplo el salmo 136 "Dad gracias el Señor", con su insistente refrán: "porque es eterna su misericordia". Algo semejante se advierte en "el canto de los tres jóvenes" arrojados al horno por los esbirros de Nabucodonosor (cf. Dan 3, 51-90).

San Cirilo de Alejandría se refiere así al juego de nuestra parábola: "Había cierto modo de entretenerse entre los hijos de los judíos. Un grupo de niños se dividía en dos partes para burlarse de las vicisitudes fugaces de la vida presente. Unos cantaban, y otros se lamentaban; los que lloraban, no se alegraban con los que cantaban, ni los que se alegraban se conformaban con los que lloraban; después se reprendían mutuamente y censuraban su falta de simpatía" [1]. Ni los unos se movían a la risa, ni los otros al llanto. En la vida real de los adultos, tanto las bodas como las exequias se celebraban en Oriente con aparato y ostentación, lo que se estila aún en nuestros días. Por lo demás, los chicos, los de entonces y los de ahora, no necesitan ser incentivados para que remeden a los mayores. Eso es lo que sucedía en estos juegos.

1 *Comment. in Lc.*, cap. 7, 32. PG 72, 620.

por Dios para anunciar el Reino y poner así a las almas en el camino de la salvación. Citemos tan sólo a San Jerónimo: "Los niños sentados en la plaza pública son aquellos de los que habla Isaías: «Aquí estamos, yo y los niños que Dios me ha dado» (Is 8, 18). Asimismo leemos en el salmo 18: «El testimonio del Señor es veraz, da la sabiduría a los pequeños» (Ps 18, 8). Y también: «De la boca de los niños y de los lactantes habéis hecho salir la alabanza perfecta» (Ps 8, 3)" [3].

1. La Insensibilidad de la Sinagoga

Numerosos Padres relacionan esta parábola con el misterio de la misión de Israel, su vocación para ser el pueblo elegido y su ulterior defección. El "ágora", escribe San Beda, haciéndose eco de varios Padres anteriores, es la Sinagoga, o la misma Jerusalén, donde antiguamente los judíos se sentaban para escuchar a los profetas. Pero la prédica de éstos no llegó a aquéllos, negándose a escuchar ni los salmos ni las lamentaciones de los que hablaban en nombre de Dios [4].

San Jerónimo detalla la semejanza:

> "Como el pueblo judío se negaba a escucharlos, no se contentaron con decírselo, sino que lo gritaron a voz en cuello: «Hemos cantado para vosotros y no habéis danzado». Por nuestros cantos os hemos llamado a hacer buenas obras, a danzar al son de la flauta, como lo hizo también David ante el arca del Señor, y no habéis querido. «Nos hemos lamentado», y os hemos llamado a la penitencia, y tampoco esto habéis querido hacerlo, despreciando por igual nuestras dos predicaciones que os exhortaban una a las virtudes, la otra a la penitencia por los pecados. Y no es extraño que hayáis

3 Ibid.
4 Cf. *In Mt. Ev. exposito*, lib. II, cap. 11: PL 92, 58.

menospreciado los dos caminos de salvación, habiendo despreciado tanto el ayuno como la saciedad" [5].

San Cirilo de Alejandría prefiere comparar a los judíos con los niños, algunos de los cuales danzaban, y los otros se lamentaban, no obrando de manera unánime sino discutiendo entre sí. No aprobaron aquéllos ni la austeridad de Juan ni la liberalidad de Cristo, como si tanto una como otra fueran inútiles y hasta nocivas. Cuando Juan predicaba el bautismo de penitencia lo que buscaba era que los judíos se movieran a la contrición, de modo que, impresionados por sus palabras, llorasen sus pecados. En cuanto a Cristo, su predicación sobre el reino de los cielos tendía a que los judíos, atraídos por la alegría y el gozo espiritual, dirigiesen sus ojos a la vida futura, pura y eterna. Ambos procedimientos fracasaron [6].

Sea lo que fuere, los reproches mutuos de los niños caprichosos no se dirigen a toda la multitud de los oyentes, pueblo y fariseos tomados en conjunto, sino sólo o preferentemente a los fariseos. Esto se ve mejor en la versión de Lucas que en la de Mateo. Si fuese de otra manera, Lucas se contradiría con algunos versículos de intervalo, ya que poco antes había escrito: "Todo el pueblo que le escuchó [al Bautista], incluso los publicanos, reconocieron la justicia de Dios, recibiendo el bautismo de Juan" (7, 29), y enseguida los contrapone a los refractarios: "pero los fariseos y los doctores de la ley frustraron el plan de Dios sobre ellos no haciéndose bautizar por él" (7, 30). Es a estos últimos a quienes principalmente se dirige la parábola. Los "hombres de esta generación", expresión tan genérica como enigmática, son ante todo los fariseos, y no la multitud dócil y permeable al mensaje divino. Sólo que, según la concepción cor-

5 *Comment. in Mt.*, lib. II, 11, 19-20: SC 242, p.226.
6 Cf. *Comment. in Mt.* 29: PG 72, 400.

porativa de los judíos. los pecados de sus jefes involucran también al pueblo. En este sentido podemos entender el siguiente texto de San Cirilo de Alejandría: "Lo que el Salvador quiere afirmar es algo que sucedió realmente al pueblo de los judíos y a sus príncipes. Porque vinieron los profetas prediciendo futuras calamidades, dignas de luto. Tras ellos vinieron Cristo y los apóstoles, a manera de flauta, cantando la predicación del reino y la gracia de la penitencia. Pero los judíos de corazón endurecido no sólo no gimieron con lo que escucharon primero, sino que frente a los que vinieron después tampoco danzaron, no manifestando así ningún acto de virtud" [7].

San Ambrosio, por su parte, limitando su interpretación al Antiguo Testamento, tras señalar que lo que la parábola quiere decir es que los judíos no creyeron en los salmos primero, ni más tarde en las lamentaciones de los profetas, escribe: "Ni triunfos ni desastres provocaron la corrección de los judíos: movidos por los beneficios del amor divino, habrían debido elevar su alma, desprenderse de la tierra, buscar el cielo, y atritos por los sufrimientos de la cautividad, llorar su pecado, puesto que su falta era la causa de su sufrimiento" [8].

2. NI EL BAUTISTA PENITENTE

Precisemos mejor, con los Padres, la reacción de los dirigentes judíos tanto ante el mensaje de penitencia como ante el anuncio de la buena nueva.

La primera de ellas se produjo frente a la figura del Precursor: *Porque, vino Juan, que ni comía ni bebía, y dicen: "Está endemoniado"*.

7 *Comment. in Lc.*, cap. 7, 32: PG 72, 620.
8 *Exp. Ev. sec. Lc.*, lib. VI: SC 45, p.230.

San Ambrosio considera al Bautista como la culminación del "camino" salvífico elegido por Dios para suscitar el arrepentimiento de su pueblo prevaricador. En orden a confirmar dicho aserto, trae al recuerdo la actuación de diversos personajes del Antiguo Testamento que intentaron algo semejante.

Ante todo la de Jeremías. Este profeta, con motivo de la deportación y devastación de Jerusalén, entonó sus famosas lamentaciones. Sabía que el gran remedio para su pueblo era la penitencia, y así se sentó a llorar, con la intención de que los demás hiciesen suyo dicho llanto: "¡Cómo, ay, yace solitaria la ciudad populosa! Como una viuda se ha quedado la grande entre las naciones. La princesa entre las provincias sujeta está a tributo. Llora que llora por la noche, y las lágrimas surcan sus mejillas. Ni uno hay que la consuele entre todos los que la aman; le fallaron todos sus amigos y se le volvieron enemigos" (Lam 1, 1-2). Y agrega: "Por esto lloro yo, mis ojos están nublados de tanto llorar, porque se alejó de mí el que me consolaba" (Lam 1, 16).

A veces el pueblo escuchó el llamado de sus profetas a la contrición, prosigue Ambrosio, como lo hizo en su momento el pueblo de Nínive, evitando así la amenaza de destrucción que en nombre de Dios había pronunciado sobre ella Jonás (cf. Jon 3, 1-10); de tanto valor es la medicina de la penitencia, que el Señor pareció cambiar de decisión.

Lloró asimismo David, reconociendo no sólo su grave pecado personal, sino también la nefasta influencia de éste sobre el pueblo que Dios le había confiado. Así mereció que la misericordia de Dios lo perdonara a él y descartara la muerte del pueblo que debía perecer (cf. 2 Sam 24, 10-17).

También Ezequiel quiso que Jerusalén, la prevaricadora, llorara por sus pecados. Para ello recibió un libro de manos de Dios, en cuyo anverso y reverso estaba escrito: "Lamentaciones, gemidos y ayes" (Ez 2, 10).

El mismo Señor, concluye Ambrosio, lloraría sobre Jerusalén (cf. Lc 19, 41), con el deseo de que ya que ella misma no había querido llorar, al menos sus lágrimas le alcanzaran el perdón. Más aún, a las mujeres que se condolían con Él en el camino al Calvario les dijo: "Hijas de Jerusalén, no lloréis por mí; llorad más bien por vosotras y por vuestros hijos" (Lc 23, 28) [9].

En este contexto hay que ubicar la invitación al llanto por parte del Precursor. Cobra así todo su vigor la frase del Señor: *Vino Juan, que ni comía ni bebía, y dicen: "Está endemoniado"*. Es decir, Dios envió al Bautista, que no se daba, ni siquiera honestamente, a los placeres de la mesa, como suelen hacer todos, sino que ayunaba o se alimentaba de langostas, de manera que parecía más un ángel que un hombre, para que, viendo su ejemplo, los escribas y fariseos se moviesen a contrición y penitencia. Pero fue en vano. No sólo desdeñaron su predicación, sino que lo trataron de poseso. Bien les conviene aquello del salmo: "Mi pueblo no escuchó mi voz, Israel no me quiso obedecer" (Ps 80, 12).

San Cirilo enrostra así la obcecación de los fariseos frente al que se les presentaba con el hábito de la penitencia:

> "¿Por qué medio serás llevado a la fe, fariseo insensato, que todo lo vituperas sin discreción, y nada juzgas digno de alabanza? El bienaventurado Bautista precedió al Salvador, diciendo: «Haced penitencia, porque se acerca el reino de los cielos» (Mt 3, 2). Por cierto que era idóneo para persuadir aquel que ofrecía un testimonio tan espléndido y admirable por su género de vida. Tú, empero, ¿te atreves a injuriar a quien deberías contemplar con suma admiración? ¿Dices que tiene un demonio aquel que con sus ayunos mortifica la

9 Cf. *De poenitentia*, lib. II, cap. 6, 45-51: PL 16, 508 509.

ley del pecado que se adhiere a los miembros de la carne? Porque el bienaventurado Bautista era el camino para la religión de Cristo"[10].

Tal fue la conducta de Israel frente a la primera vía de salvación que Dios le ofrecía, la vía austera del Bautista. A aquel que por el bien de los demás, en particular del pueblo elegido que él mismo integraba, había abrazado una vida tan rigurosa, justamente él que no la necesitaba siendo puro e inocente, lo calificaban de "endemoniado". En vez de reconocer en su asperidad y su penitencia el espíritu de Dios, lo atribuyeron al espíritu de Satanás. Un caso insigne de ingratitud y de malicia, nada extraño, por lo demás, ya que, cuando más adelante, los jefes de los judíos vieran los milagros incontestables de Cristo, los atribuirían al demonio (cf. Mt 12, 24, Mc 3, 22, Lc 11, 15).

Está endemoniado, es decir, es un maníaco, un amente, un insano, como son los poseídos por el demonio. Ésa es la razón por la que estúpidamente aflige su cuerpo y desdeña los placeres de la vida.

3. Ni el Cristo que Come y Bebe

Veamos ahora el segundo camino, el que nos abrió el mismo Cristo, distinto al de su precursor. Porque Jesús no vivió habitualmente en el desierto, como el Bautista, sino más bien en los pueblos y ciudades, junto con sus apóstoles. El camino del Bautista había sido el de los "cantos fúnebres" de los niños de la parábola, que quedó malogrado: "No os habéis lamentado". Llega ahora el turno al otro grupo de chicos: *Os hemos tocado la*

10 *Comment. in Lc.*, cap. 7: PG 72, 620-621.

flauta. Es el camino de Cristo, el camino del gozo espiritual, de la eutrapelia y de la victoria.

San Ambrosio nos ofreció un poco más arriba un amplio elenco de los profetas del Antiguo Testamento que exhortaron a la penitencia, preparando así la vía austera del Bautista. Ahora nos recuerda a quienes, también en el Antiguo Testamento, entonaron cantos relacionados con la salvación, preludiando el gozo que caracterizaría la futura venida del Redentor.

Así cantó Moisés, comienza Ambrosio, después de pasar con su pueblo por el Mar Rojo. Fue un paso admirable, por cierto, en que las aguas formaron muralla a derecha e izquierda, y luego esas mismas aguas volvieron a su cauce normal, sumergiendo a los caballos del ejército del Faraón, juntamente con sus jinetes (cf. Ex 14, 15 - 15, 21).

También Isaías entonó un cántico de amor a su viña querida, símbolo de Israel, pueblo llamado a fructificar en racimos de virtudes (cf. Is 5, 1 ss.).

Cantaron, asimismo, los tres jóvenes en el horno, cuando en vez de ser consumidos por sus llamas, sus pies se sintieron refrescados al contacto del fuego; la llama se había vuelto inofensiva, soplando sobre ellos como un frescor de brisa y de rocío (cf. Dan 3, 24 ss.).

Lo mismo Habacuc, quien tratando de apaciguar mediante un cántico la tristeza del pueblo atribulado, profetizó que la Pasión del Señor sería gustosa para los creyentes (cf. Hab 3).

Como se ve, concluye Ambrosio, los profetas no sólo lloraron, para enternecer con sus lamentos quejumbrosos los rudos corazones de los judíos, sino que también hicieron resonar, mediante melodías espirituales, el anuncio gozoso de la común salvación [11].

11 Cf. *Exp. Ev. sec. Lc.*, lib. VI, 5-11; SC 45, pp.229-232.

Os hemos tocado la flauta, y no habéis danzado. La Vulgata traduce: "no habéis saltado", no habéis brincado. Hay que distinguir dos tipos de danzas, acota San Máximo de Turín, dos tipos de "saltos" o maneras de saltar, el salto corporal de aquel que se eleva hacia lo alto, quedando allí suspendido por un momento, o salta una y otra vez, subiendo y bajando, y el salto espiritual, en cuya virtud el hombre, elevándose por la fe de modo sublime, es llevado hacia las alturas desde donde contempla, aunque sea por breves instantes, el cielo y el paraíso. Y así como el que salta materialmente adquiere la destreza del baile corporal, así el que salta espiritualmente por la agilidad de la fe, hace suya la esbelta danza de todo el orbe [12].

También San Ambrosio señala la diferencia de ambas maneras de saltar. Porque lo que se recomienda no son los saltos que en los bailes suelen acompañar a los placeres de la lujuria, sino aquellos por los que uno eleva el cuerpo perezoso, impidiéndole que se instale en esta tierra. Así saltaba espiritualmente San Pablo cuando danzaba por nosotros: olvidando lo que estaba atrás, y lanzándose a lo que estaba por delante, corría hacia la meta para alcanzar el premio de Cristo (cf. Fil 3, 13) [13]. Lejos, pues, de nosotros, prosigue, los brincos de los histriones impúdicos, los bailes desmesurados, saltos viciosos muy frecuentes en la adolescencia. Hay que saltar al modo de David, cuando danzó y dio vueltas delante del arca del Señor, sin ruborizarse por ello [14].

El mismo autor, en su comentario a nuestra parábola, señala cómo la Escritura enseña a cantar con gravedad, a salmodiar con destreza (cf. Ps 46, 8). Incluso exhorta a danzar con sabidu-

12 Cf. *Sermones*, sermo 42. Increpatio ad plebem et de eo quod scriptum est in euangelio: Qui habet dabitur ei et Cantauimus uobis et non saltastis 4-5: CCL 23, 171.

13 Cf. *De poenitentia*, lib. II, 6, cap. 42-43: PL 16, 508.

14 Cf. ibid., 6, 42: PL 16, 508.

ría, por ejemplo cuando el Señor dijo a Ezequiel: "Bate las manos y golpea con el pie" (Ez 6, 11). Siendo Dios custodio de las buenas costumbres, jamás habría recomendado movimientos bufonescos y enloquecidos, ni aplausos carentes de dignidad, haciendo que un profeta tan grande se rebajara al nivel de los actores livianos y amanerados. Porque hay una clase de aplausos que respaldan las buenas acciones, cuando su noticia se propaga por el mundo mereciendo la gloria de los hombres. Ello origina una danza honorable, donde el alma brinca y el cuerpo se eleva, mientras suspendemos nuestras arpas en los sauces.

Dios le ordenó, pues, al profeta aplaudir con las manos y golpear el suelo con los pies. ¿Cuál era el motivo de tanta exultación? El misterio de la Encarnación del Verbo:

> "El profeta recibe la orden de cantar, porque veía ya las bodas del Esposo, donde la Iglesia es la desposada y Cristo el bienamado. Buenas bodas, por las que el alma se une al Verbo, la carne al Espíritu. En estas mismas bodas el profeta David quiso que tomásemos parte, a ellas nos ha convidado, porque desposaba a sus descendientes. Por eso, más feliz que los demás, como presente a la celebración misma de las bodas, nos exhorta a que nos dirijamos hacia el gozoso espectáculo: «Saltad de alegría, dice, por Dios, nuestro socorro, cantad gozosamente al Dios de Jacob. Entonad el salmo y tocad el tamboril, el arpa armoniosa y la cítara» (Ps 80, 2-3). ¿No veis al profeta como en tren de danzar? Y en otro lugar: «Yo te cantaré sobre la cítara, Santo de Israel. Mis labios gozarán, cantándote, y mi alma, que tú rescataste» (Ps 70, 22-23). ¿Oís la voz de los tocadores de cítara, oís el ruido de los pies de los danzantes? Son las bodas, creedlo.
>
> Tomad, vosotros también, la cítara, para que, tocada por el plectro del Espíritu, la cuerda de vuestras fibras interiores emita el sonido de la obra buena. Tomad el arpa, para que suene el acuerdo armonioso de vuestra palabra y de vuestras

acciones. Tomad el tamboril, para que el espíritu haga cantar interiormente al instrumento de vuestro cuerpo, y el ejercicio de vuestra actividad traduzca la amable ternura de vuestras costumbres. Así cantaba el profeta cuando decía: «Ven del Líbano, esposa mía, ven del Líbano, vente» (Cant 4, 8)"[15].

Los niños de la plaza pudieron decir: *Os hemos tocado la flauta*. Dicho canto se entonó solamente en Jerusalén, el ágora o foro del Señor, donde se publicaban las leyes divinas, concluye su magnífico texto el gran obispo de Milán[16]. Como romano de raza y antiguo gobernador de una provincia del Imperio, bien sabía el Santo que el foro era el lugar donde se promulgaba y aplicaba el derecho. Pues bien, es allí donde se proclaman estas bodas tan gozosas. Con razón, pues, pudieron exclamar los niños: "¡Os hemos tocado la flauta!".

La danza a que estos niños invitaban era, como se ve, una danza nupcial, acompañada con el sonido festivo de las flautas, para festejar la encarnación del Verbo, el desposorio de Dios con el hombre, de la naturaleza divina con la naturaleza humana. Coincide en dicha interpretación Máximo de Turín:

> "Suelen los hombres festejar sus fiestas, sobre todo sus nupcias, saltando o cantando. También nosotros tenemos nuestras nupcias, en las que debemos saltar o cantar. Porque se celebra nuestra fiesta cuando Cristo se une con la Iglesia, como dice Juan: «El que tiene esposa es esposo» (Jn 3, 29). Por estas nupcias nos conviene, pues, saltar, así como David, rey al tiempo que profeta, no sólo cantó abundantemente, sino que también se dice que saltó delante del arca del testamento. Transportado de gozo prorrumpió en saltos, porque

15 *Exp. Ev. sec. Lc.*, lib. VI, 5-11: SC 45, pp.229-232.
16 Cf. ibid. 11: p.232.

> en espíritu preveía que María, descendencia suya, sería asociada esponsaliciamente a Cristo, de donde dice: «Y él como un esposo que sale de su tálamo» (Ps 18, 6)...
>
> ¿A quién llamaremos arca sino a santa María? Así como el arca contenía en su interior las tablas de la alianza, así María llevaba en su seno al heredero del nuevo testamento. Aquél custodiaba la ley en su interior, ésta, el evangelio; aquél contenía la voz de Dios, ésta, el verbo verdadero: el arca resplandecía por dentro y por fuera con el brillo del oro, mientras que santa María refulgía por dentro y por fuera con el esplendor de la virginidad; aquél se adornaba con el oro terreno, ésta, con el celestial"[17].

Derivación tan insospechada como esplendorosa la de San Máximo. Así como Daniel bailó delante del arca, así nosotros ante esta nueva arca de la alianza que es la Santísima Virgen, en cuyo púdico seno, convertido en tálamo nupcial, se consumó el matrimonio místico entre Dios y los hombres. De allí saldría el Esposo para proclamar la buena nueva de la redención.

Por ello los niños flautistas tocaba en el ágora. Sin embargo, se quejan, *no habéis danzado*. Los Padres traen aquí a colación lo que Dios le dijo a uno de sus profetas, como preanuncio de lo que sucedería con Cristo: "Tu eres para ellos como un poema de amor, graciosamente cantado, con acompañamiento de buena música. Escuchan tus palabras, pero no hay quien las cumpla" (Ex 33, 32). Los dirigentes judíos oían a Cristo, como habían asistido antes a las predicaciones del Bautista, pero no para cambiar de vida, sino por snobismo, como si escucharan a un mimo o un histrión. Comentando el versículo de nuestro evan-

17 Sermones, sermo 42. Increpatio ad plebem et de eo quod scriptum est in euangelio: Qui habet dabitur ei et Cantauimus uobis et non saltastis, 5: CCL 23, 171-172.

gelio: *y no habéis danzado*, escribe San Ambrosio en una de sus cartas: "Quedaron abandonados *(derelicti sunt)* los judíos, que se negaron a danzar, que no supieron aplaudir con sus manos; en lugar de ellos, fueron recibidos los gentiles, que dieron su aplauso espiritual a Dios. «El necio se cruzó de manos, y devoró su carne» (Ecle 4, 5), esto es, se embrolló en negocios corporales, y devoró su carne, prevaleciendo la muerte; por eso no encontrará la vida eterna. El sabio, en cambio, mostrando sus obras, para que brillaran ante su Padre que está en los cielos (cf. Mt 5, 16), no destruyó su carne sino que la elevó hasta la gracia de la resurrección. Tal es la gloriosa danza del sabio, la que danzó David; gracias a la sublimidad de su danza espiritual ascendió hasta la sede de Cristo, donde pudo ver y oír al Señor que decía a su Señor: «Siéntate a mi diestra» (Ps 109, 1)" [18].

El mismo San Ambrosio instruía así a los catecúmenos: "Cuando vienes al bautismo, se te dice que tienes que levantar las manos, y hacer más veloces los pies con que puedas elevarte a las cosas eternas (cf. Fil 3, 13-14). Esta danza *(saltatio)* es la aliada de la fe, la compañera de la gracia. Porque tal es el misterio. *Os hemos cantado* el cántico del nuevo testamento, *y no habéis danzado*, esto es, no elevasteis el alma a la gracia espiritual" [19].

Hemos escuchado a este Santo, así como a San Máximo, decirnos que la razón de la danza es la Encarnación del Verbo, gran corifeo de la fiesta nupcial que une a Dios y a los hombres. Los judíos, que no habían escuchado el llamado a la penitencia del Bautista, se resisten ahora a la invitación festiva del Verbo encarnado. *Vino el Hijo del hombre, que come y bebe, y dicen: "Ahí tenéis un glotón y un borracho, amigo de publicanos y de pecadores"*. Cristo no quiso escoger el tipo del vida del Bautista.

18 *Epist.* 58, 8, ad Sabinum: PL 16, 1180.
19 *De poenitentia*, lib. II, cap. 6, 43-44: PL 16, 508.

y sin bien conoció el ayuno y la mortificación, prefirió llevar habitualmente una vida ordinaria, más acorde a su designio salvífico. Porque el Señor había venido al mundo para que los pecadores se convirtieran de sus vicios, y para dar a los hombres, en general, ejemplo de todas las virtudes, de modo que cada uno, según su estado, pudiese imitarlo a su manera. Para lo cual fue conveniente que conviviera con ellos, comiera y bebiera como los demás. ¿Por qué escandalizarse de ello? Bien dice San Agustín que todas estas cosas, comida, bebida, vestido, pueden ser usadas sin culpa alguna; lo malo es cuando el que las usa se desenfrena [20]. Por eso también los ricos pueden vivir honestamente en sus riquezas y salvarse. Pero los escribas y fariseos se resistían a aceptar dicho modo de vida, entendiéndolo como glotonería y tendencia a la ebriedad, lo que fue sin duda maledicencia, ingratitud y blasfemia.

San Cirilo de Alejandría nos ha dejado al respecto reflexiones sublimes. Es cierto, escribe, que Cristo fue a veces a Betania, y allí estuvo con María y Marta, interrumpiendo, si se quiere, su ministerio apostólico. Entró, asimismo, en casa de publicanos y pecadores. A vosotros, les dice a aquellos fariseos, la ley de Moisés os prohibe juntaros con los impuros, pero ello es porque como sois débiles e inclinados a pecar, fácilmente consentiríais en su pecado. Porque si fueseis de una virtud sólida y estable, y supieseis manteneros firmes en ella, nada os lo habría prohibido. Pero Cristo, ¿a qué ocasión de pecado estuvo sujeto? "Porque Dios Verbo vino a nosotros, esto es, se encarnó por nosotros, no para juzgar al mundo, sino para que el mundo fuese salvo por Él (cf. Jn 3, 17)... No vino a llamar a los justos, sino a los pecadores a la penitencia (cf. Lc 5, 32). Cuando el sol ilumina la superficie de la tierra no se mancha, aunque recaiga sobre

20 Cf. *De doctrina christiana*, lib. III, cap. 12, 18, en *Obras de San Agustín*, BAC, tomo XV, Madrid 1969, p.178.

muchos cuerpos impuros. El sol de justicia en modo alguno podía ser dañado mientras convivía con hombres perversos". Por cierto, concluye diciendo, no queramos compararnos con Cristo, creyendo que podemos obrar en esto igualmente que El; dada nuestra debilidad, evitemos la familiaridad de los perversos, porque, como dice el Apóstol, "las malas compañías corrompen las buenas costumbres" (1 Cor 15, 33) [21].

Fue, pues, una verdadera calumnia, un juicio gravemente temerario considerar que por el simple hecho de que Cristo visitaba a sus amigos, e incluso a pecadores, en sus respectivas casas, era por ello "un glotón y un borracho". Con estos adjetivos insultantes, lo que sus enemigos probablemente buscaban era reunir fundamentos legales para iniciarle un proceso judicial. Según el Deuteronomio (21, 18-21), cuando un hijo era rebelde y díscolo, derrochador y bebedor, los padres podían e incluso debían llevarlo ante el tribunal de los ancianos de la ciudad, "y todos los hombres le apedrearán hasta que muera".

Sea lo que fuere, y volviendo a nuestra parábola, el hecho es que, como San Ambrosio nos lo ha adelantado, la negativa a aceptar la invitación de los niños flautistas tuvo como efecto que los judíos, principales convocados a aquella danza mística dejasen su lugar a los gentiles, que así entraron en el corro mistérico.

4. Un Pueblo Antojadizo

El pueblo elegido se cerró, de este modo, a las dos vías posibles que la Providencia le había deparado. Ninguna de ellas llegó a satisfacerlo, sea porque le resultaba "demasiado", sea porque le parecía "demasiado poco". Y así manifestó de hecho la

21 Cf. *Comment. in Lc.*, cap. 7: PG 72, 621.

misma caprichosidad irrazonable y la misma necedad que los chicos de la parábola.

Cristo compara a "los de su generación" con los aguafiestas de estos juegos infantiles. Tan descontentadizos e inaguantables como aquéllos, no saben hacer otra cosa sino ver con malos ojos a los mensajeros, los últimos, en el curso de la historia de la salvación. que Dios les envía. *Vino Juan*, que era un asceta adusto y exigente, y lo consideran poseso. *Vino el Hijo del hombre*, que come y bebe con publicanos y pecadores, y puesto que ello no encaja con sus esquemas puramente legalistas, le motejan de comilón y borracho. A semejanza de aquellos niños que no lograban decidirse a qué jugar, así se muestran indecisos los coetáneos de Jesús en su juicio sobre el Señor y el Bautista.

Leemos en San Cirilo de Alejandría:

> "Aquellos hombres concluyeron en contrarias opiniones. Porque diciendo de Juan que tenía un demonio, no encontraron reposo allí; pero también respecto de Cristo, que obró de manera contraria, de nuevo dijeron lo mismo. De este modo siempre andaban dando vueltas en opiniones opuestas. Era conveniente que Juan, como siervo que era, por un género muy duro de vida mortificase las inclinaciones de la carne, y que Cristo, en cambio, como alguien libre, por el poder de su divinidad, como quien tiene potestad, dominara los movimientos de la carne, y sujetara la ínsita ley de la carne, pero no por los trabajos ascéticos. Porque Juan, predicando el bautismo de penitencia, se mostró a sí mismo como figura de los que deben llorar; el Señor, en cambio, predicando el reino de los cielos, con razón mostrará en sí la remisión y la alegría, por lo que describió a los fieles la futura vida inefable, que ignora el trabajo penoso" [22].

22 *Comment. in Mt.* 30: PG 72, 400-401.

Los judíos repudiaron ambos caminos de salvación, escribe San Beda, porque con Juan lamentándose y predicando la penitencia, no quisieron humillarse, y con Cristo, que vivía como los demás, comía y bebía, prefigurando las alegrías del cielo, no quisieron alegrarse [23].

En verdad que se habían empecinado. "Si el ayuno os place –dice San Jerónimo a los fariseos–, ¿por qué [el Bautista] os ha desagradado? Si la saciedad, ¿por qué el Hijo del hombre os ha desagradado? A uno le dijisteis que estaba endemoniado, al otro lo llamasteis glotón y borracho" [24]. Al condenar todas las posibilidades que le ofrecía la divina Providencia, tanto las de aspereza al modo antiguo, como las de suavidad y delicadeza propias del Evangelio, se condenaban también a sí mismos, quedando excluidos del reino mesiánico.

San Ambrosio lo dice de manera categórica:

> "Tal es el misterio: *Os hemos cantado*, es decir, el cántico del nuevo testamento, y *no habéis danzado*, esto es, no elevasteis el alma a la gracia espiritual. *Os hemos entonado cantos fúnebres, y no llorasteis*, es decir, no hicisteis penitencia. Por eso el pueblo judío ha sido dejado de lado (*derelictus*), porque no hizo penitencia, y se cerró a la gracia. Por Juan la penitencia, por Cristo la gracia. A ésta [Cristo] la da como Señor, a aquélla [Juan] la anuncia como siervo. A ambas custodia la Iglesia, para que se alcance la gracia, y no se rechace la penitencia; porque la gracia es el don del magnánimo, la penitencia, el remedio del que delinque" [25].

Ellos no aceptaron ni la humillación de la penitencia ni la alegría del reino, o, como escribe San Agustín, "ni se humillaron

23 Cf. *In Mt. Ev. expositio*, lib. II, cap. 11: PL 92, 58.
24 *Comment. in Mt.*, lib. II, 11, 19: SC 242, p.226.
25 *De poenitentia*, lib. II, cap.6, 44: PL 16, 508.

con Juan ni quisieron alegrarse con Cristo" [26]. Se negaron, así, tanto a llorar como a danzar. San Juan Crisóstomo los pone frente a un dilema insoslayable:

> "Preguntemos, pues, a los judíos: ¿Es cosa buena y admirable el ayuno? Entonces teníais que haber creído a Juan, aceptar su misión y seguir su enseñanza. De este modo, las palabras de Juan debían llevaros a Jesús. ¿El ayuno es cosa insoportable y molesta? Luego teníais que haber creído a Jesús, que seguía camino contrario a Juan. Por uno u otro camino teníais que haber venido a parar en el reino de los cielos. Sin embargo, como fieras indomables, los judíos maltrataron a Juan y a Jesús. No fue la culpa, pues, de los que no fueron creídos, sino de quienes no quisieron creer. Nadie, en efecto, maltrata, como tampoco alaba, a la vez a dos contrarios. Por ejemplo, el que gusta de un hombre alegre y suave de carácter, no gustará de otro triste y rústico; el que alaba al ceñudo no alabará al alegre. Es imposible sentenciar a la vez en favor de uno y otro. De ahí que diga el Señor mismo: «Os hemos tocado la flauta, y no habéis bailado». Es decir, yo he llevado una vida suave y no me habéis hecho caso. Y: «Os hemos entonado un canto de duelo, y no os habéis golpeado el pecho». Es decir, Juan llevó vida áspera y dura, y no le prestasteis atención. Y no dijo: «Él llevó una vida y yo otra», sino que como la intención de ambos era una sola, aun cuando sus géneros de vida contrarios, de ahí que todo lo pone en común. Y, a la verdad, aun el hecho de haber seguido camino contrario procedía de la más perfecta armonía y tendía al mismo y único fin. ¿Qué defensa, pues, os queda en adelante?" [27].

26 *Quaest. Evang.*, lib. II, 11: PL 35, 1337.

27 *Hom. sobre S. Mt.*, hom. 37, 4, en *Obras de San Juan Crisóstomo*, BAC, tomo I, Madrid 1955, pp.741-742.

Los fariseos se cerraron a ambas vías, se burlaron de ambas, con la intención de seguir viviendo a su gusto, en prosecución de sus placeres y vicios ancestrales. Y acabaron cayendo en contradicción consigo mismos, agrega el Crisóstomo. Porque después de haber llamado a Juan endemoniado, no se detuvieron ahí sino que le endosaron también al Señor el mismo calificativo, no obstante comportarse de manera contraria a la de Juan. Con lo que se ve que carecían totalmente de coherencia, defendiendo hoy una cosa y mañana la contraria [28].

Vayamos cerrando este apartado con un magnífico texto del mismo Santo Padre donde demuestra cómo los dos métodos escogidos por la Providencia para ganar a su pueblo, el del ascetismo y el de la vida ordinaria, no fueron sino una manifestación de la generosa benevolencia divina y de su estrategia salvífica:

> "Trata [el Señor] de demostrarles que Juan obraba perfectamente de acuerdo con él, aun cuando los hechos parecían contrarios... Que es como si dijera: Yo y Juan seguimos distintos caminos, pero los dos llegamos al mismo término. Somos dos cazadores (θηραταὶ) que acosan a un animal difícil de capturar y que puede caer en la trampa por dos caminos. Cada cazador toma el suyo, contrario al de su compañero, de modo que por uno u otro lado caiga en el lazo sin remedio. Mirad, si no, cómo todo el género humano admira la maravilla de una vida de ayuno, de austeridad y filosofía. Por eso dispuso la providencia de Dios que Juan se criara desde el principio en ese género de vida, a fin de que ello fuera una razón más de dar crédito a sus palabras. –Entonces –dirás– ¿por qué no entró también Jesús por ese camino? –También, también él entró, puesto que ayunó durante cuarenta días y

28 Cf. ibid., p.742.

corría pueblos y ciudades enseñando, sin tener dónde reclinar su cabeza. Sin embargo, él conseguía lo mismo también de otro modo y por otro camino obtenía el mismo provecho... Por otra parte, Juan no podía presentar otra cosa que la austeridad de su vida y conducta, puesto que no hizo jamás milagro alguno; Jesús, empero, tenía justamente el testimonio de sus milagros y el de su vida maravillosa. Dejando, pues, a Juan la gloria del ayuno, el Señor siguió camino contrario, y no tuvo escrúpulos de sentarse a la mesa y comer y beber con publicanos" [29].

Emocionante esta descripción de Cristo como un Cazador divino que, junto con Juan, "acosan" salvíficamente a la presa anhelada [30]. Pero sin éxito. Ni la severidad ni la bonanza lograron convencer a los judíos de que entrasen en el Reino del Mesías. Por eso el Reino les sería quitado. Así como cuando nos encontramos con chicos caprichosos, a quienes nada contenta, rápidamente nos apartamos de ellos, de manera semejante la Sabiduría divina se retiró de Israel. Ésta fue la primera advertencia que Cristo dirigió a los jefes religiosos del pueblo elegido, reiterada luego en diversas ocasiones, sobre todo en la parábola de la Higuera Estéril, y de manera más drástica en la de los Viñadores Homicidas: "El Reino de Dios os será quitado para dárselo a un pueblo que rinda sus frutos" (Mt 21, 43). Ese pueblo es el de los Gentiles, llamados a cubrir el vacío dejado por el pueblo judío, que a través de sus jefes se resisten a dejarse salvar.

29 Ibid., 37, 3, pp.739-741.

30 Una expresión literaria de este tema nos la ofrece Francis Thompson en su poema *The Hound of Heaven*, El Lebrel del Cielo, cuya versión castellana, realizada por Carlos A. Sáenz, publica L. Castellani en su obra *El Evangelio de Jesucristo*, 5ª ed., Vórtice, Buenos Aires 1997, pp.208-209.

5. La Justificación de la Sabiduría

Ciérrase la parábola con una frase algo extraña. *Mas la sabiduría ha sido justificada por sus obras.* En la versión de Lucas: "La sabiduría ha quedado justificada por todos sus hijos" (7, 35). Dicha frase, que no pertenece directamente a la parábola, se le agrega quizás para oponerse a la argumentación precedente a modo de antítesis: los fariseos están combatiendo las obras de la sabiduría, pero los hijos de la sabiduría la han justificado; o también: pero la sabiduría se ha justificado a sí misma por sus propias obras. La polémica culminaría así en una perspectiva consoladora. Aclaremos mejor los términos.

¿Qué hay que entender acá por *sabiduría*, ἡ σοφία? Según San Jerónimo, se trata de la Sabiduría divina, que no es sino "el designio y la enseñanza de Dios" [31]. Dicha Sabiduría, que es eterna, se ha manifestado históricamente en las actitudes, bien diversas por cierto, del Salvador y de su Precursor, así como en sus respectivas invitaciones al reino mesiánico. También puede entenderse por Sabiduría, agrega el Santo Doctor, al mismo Verbo encarnado, que es "la fuerza de Dios y la sabiduría de Dios" (1 Cor 1, 24) [32].

Se dice en nuestra parábola que la sabiduría quedó "justificada". El verbo justificar, tomado en abstracto, puede significar dos cosas: o hacer justo o declarar justo. Aquí debe tomarse en el segundo sentido. Que la sabiduría quedó justificada significa, pues, que se mostró como era, justa, irreprensible y libre de toda calumnia, en el modo como obraron Juan y Cristo, no dejando de intentar nada que fuera conveniente para la salvación de los hombres, ni el camino de la penitencia ni el camino de la vida común.

31 *Comment. in Mt.*, lib. II. 11, 19. SC 242. p.226.
32 Cf. ibid.

En la versión de Mateo se lee que la sabiduría quedó justificada *por sus obras*, ἀπὸ τῶν ἔργων. Con lo que se confirma lo que acabamos de afirmar, o sea, que las obras, es decir, la exhortación a la penitencia en boca del Bautista, y al evangelio por parte de Jesús, no sólo fueron el último aviso de Dios al pueblo elegido, sino que constituyen el reconocimiento y la justificación de la sabiduría divina. Como escribe San Jerónimo, "la sabiduría busca el testimonio no de la palabra sino de las obras" [33].

En la versión de Lucas se dice que la sabiduría ha quedado justificada por todos sus hijos, ἀπὸ πάντων τῶν τέκνων αὐτῆς. ¿A qué se refiere el texto sagrado? ¿Cuáles son los hijos de la sabiduría? Según el modo de expresarse oriental, "hijos de la sabiduría" son los que se adhieren filialmente a ella, escuchando sus palabras y siguiendo sus reclamos, los que la aprueban con su fe y su conducta. De parte de todos éstos la sabiduría se ve justificada, es decir, reconocida como verdadera, mostrándose tal contra las falsas acusaciones de los adversarios. Los fariseos se mostraron combatiendo las obras de la sabiduría, mas los hijos de la sabiduría las han justificado. En otras palabras, la sabiduría, que es el Verbo encarnado, tiene entrañas de madre. Jamás la podrán comprender los extraños, pero sí sus hijos, que justifican a su madre, presentándola libre de toda culpa, y digna de alabanza. Jerónimo le hace decir a Cristo: "Mi conducta ha sido justificada por los apóstoles, mis hijos, a los que mi Padre reveló lo que había escondido a los sabios, a los que se creen prudentes" [34].

A juicio de San Agustín, lo que la fórmula evangélica quiere decir es que los hijos de la sabiduría entienden que la justicia no reside en el abstenerse o en el comer, sino en la fortaleza para

33 Ibid.
34 Ibid.

soportar la escasez y en la templanza para no dejarse corromper por la abundancia. Lo importante no es el tomar o no tomar algo, lo reprensible es la concupiscencia de las cosas. Tal fue la tesitura del Apóstol: "Se pasar necesidad y sé vivir en la abundancia; estoy avezado a todo y en todo, a la saciedad y al hambre, a la abundancia y a la privación; todo lo puedo en aquel que me conforta" (Fil 4, 12-13). De donde concluye el Santo que la sabiduría se justifica verdaderamente por todos sus hijos, es decir, por aquellos que entienden el valor de la penitencia y también por quienes valoran la saciedad, que es, en cierta forma, la saciedad eterna [35].

Así lo entendió el pequeño resto de Israel, como lo muestra el texto evangélico que antecede inmediatamente a la presente parábola: "Todo el pueblo que le escuchó [al Bautista], incluso los publicanos, reconocieron la justicia de Dios, recibiendo el bautismo de Juan, pero los fariseos y los doctores de la ley frustraron el plan de Dios sobre ellos no haciéndose bautizar por él" (Lc 7, 29-30).

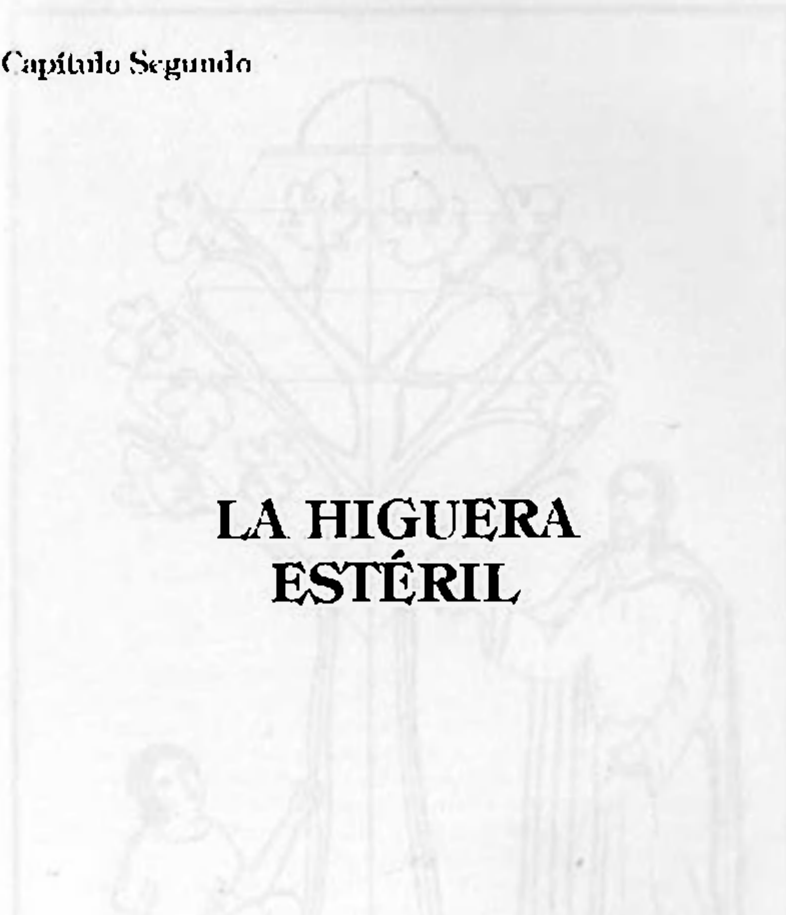
Tras pronunciar la parábola de los niños antojadizos, Cristo increpó duramente a tres ciudades ingratas (cf. Mt 11, 20-24). Lo que así comenta el Crisóstomo: "Entonces, cuando la sabiduría quedó justificada, cuando les hubo mostrado que todo se había cumplido, púsose el Señor a reprender a las ciudades. Ya que no las pudo convencer, las declara malhadadas, que es más que infundirles miedo. A la verdad, ya les había dado su enseñanza, ya había en ellas realizado sus milagros. Mas ya que se obstinaban en su incredulidad, no le quedaba sino maldecirlas. «Y entonces –dice el evangelista– empezó Jesús a maldecir a las ciudades en que se había cumplido la mayor parte de sus milagros, por no haber hecho penitencia, y dijo: ¡Ay de ti, Corozaín!

35 Cf. *Quaest. Evang.*, lib. II, 11: PL 35, 1337-1338.

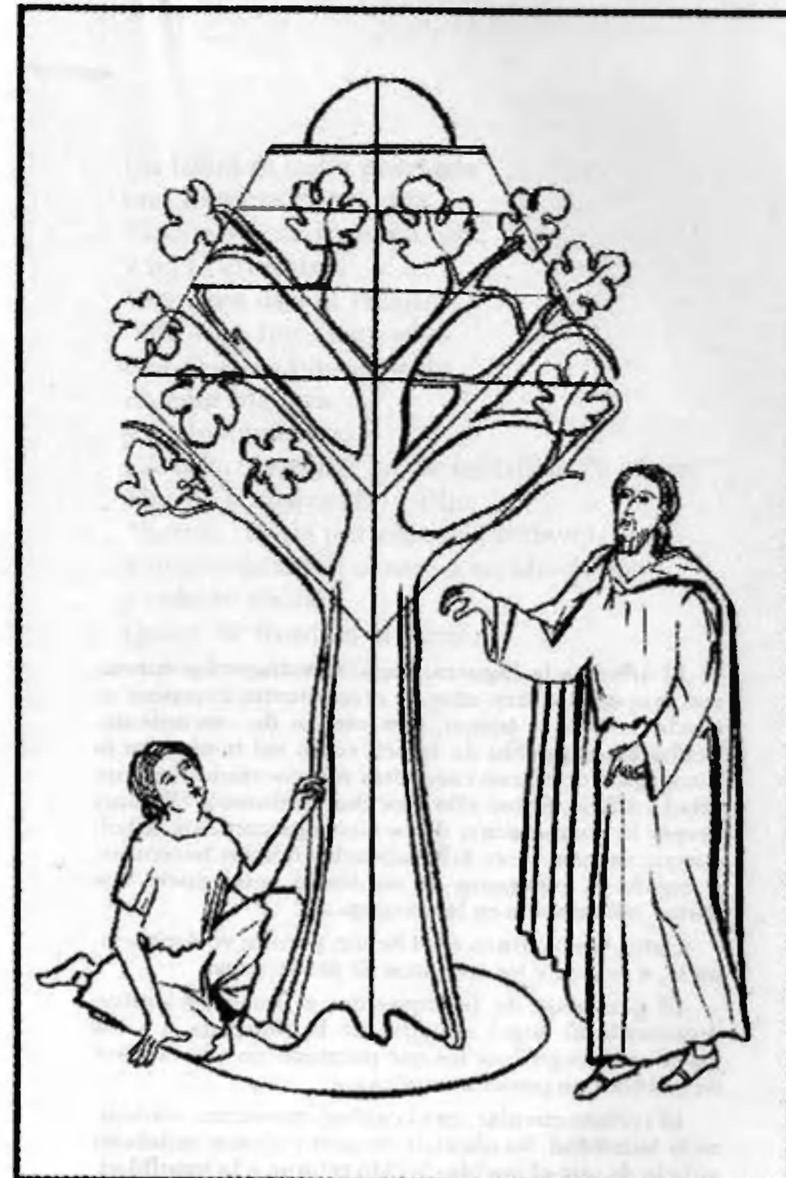
¡Ay de ti, Betsaida!» (Mt 11, 20-21). Por que nos demos cuenta de que los moradores de aquellas ciudades no eran malos por naturaleza, pone justamente el Señor el nombre de esta ciudad, de la que habían salido cinco apóstoles. Y es así que de Betsaida eran Felipe y las dos parejas de los que eran corifeos del coro de los doce [Pedro y Andrés, Santiago y Juan]"[36].

36 *Hom. sobre S. Mt.*, hom. 37, 4. en *Obras de San Juan Crisóstomo*, BAC, tomo I..., pp. 742-743.

Capítulo Segundo



LA HIGUERA ESTÉRIL





El árbol es la higuera. Tiene tres trapecios sucesivos, que son los tres años de crecimiento; lo mismo se puede ver en el tronco, tres etapas de crecimiento. Simboliza al pueblo de Israel, como así también a la Sinagoga. Por ello se encuentra representada como un árbol-edificio. Sobre ello dice San Ambrosio: "Es muy propia la comparación de la sinagoga con este árbol, porque así como este árbol abunda en hojas hermosas, y engaña la esperanza de su dueño, que espera sus frutos, así también en la sinagoga...".

Quien busca frutos es el Señor, pero se ve decepcionado, a pesar de los tres años de predicación.

El personaje de la izquierda, el buen agricultor, representa al ángel custodio de la Sinagoga o a los justos que ruegan por los que permanecen afuera. Está de rodillas, en posición suplicante.

El recinto circular, en el cual se encuentra, simboliza la humildad. Su oficio de excavar y abonar señala su anhelo de que el pueblo elegido retorne a la humildad.

Un hombre tenía plantada
una higuera en su viña.
Vino a buscar fruto en ella,
y no lo encontró.
Entonces dijo al vinador:
"Mira, ya hace tres años
que vengo a buscar fruto
en esta higuera,
y no lo encuentro.
Córtala: ¿por qué ha de inutilizar la tierra?"
Mas él le respondió y dijo:
"Señor, déjala por este año todavía,
y mientras tanto cavaré a su alrededor
y echaré abono.
Quizá dé fruto en lo futuro;
si no, la cortarás".

Lucas 13, 6-9

LA presente parábola gira en torno al mismo tema que la anterior, sólo que con nuevos armónicos y matices.

Como lo hacemos habitualmente, consideremos primero su marco evangélico. Nos encontramos en el último año de la vida de Jesús, antes de su muerte y su paso al Padre. El evangelista San Lucas inicia este período con una frase sugestiva: "Estando para cumplirse los días de su ascensión, se dirigió resueltamente a Jerusalén" (9, 51). Tras un nuevo encontronazo con los fariseos y los doctores de la Ley (cf. 11, 37-54), el Señor precavió a los suyos del "fermento de los fariseos" (12, 1), los exhortó a guardarse de la seducción de las riquezas, a confiar en la Providencia, y a vivir en continua vela, aguardando la vuelta del Señor, atentos a las señales de su venida (cf. Lc 12, 13-59). Entonces se le acercaron algunos, que le contaron lo que les había pasado a un grupo de galileos, "cuya sangre había mezclado Pilatos con la de los sacrificios que ofrecían" (Lc 13, 1).

Este episodio no lo recuerda ningún historiador de la época. Al parecer, con ocasión de alguna solemnidad que se celebraba en Jerusalén, se hizo presente un grupo de galileos, que protagonizaron un tumulto en la plaza del templo, durante el sacrificio. El gobernador romano, que observaba desde su fortaleza las idas y venidas de la multitud, habría ordenado a sus soldados que descendiesen a la plaza con el fin de reprimir a los galileos alboro-

tadores. Y así, para decirlo al estilo poético de los hebreos, su sangre se mezcló con la de los sacrificios, es decir, coincidieron los dos derramamientos de sangre.

Los que contaron dicho suceso, se preguntarían en su interior por qué habría sucedido eso. ¿No sería acaso porque los galileos eran tan pecadores? Jesús intuyó lo que cavilaban y les dijo: "¿Pensáis que esos galileos eran mas pecadores que todos los demás galileos, porque han padecido estas cosas? No, os lo aseguro: y si no os convertís, todos pereceréis del mismo modo" (Lc 13, 2-3).

La enseñanza es clara. No siempre hay relación directa y causal entre las faltas y las calamidades, si bien las calamidades públicas constituyen frecuentemente una invitación providencial a la conversión. La desgracia de aquellos galileos, a lo mejor no peores que los demás, era como un símbolo del desastre que amenazaba al pueblo elegido, a Jerusalén, su templo y su culto, si no hacían penitencia. A modo de ilustración, el Señor añadió otro hecho: la caída de la torre de Siloé, que aplastó a dieciocho ciudadanos de Jerusalén. ¿Acaso eran ellos más culpables que los demás habitantes de la ciudad santa? (cf. Lc 13, 4). No, aquello no fue sino sombra y figura de lo que le sucedería a toda la ciudad, si no se convertía. "Aduce el ejemplo de la torre de Siloé –comenta San Cirilo de Alejandría–, significando en él el desastre de toda la ciudad, porque tomando asidero de aquellos dieciocho hombres sobre los cuales se desplomó la torre, indica que éste es como el comienzo de la ruina de la ciudad. Pues no perecieron aquellos dieciocho como si fueran los únicos culpables, sino que toda la ciudad correrá después la misma desgracia" [37]. Por eso, tras ese nuevo recuerdo, el Señor reiteró: "Si no os convertís, todos pereceréis del mismo modo" (Lc 13, 5).

37 *Comment. in Lc.*, cap. 13: PG 72, 761.

Nos pareció conveniente aludir a lo que precede inmediatamente al texto que nos aprestamos a comentar, porque los hechos allí relatados, la masacre de los galileos y el derrumbe de la torre de Siloé, le sirvieron al Señor para introducir el tema de la parábola. De la reflexión con la que el Señor cierra el recuerdo de ambos hechos brotan dos graves consecuencias. La primera es que todos los que integran el pueblo elegido tienen necesidad perentoria de hacer penitencia; sus infidelidades son tantas y tan graves que están a punto de acarrearles una desgracia terrible, una catástrofe nacional; sin duda que Cristo preveía la ruina de Jerusalén y el castigo del pueblo. La segunda es que todavía hay un medio de evitar la desgracia, y es que el pueblo como tal se convierta, sobre todo en la persona de sus dirigentes; sólo la penitencia nacional tendrá la virtud de descartar el castigo nacional. El entroque de lo dicho con la parábola que sigue es evidente: así como el dueño del campo, decidido a extirpar un árbol desde largo tiempo estéril, ante la solicitud de su colono consiente en una nueva y breve demora, de manera semejante Dios, que amenaza con un terrible castigo al pueblo judío si se empeña en permanecer sordo a la voz del Salvador que lo invita a la penitencia, demorará, con todo, su cumplimiento, en la esperanza de que el pueblo entienda y se arrepienta.

Entremos, ahora sí, en la consideración de nuestro texto evangélico.

I. LA PREDILECCIÓN DEL AGRICULTOR

Comienza la parábola: *Un hombre tenía plantada una higuera en su viña*. Resulta obvio preguntarnos por la identidad de ese "hombre" y por esa extraña "higuera" plantada en medio de un viñedo. Como lo hacemos habitualmente, consideremos

primero la parábola a la luz de los datos que nos ofrecen las costumbres rurales de la época.

El dueño de la viña parece ser un rico propietario, puesto que, como se señala inmediatamente, tenía un viñador bajo sus órdenes. La viña también debía ser considerable, ya que su cultivo requería la atención permanente de un empleado.

En cuanto a la higuera, sabemos que en la antigua Palestina se la encontraba por doquier, tanto en los cerros como en las llanuras, no sólo en razón de su particular resistencia a los climas extremosos, sino también por su aptitud para recrear la vista y ofrecer sombra apacible a las puertas de las casas. De su agradable y nutritivo fruto, al natural, o en panes mezclados con nueces, se alimentaban familias y pueblos enteros.

¿Por qué se dice que nuestro hombre plantó *una higuera en su viña*? La presencia de una higuera en medio de un viñedo parece extraña en Occidente, donde el viñedo es una alineación simétrica e impecable de cepas, que excluye absolutamente cualquier otro sembradío. En Palestina, por el contrario, los viñedos eran como huertos donde se sembraban diversos árboles frutales. Y así, entre cepa y cepa, crecían almendros, higueras y otras especies. Sobre todo higueras, porque permitían a las vides trepar mejor por ellas.

En atención a sus abundantes y exquisitos frutos, la cultura de Oriente consideraba la higuera, juntamente con el olivo y la vid, como uno de los símbolos clásicos de la fecundidad. A veces se las plantaba en forma agrupada, arándose la tierra para que penetrara el agua hasta las raíces, otras veces se las alternaba con olivos, o, como en el caso de nuestra parábola, esparcidas entre las cepas de los viñedos. Al decirse que el dueño la tenía plantada en la viña, se nos quiere indicar que el señor escogió un buen vástago y lo puso en terreno fértil, como el que había elegido para la viña. No se trataba, pues, de una higuera

silvestre, de esas que brotan a la vera del camino. o al descampado, sino de una higuera escogida y bien cultivada.

Tras la consideración de la imagen, inserta en los hábitos culturales del mundo oriental, vayamos ahora a su simbolismo.

El *señor y propietario* tanto de la viña como de la higuera no es otro que Dios. Así lo declaran casi todos los Padres, y es cosa evidentemente obvia. Se podría decir. también, que es Jesucristo, en cuanto Dios. Pero parece mejor reservar a Jesucristo para verlo simbolizado por el agricultor que intercede en favor de la higuera a él confiada, como diremos más adelante. Quedémonos, pues, con que "el hombre" que tenía plantada la higuera en su viña es el mismo Dios.

¿Y qué representa *la higuera*? Enfáticamente nos introduce en el tema Gregorio de Elvira. Tras afirmar que el hombre que plantó la viña es "el padre de familia", es decir, Dios en cuanto Padre, agrega que dicha viña es el pueblo elegido, según aquello del salmo: "Una viña de Egipto arrancaste, expulsaste naciones para plantarla a ella. le preparaste el suelo, y echó raíces y llenó la tierra" (Ps 79, 9-10). No se trataba, por cierto, de una viña material, sino de un pueblo, según asevera el profeta: "La viña del Señor de los ejércitos es la casa de Israel. y los hombres de Judá son su plantío exquisito" (Is 5, 7). Dentro de su viña plantó una higuera, concluye, esto es, en su pueblo puso la ley [38]. Retocando dicha aplicación, afirma San Beda que si la viña es la casa de Israel, la higuera es la Sinagoga, plantada en medio del plantío que es su pueblo [39].

No deja de resultar sugerente la insistencia con que Dios ha querido comparar a su pueblo elegido con diversas especies del

38 Cf. *Tract.* XI, 18-19, en *Obras Completas de Gregorio de Elvira*. Fundación Universitaria Española. Madrid 1989, p.168.

39 Cf. *In Lc. Ev. expositio*, lib. IV, cap. 13: PL 92, 503.

reino de la botánica. Así lo hace notar San Cirilo de Alejandría, refiriéndose precisamente a nuestra parábola:

> "Colígese por lo dicho que lo que se compara con la higuera es la Sinagoga de los judíos, como otras veces la Escritura la compara con otros árboles, con la vid, con el olivo, con los bosques.
>
> Así, por ejemplo, el profeta Oseas dice a veces de ella, es decir, de sus miembros: «Vid frondosa era Israel» (Os 10, 1). Otras veces se habla de ella en estos términos: «Olivo hermoso, frondoso, lozano, te había puesto el Señor por nombre» (Jer 11, 16)... Otro profeta, comparándola con el monte Líbano, dice: «Abre tus puertas, Líbano, y el fuego devore tus cedros» (Zac 11, 1). Porque en verdad fue consumido con fuego el bosque de Jerusalén, esto es, su pueblo.
>
> Por eso se toma, según dije, como imagen (εἰς εἰκόνα) de la Sinagoga de los judíos, o de los hijos de Israel, las cosas que en esta parábola propone la higuera"[40].

II. LA ESTERILIDAD DE LA HIGUERA

Prosigue la parábola diciendo que el señor *vino a buscar fruto en ella, y no lo encontró. Entonces dijo al viñador: "Mira, ya hace tres años que vengo a buscar fruto en esta higuera, y no lo encuentro. Córtala; ¿por qué ha de inutilizar la tierra?"*.

Analicemos los diversos versículos de esta parte.

1. "No encuentro Fruto"

La culpabilidad del pueblo elegido de Dios se deduce de los términos mismos de la parábola. Israel no es comparado a un

40 *Comment. in l.c.*, cap. 13: PG 72, 764.

árbol cualquiera, sino a un árbol frutal, más concretamente a una higuera. Tanto la higuera, como la vid y el olivo se plantan para que den frutos. Pero ello no es todo. La higuera de nuestra parábola no fue plantada al descampado, en cualquier lugar, sino en medio de un viñedo, beneficiándose así de los cuidados particulares que los viñadores prodigan a su cultivo. El pueblo judío, al que la higuera representa, era la planta predilecta de Dios. El Antiguo Testamento está lleno de prodigios realizados en su favor, lo que habla de la continua solicitud de Dios en favor suyo. Lo esperable era que produjese en abundancia frutos suculentos, los frutos de las buenas obras, de su fidelidad al Esposo divino. Para un árbol de su especie, la fertilidad es la única razón de existencia.

En la parábola, es el viñador quien cultiva personalmente el vergel. El señor no viene sino en la estación de los frutos. Sin duda hizo la inspección completa de todo su viñedo, pero como sabía de la higuera, se apresuró a saber si se había vuelto fecunda. Su decepción fue notable, carecía de frutos. No que estuviese totalmente seca. Cualquier hombre de campo, por inexperto que sea, reconoce enseguida cuando un árbol está muerto. A nadie se le ocurriría ir a buscar higos en una higuera que estuviese seca. Por lo demás, en aquellas zonas, un árbol en tal estado no permanece mucho tiempo sin que se lo arranque, máxime que allí sirve de combustible. La higuera de nuestra parábola no era tampoco un árbol joven, uno de aquello frutales de los que el Levítico prohibía recoger frutos, frutos "incircuncisos", dice el texto, durante los tres primeros años (cf. Lev 19, 23). Era un árbol vivo, pletórico de follaje, pero que no daba frutos. Tales higueras existen: los agricultores judíos las conocían bajo el nombre de "higueras salvajes".

Con frecuencia los Padres han relacionado la parábola que nos ocupa con aquella maldición que dirigió Cristo a la higuera

estéril: "Viendo [el Señor] una higuera junto al camino, se le acercó, pero no encontró en ella más que hojas. Entonces le dice: «¡Que nunca jamás brote fruto de ti!». Y al momento se secó la higuera" (Mt 21, 19).

Nuestro texto incluye un detalle que los Padres no han obviado en sus consideraciones y es el número de veces que el dueño vino a revistar su finca: *Ya hace tres años que vengo a buscar fruto en esta higuera, y no lo encuentro.* Diversas son las interpretaciones que de ello encontramos en los Padres.

La de San Efrén de Nísibe no deja de ser original, exclusivamente suya, según creemos: "Dice esto en razón de las tres cautividades a que los israelitas fueron llevados como cautivos, para que se enmendasen; pero no se enmendaron" [41]. Es decir que Dios visitó a su pueblo a través de sucesivos castigos, por ver si se corregían. Trae San Efrén en su apoyo esta confesión de Dios a través del profeta: "En vano golpeé a vuestros hijos, pues no aprendieron" (Jer 2, 30).

San Ireneo, por su parte, se vale de esta parábola, como lo hizo con otras del Evangelio, para demostrar, contra los gnósticos, la unidad de los dos Testamentos. Según él, las principales venidas del dueño de la viña fueron a través de los profetas del Antiguo Testamento. Y así escribe:

> "Esta parábola indica claramente su venida por los profetas, por quienes vino muchas veces buscando de ellos frutos de justicia, que no encontró; indica también que el higuero sería extirpado por la causa antedicha. Y también sin parábolas dijo el Señor a Jerusalén: «¡Jerusalén, Jerusalén, que matas a los profetas y apedreas a los que te son enviados! ¡Cuántas veces quise recoger a tus hijos, como la gallina re-

41 *Diatessaron*, cap. IV, 26: SC 121, p.258.

coge a sus pollos bajo las alas, y no quisiste! Pues bien, se os va a dejar desierta vuestra casa» (Mt 23, 37-38). Lo que había sido dicho en forma de parábola: «He aquí que hace tres años que vengo a buscar fruto», lo repite en lenguaje manifiesto: «¡Cuántas veces quise recoger a tus hijos!». Nos engañaríamos si no lo comprendiésemos de su venida por los profetas, porque él no vino a ellos sino una sola vez, y entonces por vez primera. Pero la prueba de que es el mismo Verbo de Dios el que eligió a los patriarcas, visitándolos con frecuencia por el Espíritu profético, y nos llamó a nosotros de todas partes por su venida, es que, además de esas palabras dichas por él con toda verdad, dijo también esto: «Muchos vendrán de Oriente y Occidente, y se reclinarán con Abraham, Isaac y Jacob en el reino de los cielos, participando con ellos de la comida, mientras que los hijos del reino irán a las tinieblas exteriores; allá habrá llanto y crujir de dientes» (Mt 8, 11-12). Si pues los que desde la salida del sol hasta el ocaso creyeron en él gracias a la predicación de los apóstoles, deben tomar lugar con Abraham, Isaac y Jacob en el reino de los cielos y tomar parte en el mismo banquete que ellos, queda claro que no fue sino un solo y mismo Dios quien eligió a los patriarcas, visitó al pueblo y llamó a los gentiles"[42].

Comentemos este texto con la ayuda del P. Antonio Orbe, el mejor exégeta del Santo Doctor. El Señor enseñó lo mismo de dos maneras, escribe, mediante la parábola de la higuera durante tres años infructuosa, y en lenguaje directo, apostrofando a Jerusalén. En ambas ocasiones se dirigía al pueblo judío, que daba muerte a los profetas y apedreaba a los enviados de Dios. No era, pues, la primera vez que se presentaba a ellos en busca de frutos de justicia. Por "tres años", según el lenguaje figurado de la parábola; "muchas veces", según el apostrofe a Jerusalén.

42 *Adv. haer.* IV, 36, 8: SC 100 bis, pp.914-918.

Ambas expresiones serían falsas y engañosas si, antes de su venida en carne, Cristo no hubiera visitado de maneras diversas al pueblo israelita. ¿Cuáles fueron esas otras visitas? Las de los profetas, responde Ireneo, mediante las cuales el Espíritu, invadiendo a sus legados con el espíritu profético, se hizo presente una y otra vez. El mismo Señor, que en la plenitud de los tiempos se manifestaría en carne, buscando en el pueblo de Israel frutos de justicia, se había adelantado a venir en Espíritu. Dicha visita, mediante los profetas, se repitió varias veces sin éxito, más aún, suscitó la ira de los beneficiarios. Por eso Jesús diría: "¡Jerusalén, Jerusalén, que das muerte a los profetas y apedreas a los que son enviados a ti!" (Mt 23, 37).

Ireneo hace valer la serie de visitas del Señor al pueblo judío, su higuera amada, como argumento en favor de la continuidad entre la antigua y la nueva alianza, entre los profetas del Antiguo Testamento y el Cristo del Nuevo Testamento. La venida "según la carne" no es sino la última venida, que cierra las anteriores visitas "según el espíritu profético" de Cristo a Israel. Como se puede ver, todas las visitas o venidas, que proceden del mismo Dios Padre, se atribuyen a Cristo. Lo que cambia es el modo. En la época de los profetas actua el Espíritu profético del Hijo. En Jesús toma carne el propio Hijo. De una y otra forma es Cristo el que viene. Según la vigorosa expresión de Clemente de Alejandría, "el Logos se hizo carne, no sólo presencialmente hecho hombre, sino también... obrando mediante los profetas" [43].

En torno al símbolo fundamental, es decir, el de la higuera como figura de Israel, Ireneo recuerda la parábola de la higuera infructuosa, así como la maldición profética de Cristo sobre la planta estéril, juntamente con su apostrofe a Jerusalén [44].

43 *Exc. in Theod.* 19: PG 9, 665.

44 Cf. Antonio Orbe, *Parabolas evangélicas en San Ireneo*, BAC, tomo I, Madrid 1972, pp.220 226.

Los Padres posteriores atribuyen de manera más pormenorizada las tres visitas de señor de la viña a tres momentos concretos de la historia salvífica. Así San Cirilo de Alejandría: "Vino, por cierto, tres veces: la primera mediante Moisés y Aarón; la segunda, con Josué y los jueces que lo siguieron; y la tercera, luego de éstos, en tiempos de los bienaventurados profetas hasta Juan el Bautista. En todas esas ocasiones Israel no dio frutos" [45]. Para San Pedro Crisólogo "los tres años son los tres tiempos en que Cristo vino a la Sinagoga para buscar fruto, esto es, por la ley, por los profetas, por su misma presencia corporal" [46]. Y aludiendo a Mt 21, 19 agrega que ya que la higuera le había negado sus frutos a Dios, al menos cuando lo viera como hombre, y hombre necesitado de comida, no se lo negaría. Pero también entonces se comportó de idéntica manera.

San Agustín nos ofrece nuevos armónicos del mismo tema. "Los tres años son los tres tiempos: uno antes de la ley, otro durante la ley, y el tercero bajo la gracia" [47]. De manera semejante argumenta San Hilario. Tras recordar aquella frase del Evangelio: "El Hijo del hombre vino a buscar y salvar lo que estaba perdido" (Lc 19, 10), escribe: "Vino antes de la ley, porque por la inteligencia natural dio a conocer lo que cada uno debía saber y seguir. Vino bajo la ley, porque por los ejemplos de los patriarcas y los anuncios de los profetas confirmó a la descendencia de Abraham los decretos de la ley. Vino finalmente después de la ley por la gracia para la vocación de los gentiles, a fin de que desde el nacimiento del sol hasta el ocaso aprendieran los niños a alabar el nombre de Señor, a quienes hasta el fin del mundo no deja de exhortar al culto de su majestad" [48]. Y San

45 *Comment. in Lc.*, cap. 13: PG 72, 764

46 *Sermones*, sermo 106: PL 52, 497.

47 *Sermones in Ev. Sin.*, sermo 110, 1, en *Obras completas de San Agustín*, BAC, tomo X, Madrid 1983, p.782

48 *Trad. de myst.* XVII, fragmento: SC 19, p.164.

Gregorio Magno: "El dueño de la viña vino por tres años a la higuera; esto es, requirió a la naturaleza humana antes de la ley, durante la ley y en el tiempo de la gracia, esperando, amonestando y visitándola... Vino antes de la ley, pues por medio de la razón natural le hizo conocer cómo debía conducirse cada uno con su prójimo, tomando ejemplo de cómo quería que se condujesen los otros con él. Vino durante la ley, pues le enseñó con sus preceptos, y vino después de la ley por medio de la gracia, pues se hizo presente manifestando su misericordia. Con todo, se lamenta de no haber hallado fruto en los tres años; porque a las almas de algunos malos ni los corrige la ley natural inspirada, ni los enseñan los preceptos, ni los convierten los milagros de su encarnación" [49].

San Ambrosio, a su vez, escribe que cuando se dice que el Señor vino para buscar frutos, no se debe entender por ello que ignorase la esterilidad de la higuera; se dice que vino como quien quiere mostrar por dicha figura que era tiempo para la Sinagoga de tener frutos. Tres veces visitó a su higuera: "Vino a Abraham, vino a Moisés, vino a María, o, dicho de otro modo, vino en la señal [de la circuncisión] (cf. Rom 4, 11), vino en la ley, vino en su cuerpo (*uenit in signaculo, uenit in lege, uenit in corpore)*". La primera venida fue para purificar, la segunda para santificar, la tercera para justificar. "La circuncisión purificó, la ley santificó, la gracia justificó: él mismo está en todo esto, y todo esto no es sino una sola cosa (*unus in omnibus et unum omnia)*. Porque nadie puede ser purificado, si no teme al Señor; nadie merece recibir la ley, si no es purificado de sus faltas; nadie accede a la gracia, si no conoce la ley. El pueblo judío no pudo ser purificado, porque tenía la circuncisión no del alma sino del cuerpo; ni santificado, porque ignoró el valor de la ley, siguiendo lo carnal más que lo espiritual —«la ley es espiritual»

49 *Hom. in Evang.*, lib. II, hom. 11 (31) 2-3, en *Obras de San Gregorio Magno*, BAC, Madrid 1958, p.693.

(Rom 7, 14)–; ni justificado, porque no hizo penitencia de sus faltas y, en consecuencia, ignoro la gracia" [50].

De este modo, la esterilidad de la higuera simboliza para los Padres la infecundidad de la Sinagoga, a lo que ya se había referido Dios por medio de los profetas: "Yo arruinaré su viña y su higuera" (Os 2, 12); "No quedará racimo en la viña ni higo en la higuera" (Jer 8, 13). La higuera, lo hemos dicho, se llenaba de hojas pero carecía de frutos, era pura hojarasca, prometía mucho, pero en última instancia decepcionaba radicalmente las expectativas de Dios.

San Juan Damasceno cree descubrir expresiones de esta esterilidad en actitudes concretas de la Sinagoga. Esta parábola, dice en uno de sus sermones, es como una espada afilada que ha entrado, por así decirlo, en el interior mismo del templo, enrostrando a los malos operarios, a los pontífices, que se sentaban sobre la cátedra de Moisés, pero eran en el fondo verdaderos lobos, aunque por fuera llevasen vestidos de ovejas. Ellos no producían el fruto esperado, fruto lleno de sabor, sino la aspereza de las hojas y del follaje huero. Observa, nos dice el Santo, el desabrimiento de sus palabras cuando Cristo se les manifestó con milagros: "¿Con qué poder haces tales cosas? ¿Quién te dio este poder?" (Mt 21, 23). Cuan notable es la esterilidad del alma y de la incredulidad. Cuando debieron decir: Muy bien, buen maestro, aceptamos tu enseñanza, tú que resucitaste a Lázaro luego de haber estado sepultado en tierra durante cuatro días, que hiciste caminar a los cojos con total expedición, que devolviste la vista a los ciegos, que sanaste a los arrepentidos y a los débiles, que pusiste en fuga a los demonios, que enseñas la vía de la salvación, en vez de ello, le dijeron: "¿Con qué poder haces todas estas cosas?" [51].

50 *Exp. Ev. sec. Lc.*, lib. VII, 165-166: SC 52, pp.69-70.
51 Cf *Homilías*, hom. 2,4: PG 96, 581-584.

Hemos señalado más arriba que varios Padres relacionan nuestra parábola con un hecho afín del Evangelio, el de la higuera a la que Jesús maldijo, porque no le dio el fruto que esperaba sino sólo hojarasca (cf. Mt 21, 18-22). Entre otros, señalemos al mismo San Juan Damasceno según el cual así como el Señor enseñaba con palabras mediante parábolas, así también le gustaba enseñar con hechos la doctrina que se incluía en las parábolas, cual lo hizo en el presente caso. Tras esta afirmación y refiriéndose a nuestro tema, amplía admirablemente el panorama, relacionando el símbolo de la higuera con lo que les aconteció a nuestros primeros padres en el Paraíso. La higuera figura la naturaleza humana, afirma el Doctor de Damasco. Su fruto es deleitoso, en cambio sus hojas son toscas e inútiles, sólo aptas para ser quemadas. Algo así pasa con la naturaleza humana. Si hubiese cumplido el mandato de Dios, hubiera producido un fruto deleitosísimo de virtud, pero al volverse estéril en virtudes, no le quedó sino el agreste follaje. Porque ¿qué cosa más grosera que las preocupaciones e inquietudes de esta vida? Nuestros padres en el Paraíso no conocían ni preocupaciones ni inquietudes. Para nada pensaban en cómo cubrir su desnudez. Porque aunque estaban desnudos en el cuerpo, los cubría la gracia divina. Mientras por la obediencia se mantuvieron sujetos a Dios, cual familiares suyos, se vieron cubiertos por los vestidos de la inmortalidad. Pero cuando decidieron rebelarse, se desembarazaron de la gracia, que antes los cubría. Al advertir la desnudez de su cuerpo, cosieron hojas de higuera y se hicieron cinturones (cf. Gen 3, 7). Su vida se volvió penosa, llena de inquietudes. Entonces Dios le dijo a Adán: "Por ti será maldita la tierra. Con trabajo comerás de ella todo el tiempo de tu vida; te dará espinas y abrojos y comerás de las hierbas del campo. Con el sudor de tu rostro comerás el pan hasta que vuelvas a la tierra, pues de ella has sido tomado" (Gen 3, 17-19). Porque admitiste lo terreno, te convertirás en tierra. Preferiste la manera de vivir de

los animales. Eres tierra y en tierra te convertirás. Como los animales, que carecen de razón, lograrás la muerte por derecho hereditario. Por eso Dios hizo túnicas de pieles y lo vistió con ellas (cf. Gen 3, 21), para que se pusiese en evidencia su comunión con el mundo animal.

Así quedó el hombre, prosigue el Damasceno, estéril y desdeñable. Pero acota genialmente: "A esta higuera, o naturaleza de los hombres, se acercó el Salvador famélico, y buscando en ella un fruto apetitosísimo, es decir, la virtud sumamente agradable para Dios, por la cual se logra la salvación, no encontró fruto, sino sólo hojas, es decir, encontró el pecado, lo más tosco y amargo que existe, del cual provienen todos los males u hojas. Por eso le dijo a la higuera: «No nazca más fruto de ti» (Mt 21, 19). Porque no hay salvación que provenga de los hombres, ni virtud con las solas fuerzas humanas. Yo traeré la salvación por mi pasión, y cambiaré con gran liberalidad la aspereza de la vida por la resurrección" [52].

Reflexión espectacular, la del Damasceno, en el sentido de que abre un horizonte espectacularmente anchuroso a nuestro tema. La encontramos también esbozada en otros Padres. Por ejemplo en San Agustín, quien ve en la higuera el símbolo del género humano caído, porque el primer hombre, cuando pecó, cubrió su desnudez con hojas de higuera, ocultando así los miembros de donde nacimos. Al comienzo, nuestros padres "estaban desnudos y no se avergonzaban" (Gen 2, 25); no tenían por qué avergonzarse antes de haber cometido el primer pecado, ni podían tampoco avergonzarse de las obras de su Creador, porque todavía ningún mal humano había contaminado las obras buenas del Creador. Pero después del pecado aquellos miembros, que eran motivo de gloria, se convirtieron en ocasión de ver-

52 Ibid., hom. 2,3: PG 96, 580 581.

güenza. Por eso, concluye, este árbol estéril simboliza a aquellos que se negaron siempre a dar fruto [53].

También San Ambrosio se ha detenido en la consideración de esta espléndida imagen. Hablando de la higuera de nuestra parábola afirma que no son extraños a ella los progenitores de nuestra raza así como de nuestro extravío, nuestros padres Adán y Eva, quienes, al darse cuenta de la gravedad de su transgresión, se cubrieron justamente con las hojas de aquel árbol, procurando ocultarse así de la presencia del Señor, que antes se paseaba con ellos, en serena familiaridad. Relaciona luego a nuestros primeros padres con el pueblo judío, ambos simbolizados en la higuera. "Anunciaban así [nuestros primeros padres] que al fin de los tiempos el pueblo de los judíos, cuando llegó el Señor y Salvador que venía a llamarlo, dándose cuenta de que las tentaciones del demonio lo habían despojado de toda virtud, y espantado por la desnudez en que lo habían dejado las villanías de su conciencia, habiéndose desviado de la religión y avergonzado de su prevaricación, se apartaría del Señor, tratando de encubrir con la abundancia de las palabras, como por un velo de follaje, la ignominia de su conducta". Pecados semejantes, pues, el de nuestros primeros padres y el del pueblo elegido, y consecuencias semejantes; ambos sintieron vergüenza frente a Dios; ambos perdieron la *parresía*, es decir, la confianza filial; ambos llenaron el alma de follaje en vez de virtudes. Y así, concluye el Santo, la higuera que produjo hojas, y no frutos, fue excluida del Reino de Dios. Vino el segundo Adán, y lo que buscó no fue hojas, sino frutos, no encontrándolos [54].

Cuando el Pseudo-Crisóstomo intenta explicar el simbolismo de la higuera se remonta igualmente a lo acaecido en el Paraíso.

53 Cf. *Sermones in Ev. Sin.*, sermo 110, 1, en *Obras completas de San Agustín*, BAC, tomo X..., pp.782-783.

54 Cf. *Exp. Ev. sec. Lc.*, lib. VII, 164-165: SC 52, p.69.

"Si tú, Adán, recordaras de qué árbol tomaste las hojas cuando te encontraste desnudo en el paraíso y te hiciste un vestido, entenderás por qué se secaron justamente las hojas. ¿No ocultabas acaso tu ignominia con las hojas tomadas de la higuera? Vino luego Cristo, y con su palabra secó en ti las hojas de higuera que cubrían tu ignominia: tomó tu pobreza y te dio riquezas; soportó los velos de tu ignominia y te dio una estola esplendorosa, toda blanca, tejida de agua y de Espíritu..." [55].

Sobre el mismo tema nos ha dejado San Pedro Crisólogo un texto notable:

> "La higuera, pasado el tiempo invernal, cuando los pimpollos se vuelven flores, y simula su fruto con sus flores, engaña a los incautos, se burla de los ignorantes. Porque echa pimpollos, lentamente progresa y prorrumpe en retoños: sólo después se vuelve fruto. Con razón, pues, el Señor compara a la Sinagoga con una higuera, la cual, enardecida en el tiempo de la ley, temporalmente floreció, en figura de fruto eclesiástico. Consolidada con la raíz de los Patriarcas, llevada a su plenitud por el sacerdocio, dilatada en las ramas de los profetas, florecía repleta con los pimpollos de la observancia judaica, en la sola esperanza de que daría fruto por Cristo, más aún, daría al mismo Cristo como fruto, habiendo dicho el Salmista: «El fruto de tu seno asentaré en tu trono» (Ps 131, 11). De ahí que los santos, sabiendo estas cosas, fundaban por la flor la esperanza de un fruto, y se solazaban previendo lo futuro; veían ya desde entonces que las cosas eternas reemplazarían a las mortales, las perpetuas a las caducas, las divinas a las humanas, veían cómo Cristo reemplazaría a todo lo anterior, ese Cristo en razón del cual y pensando en su venida soportaban todo con gran paciencia, y cuando vino se alegraron con gozo fiel. De éstos era

55 *Hom. in par. de ficu* 1: PG 59, 588.

aquel Simeón, al que se le había prometido que no vería la muerte antes que viera al Cristo del Señor; y cuando vino, lo tomó en sus brazos y exclamó: «Ahora, Señor, puedes, según tu palabra, dejar que tu siervo se vaya en paz, porque han visto mis ojos tu salvación» (Lc 2, 29-30).

Los ignorantes, en cambio, poniendo su confianza en la ley, no se preocuparon por la venida de Cristo, no mereciendo recibirlo, ni reconocerlo; y así fueron engañados por las florcitas de la ley, como a los que no saben los engaña la higuera con sus pimpollos. Por eso el Señor, a los que deseaban saber el tiempo de su venida, los remitió a la higuera, diciendo: «Mirad la higuera y todos los árboles. Cuando ya echan brotes, al verlos, conocéis por ellos que se acerca el verano. Así también vosotros, cuando veáis que sucede esto, sabed que el reino de Dios está cerca» (Lc 21, 29-31). Veis como la higuera no señala la presencia, mas indica lo futuro. Pero siguiendo el orden propuesto, continuemos el ejemplo. «Tenía una higuera plantada en su viña». La Sinagoga es la higuera; el dueño del árbol, Cristo; la viña en la cual se dice que estaba plantado este árbol, el pueblo israelita, habiendo dicho el profeta Isaías: «La viña del Señor Sabaoth es la casa de Israel» (5, 7). «Vino», dice, «buscando fruto en ella, y no lo encontró». Vino Cristo, y no encontró en la Sinagoga ningún fruto de fe, porque toda ella estaba ensombrecida con engaños y perfidias. Cristo vino a la higuera, de la que se lee que a ella huyó Adán desnudo después de la culpa, diciéndose en el libro del Génesis: «Y se dieron cuenta de que estaban desnudos; y cosiendo hojas de higuera se hicieron cinturones» (3, 7). Cristo vino, pues, a la higuera para encontrar a Adán, para cubrir al desnudo con el sagrado vestido de su cuerpo; la higuera no cubría [el cuerpo de Adán], sino que sólo aguijoneaba su pudor; esta higuera, es decir, la Sinagoga, desnudaba con sus circuncisiones la parte vergonzosa del cuerpo, no la cubría"[56].

56 *Sermones*, sermo 106: PL 52, 495-496.

Al leer estas reflexiones se entiende por qué el obispo de Ravena fue apodado "el Crisólogo", que significa "palabra de oro". Su texto, de difícil traducción pero tan esclarecedor, une de manera armoniosa diversos lugares bíblicos donde aparece la figura de la higuera: la parábola que nos ocupa, la escena de la imprecación de Cristo a la higuera en la que no encontró más que hojas, y las hojas de higuera del Paraíso. Visión verdaderamente panorámica la de este gran santo y eximio orador.

Algunos Padres han relacionado asimismo nuestra parábola con el hecho que la sigue inmediatamente en el evangelio de Lucas, o sea, la curación de aquella mujer que desde hacía dieciocho años estaba encorvada y no podía en modo alguno enderezarse (cf. Lc 13, 10-11). Así San Gregorio Magno, quien tras recordarnos en uno de sus sermones lo que poco más arriba nos decía San Juan Damasceno, es a saber, que nuestro Señor habla a veces con palabras, y otras con hechos, agrega: "Pues bien, habéis oído ahora, hermanos carísimos, que en el Evangelio se habla de una higuera estéril y de una mujer encorvada... Lo que la higuera lo expresó figuradamente, lo de la mujer, en sentido recto; pero la higuera infructuosa significa lo mismo que la mujer encorvada".

Prosigue el Santo tejiendo las semejanzas de ambas perícopas evangélicas. El dueño de la viña vino por tres años seguidos a la higuera y no halló fruto alguno; la mujer estuvo dieciocho años encorvada. Los dieciocho años de la enferma equivalen a los tres años en que el dueño de la viña reiteró su visita a la higuera infructuosa. Gregorio compara acá la higuera con el género humano: "¿Qué significa la higuera sino la naturaleza humana? Y ¿qué significa la mujer encorvada sino la misma naturaleza humana? La cual, como la higuera, fue bien plantada, y, como la mujer, fue bien formada; pero, caída en el pecado por su propia voluntad, ni da frutos de buenas obras ni conserva el estado de rectitud. En efecto, cayendo en pecado por su voluntad, por-

que no quiso dar el fruto de la obediencia, perdió el estado de rectitud; ella, que había sido formada a semejanza de Dios, por no haber perseverado en su dignidad, despreció el mantenerse tal como había sido plantada y creada" [57]. Poco más adelante agrega nuevos armónicos al mismo tema. ¿Por qué las tres venidas del Señor significan lo mismo que los dieciocho años de la mujer encorvada?, se pregunta. "Porque el hombre fue hecho el sexto día, y en ese mismo día sexto quedaron terminadas todas las obras del Señor; ahora bien, el número seis, multiplicado por el triángulo [por tres], suma dieciocho; luego, como el hombre, que fue hecho el día sexto, no quiso hacer obras perfectas, sino que antes de la ley, en la ley y en el principio de la ley de gracia se mantuvo enfermo, así la mujer estuvo encorvada dieciocho años" [58].

2. "CÓRTALA"

El desencanto del dueño de la viña es profundo. A su esmero en plantar la higuera bajo el amparo de la viña y a su solicitud por hacerla feraz debía corresponder el buen fruto. Ya hacía tres años que venía a buscarlo, pero en vano, ni un solo higo, nada sino hojas. Si luego de tres años no había llevado fruto, señal era de que nunca lo llevaría bueno y abundante. Tres años bastan para probar que se ha vuelto estéril.

Por eso dice el Señor: *Córtala, ¿por qué ha de inutilizar la tierra?* Un árbol frutal infecundo, ¿por qué ha de ocupar tierra,

57 *Hom. in Evang.*, lib II, hom. 11 (31) 1-2, en *Obras de San Gregorio Magno*, BAC..., pp.692-693.

58 Ibid., hom. 11 (31) 6-7, pp.694-695. Hemos citado y comentado largamente la perícopa de la mujer encorvada en el tomo anterior de nuestra serie sobre las parábolas evangélicas en los Padres: *La figura señorial de Cristo*, Gladius, Buenos Aires 1997, pp.242-244.

por qué ha de quitar espacio para otro árbol verdaderamente fructífero, o, como dice con más fuerza el texto original, ¿por qué inutilizará el terreno? Una higuera estéril no sólo es infructuosa sino perjudicial por su sombra, así como dañosa por sus raíces, que absorben el jugo de las otras plantas, volviéndose así perniciosa para los árboles circunvecinos y especialmente para las cepas. La decisión es concluyente. Habrá que sacar de raíz la higuera estéril. El señor no esperará siquiera el fin de la estación. El árbol, con su inútil follaje, será abatido sobre el campo, de modo que sirva de combustible para el fuego, con raíces y todo.

San Pedro Crisólogo aplica el presente tema al hombre en general, cuando no da el debido fruto. Tras decir que el árbol infructuoso levanta un ramaje selvático, estrecha el espacio, agosta las fuerzas de la tierra y arruina a su poseedor, por lo que es lógico que se lo extirpe, agrega: "Pues de la misma manera, el que destruye los dones naturales, las dotes del alma, el privilegio de la razón, la excelencia de los sentidos, la perspicacia del entendimiento, los recursos del arte y el bien de la cultura con obras estériles y vacías, no hace más que trastornar y sepultar el fruto debido a su Creador, negando el agradecimiento a su bienhechor; como el árbol, merece ser privado de vida". Ello se torna aún más grave, asevera el Santo, cuando el hombre infecundo en buenas obras tiene responsabilidad sobre los demás: "Como el árbol estéril plantado en medio de un viñedo, da sombra mortífera a las vides que están debajo, y es dañino para sí y para los fructíferos sarmientos, así el hombre desidioso y perezoso, si gobierna los pueblos, no sólo se perjudica a sí mismo, sino que contagia y arruina con su mal ejemplo a los que le están sometidos" [59].

59 *Sermones*, sermo 106: PL 52, 495.

Según se ha visto, algunos Padres aplican la imagen de la higuera al género humano, otros al hombre individual, pero por lo general prefieren referirla a la Sinagoga, como lo hace San Beda: "El mismo que estableció la Sinagoga por medio de Moisés, habiendo aparecido en carne mortal y enseñado frecuentemente en la sinagoga, buscó el fruto de la fe, pero no lo encontró en la mente de los fariseos" [60].

III. UNA ÚLTIMA APELACIÓN A LA MISERICORDIA

El cuidador hace un nuevo intento, el postrero: "*Señor, déjala por este año todavía, y mientras tanto cavaré a su alrededor y echaré abono. Quizás dé fruto en el futuro; si no, la cortarás*".

1. "DÉJALA POR ESTE AÑO TODAVÍA"

Intercede el agricultor ante el dueño de la viña. Sabemos que los judíos tenían un especial aprecio por los frutales y consideraban poco menos que un delito extirpar uno de ellos sin perentoria necesidad. "Mi hijo ha muerto por haber cortado a destiempo una higuera", nos cuentan que confesó un rabí. En el libro del Deuteronomio se lee: "Si al atacar una ciudad, tienes que sitiarla mucho tiempo para tomarla, no destruirás su arbolado metiendo en él el hacha; te alimentarás de él sin talarlo. ¿Son acaso hombres los árboles del campo para que los trates como a sitiados? Sin embargo podrás destruir y cortar los árboles que no son frutales, y hacer con ellos obras de asedio contra esa ciudad que está en guerra contigo, hasta que caiga" (20, 19-20). La destrucción de árboles productivos era considerada

60 *In Lc. Ev. expositio*, lib. IV, cap. 13: PL 92, 503.

como una especie de atentado que clamaba al cielo. Se comprende, pues, el empeño del cuidador de la parábola por conseguir un aplazamiento de la orden de su señor. Encariñado con su árbol, le cuesta creer que la cosa ya no tiene remedio, que el árbol es incurablemente estéril. Manteniendo una pequeña chispa de esperanza, solicita una última oportunidad. Si le va bien, el provecho será más grande que si hubiese de reemplazar esta higuera por otra y esperar que la nueva planta esté en condiciones de dar fruto. *Señor, déjala por este año todavía*. Al decir de San Pedro Crisólogo, la voz del cuidador hace eco a la vocación del profeta enviado "a pregonar un año de gracia del Señor, el día de la justicia de nuestro Dios" (Is 61, 2) [61].

Quizá dé fruto en lo futuro. Se adivina que el agricultor procura conmover las entrañas de su señor, aun cuando la paciencia de éste se encuentra en el límite. Pasada la nueva dilación, nadie detendrá la decisión irrevocable, como el viñador mismo lo reconoce: *si no, la cortarás*. Si esta higuera se obstina en su infecundidad, yo mismo te ayudaré a cortarla. Se advierte con toda claridad el singular empeño y el deseo del labrador por salvar la higuera. San Gregorio Magno aplica la última frase del viñador al pecador individual, porfiadamente estéril en buenas obras: "Porque, en verdad, quien aquí no quiere robustecerse con la corrección para fructificar, allá caerá donde no puede levantarse por la penitencia; y después será cortado sin fruto, aunque aquí parezca estar verde." [62]. Desoyendo la reprensión y no queriendo convertirse, permanece infructuoso para Dios, concluye el Santo, aunque con verdor en este siglo.

Cabe preguntarse quién es el que con tanto énfasis *intercede* por la higuera ante el Señor de la Viña. Diversas son las opinio-

61 Cf. *Sermones*, sermo 106: PL 52, 497.

62 *Hom. in Evang.*, lib. II, hom. 11 (31) 4, en *Obras de San Gregorio Magno*, BAC ... p.694.

nes de los Padres. Para algunos de los que identifican la higuera con la Sinagoga, se trata del ángel especial que Dios ha puesto al frente del pueblo elegido, como protector de los judíos. Según San Cirilo de Alejandría es esa una sentencia probable. No en vano leemos en las Escrituras que uno de los ángeles del Señor rogó en favor de la ciudad de Jerusalén diciendo: "Señor de los ejércitos, ¿hasta cuándo seguirás sin apiadarte de Jerusalén y de las ciudades de Judá, contra las cuales estás irritado desde hace setenta años?" (Zac 1, 12). Asimismo, agrega Cirilo, nos relata el Éxodo que cuando el Faraón perseguía a los judíos, y la batalla estaba ya por iniciarse, un ángel de Dios se interpuso entre el campamento de los israelitas y el de los egipcios, evitando de este modo que durante toda la noche entrasen en contacto (cf. Ex 14, 19-20). No parece, pues, incongruente pensar que quien intercede por la higuera es el ángel custodio de la Sinagoga [63]. También San Pedro Crisólogo afirma que el cultivador de la viña, a quien se le manda extirpar la higuera infecunda, es el ángel que preside la Sinagoga; al no poder excusar la esterilidad del árbol que se le ha confiado, solicita suplicante una demora [64].

El mismo Cirilo según el cual, como lo acabamos de señalar, no era inverosímil ver en el cuidador de la viña al ángel encargado de la Sinagoga, agrega a continuación del texto recién citado: "Si alguno dijere que es el Hijo quien se representa en la persona del agricultor, no es parecer destituido de fundamento. Porque él es nuestro abogado junto al Padre, nuestro intercesor y el cultivador de nuestras almas. Porque él dijo de sí mismo: «Salió el que siembra a sembrar su semilla» (Mt 13, 3). Ni con esto se hace injuria a la majestad del Hijo sosteniendo que revista la persona del agricultor, ya que advertimos que el mismo

63 *Cf. Comment. in Lc.*, cap. 13: PG 72, 761-764.
64 Cf. *Sermones*, sermo 106: PL 52, 496-497.

Padre tomó esta figura, no sufriendo por ello ningún reproche. Porque dijo el Hijo a los santos apóstoles: «Yo soy la vid, vosotros los sarmientos..., mi Padre es agricultor» (Jn 15. 5.1)" [65].

Para otros Padres, el viñador que intercede representa a los apóstoles. Según San Beda, por ejemplo. son ellos quienes, después de la pasión del Señor, abogaron con ardor por los judíos, de modo que no recayera sobre ellos, impenitentes, el castigo de la cruz [66]. San Ambrosio destaca el papel de uno de los apóstoles, el que fue puesto como fundamento de la Iglesia. Cuando recibió la orden de derribar la Sinagoga, porque no se encontraba fruto en ella, como buen jardinero que era, "presintiendo que otro sería enviado a los Gentiles, y él mismo a los de la circuncisión, intervino afectuosamente para que ella no fuese cortada, siéndole su vocación garante de que aun el pueblo judío podía ser salvado por la Iglesia" [67].

Coincide en esta atribución San Gregorio Magno, si bien la aplica a los sucesores de los apóstoles: "¿Qué se significa por el viñador sino el orden de los prelados? Los cuales, cuando están al frente de la Iglesia, cierto es que están al cuidado de la viña del Señor. Y así, el primer guardián de esta viña fue San Pedro, apóstol. A éste sucedemos nosotros, aunque indignos, en cuanto trabajamos por adoctrinaros, enseñándoos, increpándoos, rogándoos" [68].

San Agustín, que ve en la higuera más que a los judíos al género humano en su conjunto, escribe: "El colono que intercede es todo santo que dentro de la Iglesia ruega por cuantos están fuera de ella. ¿Y qué significa: «Señor, perdónales también

65 *Comment. in Lc.*, cap. 13: PG 72. 764.

66 Cf. *In Lc. Ev. expositio*. lib. IV. cap 13: PL 92. 504.

67 *Exp. Ev. sec. Lc.*, lib. VII, 167: SC 52 p.70.

68 *Hom. in Evang.*, lib. II, hom. 11 (31) 3. en *Obras de San Gregorio Magno*, BAC..., p.693.

por este año»? Es decir, en este tiempo de gracia perdona a los pecadores, perdona a los infieles, perdona a los estériles, perdona a los infructuosos" [69].

Para San Efrén, el intercesor, cualquiera sea, no hace sino prolongar la tesitura mediadora de Moisés. Cuando Dios le dijo al gran caudillo: "Permíteme destruir al pueblo" (Ex 32, 10; Deut 9, 14), al usar el término "permíteme", implícitamente le estaba dando ocasión de interceder por los suyos. Así acontece acá, donde a la súplica del granjero sucedió la mansedumbre del misericordioso, concediendo la demora solicitada [70].

2. "Cavaré a su Alrededor"

Tras pedirle un lapso de tiempo al dueño de la viña, el agricultor le dijo: *Mientras tanto cavaré a su alrededor y echaré abono*. Dos acciones le propone. Ante todo *cavar*. El cavar alrededor de la higuera no sólo es para quitar los yuyos y raíces que la rodean, capaces de aminorar la fuerza vital del árbol, sino sobre todo para aligerar la tierra de modo que, una vez aireada, esté en condiciones de recibir mejor el agua y el abono. Le propone cavar con la reja del arado de los apóstoles, comenta San Pedro Crisólogo, porque la higuera no se dejó cultivar por el cuchillo de la ley [71]. Según San Ambrosio, al ofrecerse el viñador a cavar estaba reconociendo de alguna manera que la dureza de la Sinagoga y su orgullo eran la verdadera causa de su esterilidad. Se hacía preciso taladrar la callosidad de su corazón con la pala de los apóstoles, de modo que "la palabra de dos filos" (Heb 4, 12) removiese el suelo de su alma, permitiendo que lle-

69 *Sermones in Ev. Sin.*, sermo 110, 1, en *Obras completas de San Agustín*, BAC, tomo X ..., p.783.

70 Cf. *Diatessaron*, cap. IV, 26-27: SC 121, pp.259-260

71 Cf. *Sermones*, sermo 106: PL 52, 497.

gase hasta ella el soplo del aire, de modo que la raíz de la sabiduría no quedase enterrada y ahogada en el bloque de tierra [72].

Algo semejante leemos en San Agustín: "¿Qué significado tiene cavar un hoyo alrededor, sino enseñar la humildad y la penitencia? El hoyo es tierra de abajo" [73]. Y también en San Gregorio Magno: "¿Qué es cavar alrededor de la higuera sino increpar a las almas infructuosas? En efecto, toda fosa está en lo bajo, y cierto es que la increpación, al mostrarse, humilla al alma; luego siempre que increpamos a alguno su pecado, es como que, por exigencias del cultivo, cavamos alrededor del árbol infructuoso" [74].

Lo segundo que le propone el viñador es *echar abono*. En el Antiguo Testamento jamás se habla del abono de una viña; de ningún modo requiere estos cuidados el cultivo de una modesta higuera. El hortelano va a hacer, por tanto, lo desacostumbrado, va a intentar los últimos recursos imaginables. Ello se volvía necesario para la raíz, afirma San Pedro Crisólogo, que a pesar de la abundancia de pasto santo que la rodeaba, y de la lluvia cálida que venía de lo alto, no se había vuelto fecunda. "La higuera estéril, la desgraciada Sinagoga, debía ser abonada por la conmiseración de los gentiles, de modo que no habiendo fructificado a pesar de tanta y tan preciosa fertilidad del suelo, volviese a dar fruto con la ayuda de elementos menospreciables" [75].

San Ambrosio exalta la virtualidad del abono: "Será preciso poner también un cesto de estiércol. Grande es, sin duda, la eficacia del estiércol, tan grande que por él la infecundidad se

72 Cf. *Exp. Ev. sec. Lc.*, lib. VII, 167-170: SC 52, pp.70-71.

73 *Sermones in Ev. Sin.*, sermo 110, 1, en *Obras completas de San Agustín*, BAC, tomo X..., p.783.

74 *Hom. in Evang.*, lib. II, hom. 11 (31) 4, en *Obras de San Gregorio Magno*, BAC..., p.694.

75 *Sermones*, sermo 106: PL 52, 496.

vuelve fecunda, la aridez verdeante, la esterilidad fructuosa. Sobre él estaba Job sentado en su tentación, y no pudo ser vencido (cf. Job 2, 8); y Pablo se considera como estiércol para ganar a Cristo (cf. Fil 3, 8). El mismo Job, que había comenzado por perder mucho, una vez sentado sobre el estiércol no tuvo ya más nada que el diablo pudiese quitarle. Por lo tanto, buena es la tierra que se cava, bueno el estiércol que en ella se pone. También se lee que «el Señor levanta del polvo al desvalido y eleva al pobre de su estiércol» (Ps 112, 7). Así, mediante el ejercicio de la inteligencia espiritual y de humildes sentimientos, el buen jardinero estima que los judíos mismos podrán llevar frutos para el evangelio de Cristo" [76].

Según San Agustín, el estiércol del agricultor es el dolor del pecador. Los que hacen penitencia, la hacen en el estiércol. Ponerle estiércol al árbol es como decirle: "Haz penitencia porque llegó el reino de los cielos" (Mt 3, 2) [77].

San Gregorio Magno afirma que el estiércol es el recuerdo de los pecados, de modo que cuantas veces un predicador reprende a alguien por sus pecados, es como quien echa estiércol a un árbol infructuoso, para que recuerde lo malo que ha hecho y salga, por así decirlo, del hedor de su culpa. Se echa, pues, estiércol a la raíz del árbol cuando se despierta la conciencia trayendo al pensamiento el recuerdo de su perversidad. Y cuando el alma se arrepiente y se convierte a la gracia del buen obrar, es como si la raíz del corazón, al contacto del estiércol, volviese a ser fecunda; llora el mal que recuerda haber hecho y aviva su propósito de ser mejor, reviviendo así de su hedor para fructificar en buenas obras [78].

76 *Exp. Ev. sec. Lc.*, lib. VII, 168-169: SC 52, pp.70-71.

77 Cf. *Sermones in Ev. Sin.*, sermo 110, 1, en *Obras completas de San Agustín*, BAC, tomo X..., p.783.

78 Cf. *Hom. in Evang.*, lib. II, hom. 11 (31) 4, en *Obras de San Gregorio Magno*, BAC..., p.694.

San Agustín vuelve a recordar la relación entre nuestra parábola y el milagro de la mujer encorvada: "Por tanto el árbol estéril haga penitencia y produzca frutos dignos de ella. Quien está encorvado y mira a la tierra, se alegra con la felicidad terrena y, no creyendo en la otra, piensa que sólo en esta vida se puede ser feliz. Quien esté así encorvado, levántese; si no puede enderezarse por sí solo, invoque a Dios. ¿Acaso se enderezó por sí misma aquella mujer? ¡Pobre de ella, si Dios no le hubiera tendido la mano!" [79].

Grande se nos ha mostrado la solicitud del viñador por salvar la higuera que parecía empeñarse en no dar fruto. *Déjala por este año todavía*. Como si dijera: "Si el año que viene..." Es muy probable que Jesús haya conocido la historia de Ahiqar, ampliamente difundida ya desde el siglo V antes de Cristo. Trátase allí de un joven a quien le dice su padre: "Hijo mío, tú eres como un árbol que no daba frutos, aunque estaba junto al agua, y su amo se vio obligado a cortar". Y él le suplicó: "Trasplántame, y si entonces tampoco doy fruto, córtame". Pero su señor le respondió: "Cuando estabas junto al agua no diste fruto, ¿cómo vas a dar fruto cuando estés en otro lugar?" [80]. Quizás Jesús quiso retomar esta narración popular, pero dándole otra conclusión. Aunque no se lo diga expresamente en la parábola, parece obvio que el dueño de la viña, volviendo sobre su decisión anterior, concedió la demora implorada, permitiendo que la higuera enferma ocupase el suelo de su viña por un año más. Trasponiendo la parábola a lo que figura, Dios aceptó otorgar una tregua semejante al pueblo judío. Jesús mismo, con su predicación, estaba ofreciendo a Jerusalén la última oportunidad para su esperada conversión.

79 *Serm. in Ev. Sin.*, sermo 110, 5, en *Obras completas de San Agustín*, BAC, tomo X..., p.787.

80 Cit. en R. H. Charles, *The Apocrypha and Pseudepigrapha of the Old Testament*, II, Oxford 1913, p.775.

IV. DE LA IGLESIA DE LOS JUDÍOS A LA DE LOS GENTILES

Cuando la paciencia divina parecía haber llegado al borde, cuando no era ya dable esperar nada del pueblo estéril, el viñador logró, al parecer, un último plazo: *este año todavía,* le había rogado a su señor. Si el viñador es Cristo, como vimos que sostienen varios Padres, esta demora, la postrera, fue obtenida por intercesión suya. Su vida pública, mechada de resonantes milagros y de gestos de ilimitada bondad, constituyó el último esfuerzo de la pedagogía y misericordia divinas. Tales beneficios superaron en ternura y en liberalidad todos los favores con que Dios había colmado al pueblo elegido en el Antiguo Testamento. De lo que se trataba no era sino de una crucial disyuntiva: la salvación o el rechazo de Israel. Si la Sinagoga se seguía cerrando, ni la todopotencia de Dios podría más, ni su misericordia. Como sabemos, la tentativa suprema del Salvador no fue coronada por el éxito. Es cierto que algunos israelitas se mostraron dóciles a su voz, pero Israel como pueblo, representado por los dirigentes de la Sinagoga, persistió en su obstinación.

San Cirilo de Alejandría ha encontrado una explicación muy lograda de la pedagogía que Dios usó para que su pueblo predilecto llegase a ser el gran beneficiario de sus promesas. Todo el Antiguo Testamento no fue sino el gran preludio del Nuevo, un gran conjunto de tipos y figuras con que Dios jalonó la historia veterotestamentaria para que, cuando llegase la plenitud de los tiempos, los miembros de aquel pueblo, pasando imperceptiblemente de las sombras a las realidades, pudiesen reconocer y aceptar al Mesías que Dios les enviaría.

Sin embargo el pueblo no aceptó que sus grandes personajes, como Moisés, Josué, David, Salomón, fuesen esbozos de la figura polifacética de Cristo; ni que los acontecimientos de su historia, como el Éxodo, el paso del Mar Rojo, la entrada en la

tierra prometida, etc., constituyesen preludios de los hechos salvíficos del Verbo encarnado; ni que sus instituciones, como el sábado, la pascua, el templo, etc., fuesen sombras de las realidades finales. Los judíos se aferraron a los tipos y figuras, y se quedaron en ellos, sin trascenderlos. De ahí la "esterilidad" de la higuera. Como dice el mismo Cirilo: "En lo que toca al beneplácito de Dios Padre, así como del Hijo, de ningún modo era aceptable el culto en sombras y figuras (έν σκιαις χαι τύποις), totalmente infructuoso (ἄκαρπος) en lo que toca al buen olor espiritual" [81].

1. El Castigo Divino

Por esta falta de fidelidad al dinamismo de la historia salvífica que encontraba su plenitud en Cristo, por este pecado de anacronismo teológico, el pueblo judío se vio rechazado. Estaba menospreciando su última oportunidad, la última de las reiteradas visitas del señor de la viña. "Si después de todo esto –dice San Pedro Crisólogo– permanecía en la misma esterilidad, sería cortada [la higuera] como algo sin esperanza e inútil. Y por eso no dijo: «En el futuro la cortaré», sino «la cortarás», según aquello de Juan: «Ya está el hacha puesta a la raíz de los árboles; y todo árbol que no dé fruto bueno será cortado y arrojado al fuego» (Mt 3, 10)" [82].

Una vez más nos será conveniente retomar a aquella extraña maldición de la higuera estéril y seca que se relata en Mc 11, 12-14 y Mt 21, 18-19, y que se encuentra en estrecha relación con la parábola que nos ocupa. Dicha maldición no habría sido sino una acción simbólica de Jesús, que contenía una enseñan-

81 *Comment. in Lc.*, cap. 13: PG 72, 764.
82 *Sermones*, sermo 106: PL 52, 497.

za doctrinal, una "parábola en acción", semejante a las realizadas también por los profetas del Antiguo Testamento, como por ejemplo cuando Jeremías escondió un cinturón en el Eufrates, por orden del Señor, y al buscarlo se había echado a perder, significando así la defección de la casa de Israel (cf. Jer 13, 1-11), o cuando Ezequiel, también por disposición de Dios, anunció mediante mímicas expresivas el próximo asedio de Jerusalén (cf. Ez 4, 1 ss.). El de la higuera fue el único milagro de castigo realizado por Jesús: "¡Que nunca jamás brote fruto de ti!". Jesús pronunció esta maldición del árbol que no le ofrecía higos, al amanecer del lunes de la Semana Santa. El martes, al pasar frente a él, Pedro le hizo notar el resultado de su imprecación: "Maestro, la higuera que maldijiste está seca". Tal acción de Jesús debe ser interpretada en conexión con nuestra parábola, así como con la pequeña parábola de la higuera reverdeciente (cf. Mt 24, 32 y paralelos), cual un gesto profético del futuro castigo por la obstinación de Israel.

La orden del señor de la viña, que a pedido del viñador había sido postergada, se haría por fin efectiva: "Córtala; ¿por qué ha de inutilizar la tierra?". Cuarenta años después de la muerte y resurrección de Jesús, Jerusalén fue destruida, el templo quemado y derribado, la nación judía dispersada por doquier, su culto abrogado, los pueblos gentiles llamados a la fe y plantados en la Iglesia. La higuera no será cortada por el mismo Cristo, ni por los apóstoles, encargados de la viña, dice San Beda, sino por la nación romana. En medio de su obcecación, de algún modo lo habían previsto los pontífices y fariseos quienes, refiriéndose al Señor, profetizaron lo que sucedería: "Si lo dejamos que siga así, todos creerán en él y vendrán los romanos, y destruirán nuestro Lugar Santo y nuestra nación" (Jn 11, 48). ¿Cuál era la tierra que, al decir del señor de la viña, inutilizaba la higuera? Según San Beda, se puede entender por ella el pueblo judío que bajo la forma culpable de sus dirigentes se vio impedido de perci-

bir la luz de la verdad, y mal orientado por el ejemplo perverso de los mismos, no pudo recibir el influjo del sol divino que viene de lo alto. Por eso el Salvador dijo en otra parte: "Ay de vosotros, escribas y fariseos hipócritas, que cerráis a los hombres el reino de los cielos. No entráis, y no dejáis entrar" (Mt 23, 13) [83].

2. De la Sinagoga a la Iglesia

Por el número e importancia de las advertencias de Cristo al pueblo de Israel, se advierte que no es un tema teológico desdeñable, sino al contrario, fundamental, sobre todo para entender la teología de la historia, el paso de la Sinagoga de los judíos a la Iglesia de los gentiles, o mejor, a la Iglesia que abarca a los gentiles y a los judíos que se convierten al Evangelio. Dicho tema comenzó a esbozarse ya en tiempo de los profetas, que preanunciaron la vocación de los gentiles a tener parte en la gracia de Israel (cf. por ej. Is 45, 6; 49, 12; 59, 19; Jer 3, 18; etc.), e incluso la posibilidad de que estos últimos no sólo fuesen llamados junto a Israel a participar de la salvación, de modo que la montaña de Sión viniera a ser como el centro del mundo y punto de confluencia de todas las naciones (cf. Is 2, 2-5), sino que también llegasen a ocupar su puesto, por la reprobación de los primeros. Malaquías, por ejemplo, nos ha transmitido estas palabras que Dios dirige a los sacerdotes de Israel: "No tengo ninguna complacencia en vosotros, dice el Señor de los ejércitos, y no me es grata la oblación de vuestras manos. Pues desde la salida del sol hasta su ocaso, grande es mi nombre entre las naciones, y en todo lugar se ofrece a mi nombre un sacrificio de incienso y una oblación pura. Pues grande es mi nombre entre las naciones..." (Mal 1, 10-11). En la misma línea se mantiene la conminación de Jesús, al anunciar la venida de muchos, que

83 Cf. *In Lc. Ev. expositio*, lib. IV, cap. 13: PL 92, 504

llegarían desde los confines de la tierra y se sentarían en el banquete esjatológico junto a los patriarcas de Israel, mientras que aquellos que se consideraban "hijos del reino" serían arrojados a las tinieblas exteriores (cf. por ej. Mt 8, 11-12). Por eso el Señor, poco después de que pronunciara nuestra parábola, se refirió más expresamente al rechazo de los judíos infieles y la vocación de los gentiles. Cuando el dueño de la casa cierre la puerta, dijo, se pondrán los que están afuera a golpear la puerta diciendo: "¡Señor, ábrenos!". Y Él responderá: "No sé de dónde sois". Entonces replicarán: "Hemos comido y bebido contigo, y has enseñado en nuestras plazas". Y Él les volverá a decir: "No sé de dónde sois". Para terminar: "Allí será el llanto y el rechinar de dientes, cuando veáis a Abraham, Isaac y Jacob y a todos los profetas en el reino de Dios, mientras que vosotros seréis arrojados fuera. Vendrán de oriente y occidente, del norte y del sur, y se pondrán a la mesa en el reino de Dios, y los últimos serán los primeros, y los primeros serán los últimos" (Lc 13, 25-30).

San Ambrosio nos ha dejado un notable texto sobre este tema:

> "¿De dónde viene que en su evangelio el Señor vuelva frecuentemente sobre la parábola de la higuera? Tienes en otro lugar que por orden del Señor se secaron todas las hojas verdes de ese árbol (cf. Mt 21, 19), por donde reconoces al Creador de todas las cosas, que puede mandar a las especies secarse o reverdecer instantáneamente. En otro lugar [el Señor] recuerda que los retoños tiernos y las hojas de ese árbol sirven para recordar la llegada del verano (cf. Mt 24, 32). Estos dos pasajes figuran la vanagloria de que se jactaba el pueblo judío, que cayó, como la flor, a la llegada del Señor, porque permanecía estéril en obras, y el día del juicio, semejante a la venida del verano en que se recogen los frutos maduros de toda la tierra, la época de la plenitud de la Iglesia, en la que creerán los mismos judíos.

> Busquemos, también acá, el misterio de un sentido más profundo. La higuera está en la viña, se nos dice; y por otra parte sabemos que «había una viña del Dios de los ejércitos, que él entregó al pillaje de las naciones» (Is 5, 7). Ello significa que quien hizo asolar su viña es el mismo que da la orden de abatir la higuera. Pues bien, la comparación de este árbol se aplica adecuadamente a la Sinagoga. En efecto, así como este árbol, con la abundancia exuberante de su follaje, defraudó la esperanza de su posesor que aguardaba en vano la cosecha esperada, así sucede en la Sinagoga, cuyos doctores, estériles en obras, se envanecen de sus palabras como de un follaje exuberante, y así aunque la vana sombra de la ley se vuelve exuberante, la esperanza y la expectativa de una cosecha quimérica engaña los anhelos del pueblo creyente".

Prosigue su análisis el Santo Doctor considerando cómo hasta en el modo de desarrollarse de la higuera hay algo que afianza nuestra creencia de que nos traza el retrato de la Sinagoga. Porque las leyes de la higuera se apartan de las de los otros árboles. Por lo general, los árboles llevan la flor antes que el fruto, y con la flor anuncian el fruto que se apresta a venir. Sólo la higuera produce frutos antes que las flores. Trátanse, por cierto, de frutos menudos, raquíticos. Es de ellos que leemos en el Cantar: "La higuera produce sus primeros frutos" (2, 13). En los demás frutales, la flor cae y los frutos nacen; en éste, cae un fruto para dar lugar a otro. Como se ve, los primeros ensayos de fruto emergen a modo de flores. Sólo después aparecen los frutos grandes y sabrosos.

> "Considera ahora las costumbres y disposiciones de los judíos. Ellos son como los frutos primeros de la poco fértil Sinagoga. Así como cae el primer higo, ellos han caído, pa-

ra dejar lugar a los frutos de nuestra raza, que permanecerán para siempre. Porque el primer pueblo de la Sinagoga, enfermo en su raíz por las obras áridas, no supo segregar la rica savia de la sabiduría natural, y así cayó, como fruto inútil, para que sobre las mismas ramas del árbol fecundo, la savia de la religión antigua produjese el pueblo nuevo de la Iglesia. Así el que era dejó de ser, para que comenzase el que no era (*ille qui erat esse desiuit, ut inciperet iste qui non erat*). Sin embargo, los mejores de Israel, aquellos a los que llevaba una rama más vigorosamente conformada, a la sombra de la Ley y de la Cruz, y en su seno, se han visto irrigados con una doble savia: como el primer higo llevado a madurez, esos frutos magníficos ganan en encanto sobre todos los demás"[84].

Destaquemos la caridad con que Ambrosio trata a los judíos, y el cálido aprecio que muestra por los judíos vueltos cristianos, que unen en sus personas el Antiguo y el Nuevo Testamento, la Ley y la Cruz, según dice. Ellos son, sin duda, los mejores cristianos, cristianos añejos. Nosotros, los gentiles, somos cristianos de reciente data. Pero el hecho doloroso de la defección de Israel como pueblo permanece en pie, hasta su resolución final al término de los tiempos, como enseguida veremos.

San Gregorio de Elvira recurre también a la misma imagen que Ambrosio. Hay un género de higueras, escribe, que antes de madurar dan frutos primerizos y rudimentarios, por lo que reciben el nombre de "bíferas", es decir, de árboles que dan fruto dos veces al año. A ellos se refiere la Escritura cuando dice: "Los amó el Señor como higos precursores" (Miq 7, 1). ¿A quiénes representan estos higos? A los patriarcas y a los profetas,

84 *Exp. Ev. sec. Lc.*, lib. VII, 160 163; SC 52, pp.67-69.

que en el Antiguo Testamento adelantaron el fruto de justicia (cf. Am 6, 13), preanunciando la venida del Salvador, en razón de lo cual recibieron por adelantado el sabor de la gracia evangélica. Sobre todo Jeremías aludió tanto al pueblo judío como al nuestro al decir: "Me mostró el Señor dos cestos de higos, uno de higos muy buenos, y otro de higos malos" (Jer 24, 1-2), con lo que ya entonces nos estaba dando una imagen de los dos pueblos. Aquellos dos cestos eran para él figura de la Sinagoga de los judíos y de la Iglesia de los gentiles (*ecclesiae ex gentibus*)... Porque uno es el higo que nace primero con las hojas, pero se queda allí, sin llegar a la madurez, lo que acontece al pueblo judío, que apareció como higo primerizo junto con las hojas, es decir, se mostró con motivo de la proclamación de la ley mosaica, pero no mereció llegar a la perfección de la madurez evangélica; el otro es el higo que aparece cuando los frutos primerizos caen de las ramas, el higo que la Escritura llama "muy bueno", el pueblo cristiano, que después de la ofensa de los judíos, logró la gracia de la divina dulzura [85].

También San Máximo de Turín ha reflexionado sobre este tema, arduo y doloroso por una parte, pero glorioso para los cristianos, en relación con el símbolo de la viña donde se encontraba la higuera. Debemos alegrarnos, dice, porque somos nosotros quienes hemos recibido el fruto salvador de la viña del Señor de los ejércitos. ¿Pero acaso no afirma el profeta que "la viña del Señor de los ejércitos es la casa de Israel?" (Is 5, 7)? Por cierto que sí, pero de hecho esa casa somos nosotros ya que, al decir del Apóstol, "los que son de la fe, ésos son los hijos de Abraham" (Gal 3, 7). Ello significa que nosotros, los cristianos, somos Israel, nosotros somos la viña del Señor. Por eso hemos de estar atentos para que de la rama de nuestras obras nazca uva

85 Cf. *Tract.* XI, 20-24, en *Obras Completas de Gregorio de Elvira*..., pp. 168-169.

dulce y no amarga, no sea que se pueda decir de nosotros lo que Dios dijo de los judíos: "Esperé que diese uvas, pero dio espinas" (Is 5, 2). ¡Cuan lamentable es que la viña que debió dar a su Señor frutos de suavidad, lo hiriese con la aspereza de las espinas, coronándolo de ellas en la pasión! Esa corona, que desde el punto de vista de los judíos fue un ultraje de injurias, desde el punto de vista del Señor fue una corona de virtudes. Lo hieren, pues, los judíos cuando lo coronan, lo ofenden cuando lo crucifican, de donde dice la Escritura: "Verán al que traspasaron" (Jn 19, 37). Por tanto, hermanos, concluye el Santo, mirad que no se diga de nosotros: "Esperé que diese uvas, pero dio espinas", es decir, que no se diga que aquellas espinas que los judíos, con cruentas manos, impusieron al Señor, las pongamos también nosotros con nuestras malas disposiciones, nuestras malas obras. Porque son espinas del corazón aquellas que vulneran al Verbo divino, de las que el Salvador habló en el Evangelio cuando dijo que un sembrador salió a sembrar y algunas semillas cayeron entre espinas que sofocaron lo sembrado. A qué espinas se refiere, Él mismo lo explica diciendo que son las preocupaciones mundanas, que cuando crecen en el corazón del hombre, sofocan en él los mandamientos del Salvador [86].

Escribe San Ambrosio que entendiendo nuestra parábola a la luz de la maldición que el Señor pronunció sobre la higuera, algunos piensan que ésta no figura a la Sinagoga sino a la malicia y deshonestidad. No les parece posible referir dicha maldición a la Sinagoga, porque el Señor dijo a la higuera: "¡Que jamás nazca fruto de ti, por la eternidad!", y se sabe que muchos judíos han creído y creerán. A ello debemos responder, afirma San Ambrosio, que quien cree no es fruto ya de la Sinagoga, sino de la Iglesia; no nace de la Sinagoga, sino que renace en la Iglesia. Así como hay quienes "han salido de nosotros, pero no

86 Cf. *Sermones*, sermo 11, 2-3: CCL 23, 38-39.

eran de los nuestros, porque si hubiesen sido de los nuestros, habrían permanecido con nosotros" (1 Jn 2, 19), así decimos de los judíos que creen: si hubiesen sido de la Sinagoga, habrían permanecido en la Sinagoga; si salieron de la Sinagoga, hay que creer que no eran de la Sinagoga [87].

Poco antes había escrito, refiriéndose a aquel doble tipo de fruta que suele dar la higuera: "La naturaleza de este árbol indica el carácter de la Sinagoga, fructuosa en su segundo retoño, porque nosotros somos de la raza de los patriarcas. Los judíos son justamente comparados con los frutos caducos, porque su corazón grosero y su cabeza dura no les han dejado llegar a un estado duradero. Si mueren y caen, por así decir, de este mundo para renacer al hombre interior por la gracia del bautismo, entonces serán fructuosos. Pero la perfidia de aquellos hombres pertinaces ha vuelto inútil a la Sinagoga, y por tanto se manda que se la erradique, porque es estéril" [88]. Concluye recomendándonos que no se diga de nosotros lo que se dijo del conjunto de los judíos, no sea que ocupemos el suelo fecundo de la Iglesia, pero carezcamos de méritos. Estamos en el seno de la Iglesia, nuestra madre, como en el interior de una granada; es preciso que demos frutos de caridad, de pudor, y sobre todo de unión, como sucede con el fruto del granado, cuyos granos se estrechan apretadamente entre sí dentro de una corteza común [89].

Sin embargo el pueblo judío no debe perder la esperanza. Llegará un "tiempo de higos" para la Sinagoga, ya que su último destino no es de maldición sino de bendición. ¿Cuándo será ese tiempo? Cuando Cristo, el labrador o el dueño de la viña, haga su Parusía gloriosa, que será precedida, acompañada o seguida, por la conversión del pueblo judío, un reverdecimiento de la

87 Cf. *Exp. Ev. sec. Lc.*, lib. VII, 172: SC 52, p.72.
88 Ibid., lib. VII, 170: SC 52, p.71.
89 Cf. ibid.

vieja higuera. Cristo predijo no sólo el agostamiento de la Sinagoga, sino al mismo tiempo su futuro reflorecer. El "no era tiempo de higos" (Mc 11, 13) implica que algún día "será tiempo de higos". Cristo, como Dios que es, contempla desde lo alto los dos tiempos. El sabía que la Sinagoga iba a perecer y algún día iba a resucitar transfigurada [90].

El Pseudo-Crisóstomo nos ha dejado al respecto un texto esclarecedor:

> "Muchos de los intérpretes dijeron que esta higuera figuraba a la Sinagoga de los judíos, a los que vino el Señor, dicen, buscando en ella el fruto de la fe, y no la encontró sino repleta de palabras de los profetas y de la ley como cubierta de hojas, por lo cual la secó diciendo: «Nunca de ti nazca fruto por la eternidad». Yo trataré, amados hermanos, de contrariar esta interpretación, porque ella no es la verdadera y exacta significación. ¿Cómo iba a maldecir el Señor cuando se dijo: «Bendecid y no maldigáis» (Rom 12, 14)?; ¿cómo iba a maldecir a la Sinagoga y dejarla seca el que dijo: «No vino el Hijo del hombre a perder sino a buscar y salvar lo que había perecido» (Lc 19, 10)? Y si alguno todavía contradice y contiende, pensando que la higuera fue asimilada a la Sinagoga de los judíos, responda cómo puede ser que de esa raíz disecada de la Sinagoga haya germinado una rama tan fructuosa como Pablo. Porque hemos conocido muchos otros convertidos de la Sinagoga de los judíos; Esteban, por ejemplo, que fue lapidado por los judíos, fue de aquella sinagoga...".

La idea de este autor parece contrariar lo que sostiene la generalidad de los Padres. No es así, ya que lo que a nuestro

90 Cf. Leonardo Castellani, *Las parábolas de Cristo*, Itinerarium, Buenos Aires 1960, p.276

juicio quiere decir es que no hay que ver en aquella atribución de la higuera a la Sinagoga algo fatal para todos los judíos. Siempre habrá judíos que se conviertan y se salven. Más aún, remitiéndose a aquella enseñanza del Apóstol: "Dios no rechazó a su pueblo" (Rom 11, 2), el mismo Pseudo-Crisóstomo afirma que al pueblo judío, "Dios le prometió la salvación en los tiempos novísimos, según aquello de San Pablo: «Cuando entre la plenitud de los gentiles, entonces todo Israel será salvo» (ibid. 25-26). Porque si los judíos se volvieron enemigos de Dios, por nosotros se volvieron tales, para que nosotros, por la incredulidad de ellos, alcanzásemos la misericordia" [91].

Los judíos que se van convirtiendo a lo largo de la historia son el germen al tiempo que un preanuncio de la conversión final de todo el pueblo. Porque, como enseña San Ambrosio, "el buen jardinero estimaba que los judíos mismos podían llevar frutos para el evangelio de Cristo. Se acordaba de lo que dijo el Señor por Ageo: Desde el día veinticuatro del noveno mes, día en que se echaron los cimientos del templo de Dios todopoderoso, «yo bendeciré la vid y la higuera y el granado y el olivo que no hayan tenido fruto» (Ag 2, 18-19). Esto nos revela que hacia el fin del año, es decir, al declinar del mundo que se va volviendo decrépito, será fundado [de manera consumada] el templo santo de Dios que es la Iglesia, gracias a la cual, santificados por el bautismo, los pueblos judío y gentil podrán llevar el fruto de sus méritos" [92].

91 *Hom. in par. de ficu* 1: PG 59, 587-588.
92 *Exp. ev. sec. Lc.*, lib. VII, 169-170: SC 52, p.71.

[illegible]

... Porque si los judíos se volvieran ... [illegible] ... de ellos, precisamente la incredulidad.

[illegible]

Capítulo Tercero

LOS DOS HIJOS DIFERENTES





El hombre del medio es el que tiene dos hijos. Está en actitud de enviarlos a la viña. En el telón de fondo, una catedral, que es símbolo del Reino de los cielos. Con sus dos manos el hombre señala la tierra, a donde los manda a trabajar.

Las respuestas de los dos hijos son antitéticas. Ambas se simbolizan en la lámina por sus cuatro gestos. Mediante la elocuencia de sus manos centrales, las que están cerca del padre manifiestan sus dos primeras actitudes frente al mandato paterno. El joven de la izquierda expresa su negativa, mientras el de la derecha parece mostrarse dispuesto a cumplir la voluntad del mandante. Pero las dos actitudes tomadas después en los hechos, también antitéticas, revelan justamente lo contrario.

El joven de la izquierda tiene en su mano derecha un sarmiento con fruto, como indicando que, en realidad, él trabajó efectivamente en la viña. El de la derecha, en cambio, señala con su brazo izquierdo que va en busca de otro derrotero. El que hizo la voluntad del padre, figura de los pueblos gentiles, está en camino de entrar al Reino, camino señalado por el trapecio que conduce hasta la puerta de la catedral que lo simboliza.

El otro hijo, que se mostró dispuesto a ir, pero a la postre no fue, simboliza al pueblo judío. Así afirma San Jerónimo: "Este segundo hijo es el pueblo judío, que respondió a Moisés: «Haremos todo lo que nos mande el Señor» (Ex 24, 3), pero luego no fue a la viña".

¿Qué os parece?
Un hombre tenía dos hijos;
fue a buscar al primero y le dijo:
"Hijo, ve hoy a trabajar a la viña".
Mas éste respondió y dijo:
"Voy, señor", y no fue.
Después fue a buscar al segundo
[y le dijo lo mismo.
Éste contestó y dijo: "No quiero",
pero después se arrepintió y fue.
¿Cuál de los dos hizo la voluntad del padre?
Respondieron: "El último".
Entonces Jesús les dijo:
"En verdad os digo, los publicanos y las
[rameras
os preceden en el reino de Dios.
Porque vino Juan a vosotros,
andando en camino de justicia,
y vosotros no le creísteis,
mientras que los publicanos y las rameras
[le creyeron.
Ahora bien, ni siquiera después de haber
[visto esto,
os arrepentisteis, para creerle".

Mateo 21, 28-32

¿Qué os parece?
Un hombre tenía dos hijos
fue a buscar al primero y le dijo:
"Hijo, ve hoy a trabajar a la viña".
Mas éste respondió y dijo:
"Voy, señor", y no fue.
Y después fue a buscar al segundo
[illegible]

Mateo 21:28-32

LA parábola que nos disponemos a comentar, al igual que la anterior sobre la higuera, la pronunció el Señor en un momento crucial de su vida, la semana santa, en el marco de una violenta polémica con los jefes del pueblo, según lo revela el capítulo 21 de San Mateo. Jesús acababa de hacer su entrada triunfal en Jerusalén, montado en un asno, mientras la multitud desplegaba sus mantos por el camino, o cortando ramos de árboles, los extendían por el trayecto. Tanto los que le precedían como los que le seguían gritaban: "¡Hosanna al Hijo de David! ¡Bendito el que viene en nombre del Señor! ¡Hosanna en las alturas!" (cf. Mt 21, 1-9).

Luego acaeció un hecho inusitado. Entró Jesús en el templo de Jerusalén, sede sagrada de los sacerdotes judíos, y al ver allí a vendedores y cambistas, derribó violentamente sus mesas, ya que, como les dijo, su casa era "casa de oración", habiéndola ellos convertido en una cueva de ladrones. Enseguida recibió a ciegos y cojos en el mismo templo y los curó. El Evangelio consigna la indignación de los príncipes de los sacerdotes y de los escribas al ver las maravillas que realizaba, mientras se hacían oír las alabanzas de los niños: ¡Hosanna al Hijo de David! (cf. Mt 21, 12-15).

Desde ese día hasta su ya cercana pasión, Jesús se dedicó a enseñar durante la mañana en los vestíbulos del templo, reti-

rándose a la tarde con sus discípulos a Betania, para pernoctar en la casa de su amigo Lázaro (cf. Mt 21, 17; Mc 11, 11). Fue probablemente el lunes que siguió a su entrada triunfal, cuando viniendo a Jerusalén, maldijo la higuera estéril (cf. Mc 11, 12-14), símbolo de Israel, como lo explicamos al tratar de la parábola anterior. Según allí dijimos, a Jesús le agradaba expresar su doctrina a través de signos simbólicos. El ambiente se iba enardeciendo. Otro de esos días, quizás el martes de la semana santa, fue temprano, como de costumbre, a Jerusalén, y se paseó por el templo. Los acontecimientos que habían sucedido, las multitudes, los hosannas y los milagros, todo ello había llenado de rabia a sus adversarios. Y entonces le mandaron una delegación oficial del sinedrio, en que estaban representadas las tres clases del mismo: los príncipes de los sacerdotes, los escribas y los ancianos (cf. Mc 11, 27). El encuentro se realizó posiblemente en el pórtico de Salomón, o en alguna de las otras columnatas cubiertas que rodeaban el atrio. Sus enemigos intentaron hacerlo caer en contradicción. "¿Con qué poder haces estas cosas o quién te ha dado poder para hacerlas?". A lo que Jesús les respondió: "También voy a haceros yo una pregunta, y, si me respondéis, os diré con qué poder hago estas cosas". La pregunta fue si el bautismo de Juan era del cielo o era de los hombres. Ellos comenzaron a cavilar entre sí: Si decimos del cielo, nos preguntará por qué no hemos creído en Juan, y si decimos que de los hombres, la gente lo va a ver mal ya que todos lo tenían a Juan por verdadero profeta. Finalmente le respondieron que no lo sabían. A lo que Jesús les dijo: "Entonces tampoco yo os digo con qué poder hago estas cosas" (cf. Mc 11, 28-33).

No se contentó Jesús con haber reducido a silencio a sus adversarios, sino que se lanzó al contraataque, proponiéndoles diversas parábolas, muy concatenadas entre sí: la de los dos hijos, que ahora nos ocupa, la de los viñadores homicidas (cf. Mt 21, 33-46), que explicaremos en el próximo capítulo, y la de los

invitados a las bodas (cf. Mt 22, 1-14), de la que hemos hablado en el tercer volumen de la presente colección. Las tres tienen no poco que ver con el gran tema de la vocación de Israel y su ulterior defección.

En nuestra parábola comienza diciendo a los jefes de los judíos: "¿Qué os parece?", como preparándoles para que pronunciasen ellos mismos el juicio en torno al asunto que les iba a plantear. "Les propone Jesucristo una parábola –escribe San Jerónimo– en la que hace resaltar la impiedad de los que le preguntaban, y les da a conocer que el reino de Dios pasará a los gentiles, diciéndoles: «¿Mas qué os parece?»" [93].

Antes de entrar en materia, una última observación relativa al contexto de la parábola. En ella se nos habla de alguien que envía a sus hijos a trabajar en su viña. Ello era habitual en el ámbito palestino. Fuera del tiempo de vendimia había que atender a diversos trabajos menores, por ejemplo revisar la empalizada que rodeaba la plantación, fácilmente deteriorable, para proteger la viña de animales dañinos, o arrancar los yuyos que la rodeaban, o remover el terreno en torno a la vid; dichas tareas se distribuían en un tiempo largo. Ello acaecía aun en las familias pudientes, pero sobre todo en las humildes, donde el padre no encontraba casi otra ayuda que la de sus propias manos y las de sus hijos.

I. LOS DOS HIJOS

Un hombre tenía dos hijos, comienza la parábola. Los Padres concuerdan en que aquel hombre representa a Dios, más concretamente, a Dios Padre. Así leemos en el Pseudo-Crisósto-

93 *Comment. in Mt.*, 21, 27: SC 259, p.126.

mo: "¿Quién es él sino Dios, que creó a todos los hombres, y los ama con afecto paternal; quien siendo Señor por naturaleza, sin embargo más quiere ser amado como padre, que temido como señor? Por eso en el principio de los mandamientos de la ley no dijo: Temerás al Señor tu Dios con todo tu corazón, sino, *Amarás* (cf. Deut 6, 5). Exigir de los hombres el amor no es propio del dominio, sino de la paternidad"[94]. Uno de sus hijos le dirá: "Voy, señor". La palabra "señor", en labios de un hijo, se explica fácilmente si el padre es Dios.

El Padre, que es Señor, invitará a sus dos hijos a trabajar en la viña que posee. ¿Cómo habló Dios a sus hijos?, se pregunta el autor recién citado. No con sonidos audibles, a la manera de los hombres, sino en la inteligencia o en el corazón, como habla Dios. Señala el evangelio que los invita para que fuesen "hoy" a trabajar. Ese "hoy" significa: en el tiempo de la historia. Los invita a "trabajar en la viña", es decir, a hacer obras de justicia. Porque Dios ha puesto en todos los hombres la inclinación a la justicia. Así lo hizo con los judíos a través de la revelación, y con los no judíos mediante la ley natural[95].

La parábola habla de "dos hijos". No se dice que el primero fuese el mayor, y el segundo el más joven. Como tampoco se deja entender que el padre se dirija a uno de ellos por haberse negado el otro a obedecerle. Aquí no se hace sino yuxtaponer simplemente a los dos hijos cuyas respuestas serán antagónicas.

¿A quiénes representan? Diversas son las opiniones de los Padres. Veamos las principales de ellas.

94 *Opus imperfectum in Mt.*, hom. 40: PG 56, 849.
95 Cf. ibid.

1. Judíos y Gentiles

Según la parábola, el primer hijo llamado por el padre respondió inmediatamente que sí. "Hijo, ve hoy a trabajar a la viña", le había dicho el padre, y aquél contestó: "Voy, señor". Pero luego no fue. El segundo, ante el mismo requerimiento, contestó displicentemente: "No quiero", pero después se arrepintió y fue.

Los Padres, en su inmensa mayoría, vieron en los dos hijos la figura del pueblo elegido y de los pueblos gentiles. No podemos introducirnos en la consideración de este juicio antes de haber aclarado algo fundamental. Y es que la presente parábola conoció dos versiones distintas, usadas cada una de ellas por diversos Padres para sus comentarios. Según la primera, que es la que hemos propuesto al comienzo de este capítulo, el primer hijo respondió que iría y luego no fue, mientras que el otro hizo lo contrario. En la segunda versión se invierte dicho orden, quedando así:

"Dirigiéndose al primero le dijo: «Hijo, ve hoy a trabajar a la viña». Mas éste respondió y dijo: «No quiero». Pero después se arrepintió y fue. Después fue a buscar al segundo y le dijo lo mismo. Éste contestó y dijo: «Voy, señor», pero no fue. ¿Cuál de los dos hizo la voluntad del padre? Respondieron: El primero...". Lo demás sigue igual.

Dicha anomalía se debe a la existencia de dos grupos de manuscritos, donde se atribuyen respectivamente la prioridad del llamado a uno o al otro de los hijos. Llamemos "hijo desobediente" al que finalmente no fue a la viña, e "hijo obediente" al que acabó por ir. Sea cual fuere el texto aceptado, numerosos Padres consideraron que el hijo desobediente representa a Israel y el hijo obediente a los Gentiles. Pareciera mejor la versión que permite ver en el primer hijo a Israel, y en el segundo a los

Gentiles. Coincidiría más con otras parábolas, por ejemplo, la del hijo pródigo, que comentamos en el primer volumen de esta colección, dónde advertimos cómo el hijo que permaneció en la casa representaba al pueblo judío, y el pródigo a las naciones. Lo mismo en la parábola de los convidados a las bodas, que analizamos en el tercer volumen; los primeros invitados, los más cercanos, personifican a los judíos, y los últimos, provenientes de los suburbios, a los gentiles.

Sin embargo, reiterémoslo, nada se dice en nuestra parábola de que el primer hijo fuese mayor, y el segundo menor, como en la del hijo pródigo. Sólo se dice: *Un hombre tenía dos hijos*. Notemos que no se habla de "dos siervos" sino de "dos hijos". Si se tratase de servidores no habría diferencia entre ellos, o mejor, no interesaría señalarla, resultarían intercambiables. El primero sería simplemente aquel a quien el patrón se dirige en primer lugar, pero no habría ningún inconveniente en que el último se presentase adelante. Algo parecido acontece en la parábola de los talentos, donde también el orden podría invertirse, castigándose primero al perezoso y premiándose luego al que supo hacerlos fructificar. En una parábola de siervos, el orden puede ser cambiado; la prioridad es sólo cronológica.

No sucede así en una historia de *hijos*, como la que tenemos entre manos. Si un hombre tiene dos hijos, uno es necesariamente mayor y el otro menor. "Fue a buscar al primero y le dijo... Después fue a buscar al segundo y le dijo...". Estas frases no parecen prestarse a ningún equívoco: el primero es el mayor, el desobediente, el que dice que va pero no va, el segundo es el menor, el obediente, el que dice que no va pero finalmente va. Por eso hemos puesto al comienzo de este capítulo la versión correspondiente, prefiriéndola a la que hoy es más usual. Sin embargo, como existe la otra versión, en la que el obediente es el primero y el desobediente el segundo, la tendremos también en cuenta para ver lo que de ello dicen los Padres. Lo

esencial queda en pie: el hijo rebelde, sea el primero o el segundo, según las versiones, representa para un buen número de Padres al pueblo de Israel, y el hijo sumiso, por consiguiente, al pueblo de las naciones.

Consideremos, ante todo, a los Padres que prefieren la versión según la cual el primer hijo es el que dijo que sí y luego no fue, y el segundo el que dijo que no y después fue. San Juan Crisóstomo es uno de ellos: "Estos dos hijos ponen bien de manifiesto lo que sucedió con los judíos y con los gentiles. Porque los gentiles, que no habían prometido obedecer y no habían oído jamás la ley, en sus obras mostraron su obediencia; y los judíos, que habían dicho: «Todo cuanto dijere el Señor lo haremos y obedeceremos» (Ex 19, 8; 24, 3), en sus obras le desobedecieron" [96].

El Pseudo-Atanasio es taxativo: "¿Quién es aquel hombre? Dios. ¿Quién aquel que dijo, Iré y no fue? Los judíos. ¿Quién el que dijo. No iré y con todo fue? El pueblo de los gentiles" [97].

San Efrén aporta una observación enriquecedora. El hombre de la parábola se dirige a los suyos llamándoles "hijos", escribe, como quien busca incitarlos al trabajo. El primero le responde: "Sí, señor", lo que así comenta el Doctor de Nísibe: "El padre lo llamó «hijo mío», pero él le respondió llamándolo: «Señor»; no lo llamó padre, y no cumplió su palabra" [98].

Entre los Padres que prefieren la otra lectura de la perícopa, se encuentra Orígenes. Comentando nuestra parábola afirma: "Solamente Mateo nos transcribe en letras esta parábola que, a mi juicio, contiene la historia de Israel, que no hizo la voluntad

96 *Hom. sobre S. Mt.*, hom. 67, 2, en *Obras de San Juan Crisóstomo*, BAC, tomo II..., p.377.

97 *Quaestiones in N. T.*: PG 28, 712.

98 *Diatessaron*, cap. XVI. 18: SC 121, p.292

de Dios. y del pueblo de los gentiles, que tomó el nombre de Cristo, porque éstos son los dos hijos que tuvo Dios... Dios se acercó al primero, al que poseía desde el comienzo, al que desde antes conoció y predestinó (cf. Rom 8, 29), y le dijo: «Hijo, ve hoy a trabajar en mi viña»; éste, huyendo de aquella hacienda, por los calores y los trabajos que allí había de sufrir, se negó a ir diciendo: «No quiero», mas al fin, arrepintiéndose de haberle dicho *no* a su padre, fue a la viña, sometiéndose a la voluntad paterna. Después que el primero respondió *no*, el padre se allegó al otro y le dijo lo mismo; éste respondió: «Sí, señor», pero no fue a la viña y al campo del padre. Es evidente que quien hizo la voluntad del padre fue el que dijo «No quiero», y luego, arrepentido, fue y se fatigó trabajando en la viña que debía ser cultivada" [99].

En esta vertiente debemos incluir a San Hilario. El primero de los hijos, escribe, a quienes algunos consideran el mayor, que luego de negarse al trabajo se arrepintió, no puede simbolizar a Israel porque "Israel no se arrepintió, puso la mano sobre el Señor y la mayor parte de ellos crucificaron a su Dios con boca impía". El hijo más joven, que prometió su asistencia y después no fue, no puede ser el símbolo de los gentiles, porque éstos al final acudieron a trabajar en la viña [100]. Lo mismo afirma el Pseudo-Crisóstomo, si bien de manera positiva. "Uno es el pueblo de los Gentiles, el otro el de los Judíos; el mayor era el pueblo de los Gentiles, y el menor el de los Judíos, porque los Gentiles provienen del padre Noé, los judíos, en cambio, de Abraham". El que dijo "No quiero" y luego fue, prefigura a los Gentiles. No era necesario que pronunciase esas palabras con los labios. Bastaba que las dijese con el alma. Quien tiene el conocimiento del bien y del mal, y dejando el bien, sigue el mal,

99 *Comment. In Mt.*, tomus XVII, 4: PG 13, 1484.
100 Cf. *In Mt.*, cap. XXI, 11: SC 258, p.136.

está respondiendo desde su interior contra el Señor que lo llama. Tales fueron los Gentiles quienes, gracias a la ley natural, conocían lo que era bueno y lo que era malo, y sin embargo desde el comienzo dejaron a Dios y su justicia, postrándose ante los ídolos y los pecados. El segundo hijo, el menor, que dijo "Voy" y luego no fue, es el pueblo judío. Llamado por Dios, sobre todo a través de Moisés, prometió que haría todo lo que Dios le mandara, pero después le dio las espaldas al Señor, desmintiendo su promesa inicial [101]. Coincide con ello el Pseudo-Teófilo: "Por los dos hijos hay que entender dos pueblos, el judaico y el gentil, de los cuales el primero, el gentil, negó su acatamiento a los preceptos del padre, pero luego los cumplió, el segundo, que prometió que haría lo que se le mandaba, eran los judíos, y de ninguna manera cumplieron lo prometido" [102].

¿Por qué varios Padres prefieren considerar "primero" a este hijo al principio desobediente, que representa al pueblo gentil? Porque primero fueron los gentiles. Había gentiles desde el tiempo de Noé, y judíos sólo desde la época de Abraham. No deja de resultar aleccionadora esta visión cronológica que permite la presente versión de la parábola. Mediante la ley natural, Dios llamó a los gentiles antes que a Israel, para que iluminados por dicha ley, pusieran obras acordes a la justicia. Al principio, e incluso a lo largo del Antiguo Testamento, respondieron *no*, cayendo en la idolatría, pero más tarde, en el Nuevo Testamento, luego de la resurrección de Cristo, cumplieron finalmente la voluntad del Padre aceptando el mensaje evangélico y yendo a trabajar a la viña. El pueblo judío, por su parte, llamado en el Sinaí, contestó primero que *sí*, comprometiéndose a observar la ley, pero luego se resistió a cumplirla, rechazando a los profetas, al Bautista y al mismo Mesías.

101 Cf. *Opus Imperfectum in Mt.*, hom. 40: PG 56, 849-850.
102 *Allegoriae*, lib. I, cap. 27.

No otra es la visión de San Jerónimo, en comunión con los Padres anteriormente citados. Según este Santo Doctor, primero llamó Dios al pueblo de los gentiles para trabajar en su viña; los llamó infundiéndoles la ley natural, donde se contienen normas fundamentales como "no hagas al otro lo que no querrías que te hicieran a ti", etc. Ellos se resistieron a obedecer, pero luego, con la venida del Salvador, hicieron penitencia, y colaboraron en la viña del Señor, corrigiendo así su vida de rebelión. El segundo es el pueblo judío, que al comienzo respondió a Moisés: "Haremos todo lo que Dios nos diga" (Ex 24, 3), pero luego no fue a la viña; más aún, después de matar al hijo del padre de familia, se consideró el heredero [103]. Como se ve, San Jerónimo relaciona la presente parábola con la de los viñadores homicidas, que trataremos a continuación de ésta.

Concluyamos diciendo, con el Pseudo-Crisóstomo, que "para Dios es mejor no prometer y hacer [como los gentiles], que prometer y mentir [como los judíos]" [104].

2. Justos y Pecadores

Por lo que hemos advertido, cualquiera fuere el texto elegido, la aplicación es la misma. Los que a la postre desobedecen son los judíos, y los que acatan son los gentiles.

Encontramos, asimismo, en algunos Padres, si bien en menor número, una interpretación diversa. Así, por ejemplo, en San Jerónimo: "Creen algunos que esta parábola no se refiere a los gentiles ni a los judíos, sino simplemente a los pecadores y los justos, porque aquéllos, por sus malas obras, se negaron a servir a Dios, pero después recibieron de San Juan el bautismo

103 Cf. *Comment. in Mt.*, 21, 28.32: SC 259, pp.126 128.
104 *Opus imperfectum in Mt.*, hom. 40; PG 56, 851.

de la penitencia; al paso que los fariseos, que llevaban por delante la justicia de Dios y se jactaban de cumplir con la ley, menospreciando el bautismo de Juan, no cumplieron la voluntad divina" [105].

Esta nueva aplicación, que no se contradice con la primera sino que la complementa, según lo acabamos de notar en el texto recién citado, encuentra exponentes a lo largo de toda la época patrística. Limitémonos a San Juan Damasceno, el último de los Padres de Oriente, según el cual son numerosos los que, habiendo sido justificados en el bautismo, muchas veces se olvidan de la renuncia que entonces hicieron a Satanás, a sus pompas y a sus obras, así como de su compromiso de adhesión a Cristo y a la Iglesia; no permaneciendo fieles a aquella renuncia, vuelven, como los perros, a su propio vómito (cf. Prov 26, 11). Las obras del demonio son el adulterio, la fornicación; sus pompas son la arrogancia, la vanagloria, el excesivo aprecio de sí mismo, el orgullo, la ostentación, la desmesura en el adorno del cuerpo. En cambio lo que nos hace estar en comunión con Cristo son las virtudes contrarias a aquellos vicios: la castidad, la templanza, el desprendimiento, la paciencia, la caridad, la compasión, la misericordia, la generosidad con los necesitados. No son pocos los cristianos que, como el primero de los hijos, prometieron en el bautismo todo ello, pero luego no lo cumplieron; así como al revés, algunos que estaban alejados y no querían servir a Dios, luego pusieron manos a la obra [106].

2. Laicos y Sacerdotes

En algunos Padres hemos encontrado otra aplicación. La que ve en el hijo obediente a los buenos feligreses y en el deso-

105 *In Mt.*, cap. XXI, 28-32: SC 259, p.128.
106 Cf. *Homilías*, hom. 2, 6: PG 96, 585-588.

bediente a los malos sacerdotes. Refiriéndose a ello, dice Orígenes que el Señor habló en esta parábola en favor de aquellos que ofrecen poco, pero lo manifiestan en sus acciones, y en contra de aquellos que ofrecen mucho, pero nada hacen de lo que ofrecen [107].

Para no acumular citas, limitémonos a un solo autor, el Pseudo-Crisóstomo. Comienza sus consideraciones remontándose a lo que precede inmediatamente a la parábola, y hemos recordado páginas atrás. Los principes de los sacerdotes le habían preguntado a Jesús: "¿Con qué poder haces estas cosas? ¿Quién te ha dado tal poder?" (Mt 21, 23). Se lo preguntaban no para aprender, sino para tentarle. Ellos habían oído frecuentemente la respuesta, como consta, por ejemplo, cuando el Señor les dijo: "Las obras que yo hago en nombre de mi Padre, ésas dan testimonio de mí" (Jn 10, 25). Y poco más adelante: "Si no hago las obras de mi Padre, no me creáis; pero si las hago, ya que no me creéis a mí, creed a las obras, para que sepáis y conozcáis que el Padre está en mí y yo en el Padre" (ibid. 37-38).

Muchos del pueblo, prosigue el autor, creyeron en Él, en cambio la generalidad de los sacerdotes no sólo no creyeron, sino que incluso se pronunciaron frecuentemente en su contra. Fue por eso que introdujo la parábola de los dos hijos, "para señalarles, por medio de ella, que son mejores la gente del pueblo que profesan la vida seglar, que los sacerdotes que desde el principio hacen profesión de servir a Dios, porque la gente del pueblo, hartos de sus malas acciones, una vez arrepentidos, se convierten a Dios, en cambio los sacerdotes, vueltos impenitentes, nunca dejan de ofender a Dios". Los dos hijos simbolizarían, así, la condición de los laicos y el orden de los sacerdotes. Como se ve, el autor está siguiendo la versión que pone como

107 Cf. *Comment. in Mt.*, tomus XVII, 4: PG 13, 1484-1485

primer hijo al que inicialmente dice que no va y luego se arrepiente. "¿Quién es el primer hijo? El pueblo. Porque el pueblo fue creado primero, luego los sacerdotes, que rigen al pueblo". Sería absurdo crear primero a los que dirigen y luego a los dirigidos. "Porque el pueblo no fue creado para los sacerdotes, sino los sacerdotes para el pueblo". Algo semejante aconteció con la creación en general: primero Dios hizo el mundo, y luego al hombre, para que lo rigiera. De hecho, el pueblo de Dios comenzó en los tiempos de Abraham, en cambio sólo hubo sacerdotes desde los tiempos de Aarón.

El autor prosigue de este modo su argumentación: Así como los judíos, enseñados por Moisés y por Josué, prometieron que harían lo que se les decía, y no lo hicieron, mientras que los gentiles, aunque no lo prometieron primero, después dieron su obediencia a Dios, de manera semejante los sacerdotes, especialmente constituidos para el ministerio de Dios y para ser doctores del pueblo, lo que los compromete a ser fieles a Dios y obedecerle en todo, no cumplen con frecuencia sus compromisos, a diferencia de los que integran como fieles el pueblo cristiano, quienes a pesar de sus ocupaciones a veces absorbentes, que los inclinan a olvidarse de Dios, muchas veces son más fieles a sus deberes que los que los rigen.

Mejor es el laico, sigue diciendo el Pseudo-Crisóstomo, que se dedica a la vida secular, pero sin olvidar lo espiritual, que el sacerdote que aparentemente se dedica a la vida espiritual, cuando en realidad sólo piensa en lo temporal. En el día del juicio, el laico recibirá la estola sacerdotal, y será ungido por Dios con el crisma del sacerdocio, en cambio el sacerdote pecador será despojado de su dignidad, ubicado entre los infieles e hipócritas (cf. Lc 12, 46).

El autor acota aquí una observación muy psicológica. El laico, después del pecado, vuelve fácilmente a la penitencia, por-

que si bien estuvo enfrascado en las cosas temporales, no teniendo en cuenta lo que se dice en la Sagrada Escritura, cuando encuentra algo en ella, se le hace novedoso; cuando oye hablar, por ejemplo, de la gloria de los santos, o del castigo de los pecadores, cual si escuchase algo nuevo, teme el mal y ansía el bien, y de este modo corre a la penitencia. Esto no sucede con el sacerdote. Nada más difícil que se corrija el que todo lo sabe, y menospreciando lo bueno, ama lo malo. Porque las enseñanzas doctrinales que se contienen en las Escrituras, por la meditación cotidiana aparecen ante sus ojos como algo anticuado y vulgar. Es fácil que las cosas se envilezcan por el uso. ¿Quién vio a un clérigo haciendo penitencia? Y si en alguna ocasión se ve humillado por sus pecados, no se duele tanto porque pecó, sino porque perdió su buen nombre. Considerando que su situación es normal, y dedicado como está a corregir a los pecadores, no tiene nadie que lo corrija. Se cumple entonces lo de Cristo: "Si la sal se torna insípida, ¿con qué se la salará?" (Mt 5, 13). Por eso se dice al término de esta parábola que los publicanos y las prostitutas los precederán en el reino de Dios. No se refiere Cristo a los hombres comunes del pueblo, sino a los publicanos y a las meretrices, que se sometieron a los deseos mundanos y los placeres carnales. Ellos os precederán en el reino de Dios, porque desde ahora desean convertirse en lo que no eran; en cambio vosotros negáis en las obras lo que parecéis confesar con las palabras; sois como árboles que tienen hojas y no frutos, no apacentando para el Señor sino burlándolo [108].

108 Cf. *Opus imperfectum in Mt.*, hom. 40: PG 56, 851-853.

II. "¿CUÁL DE LOS DOS HIZO LA VOLUNTAD DEL PADRE?"

Ha concluido la exposición de la parábola propiamente tal. Se había iniciado con un "¿Qué os parece?". En el episodio inmediatamente precedente, relativo al bautismo de Juan, Jesús había dirigido a esos mismos que enseguida oirían la parabola una pregunta semejante: "El bautismo de Juan, ¿de dónde procedía? ¿Del cielo o de los hombres?" (Mt 21, 25). Y los fariseos, entendiendo la treta, se habían negado a contestar. Ahora responden con la mayor inocencia del mundo a la hábil pregunta de Jesús, "¿cuál de los dos hijos hizo la voluntad del padre?", sin sospechar que su respuesta recaería directamente sobre ellos mismos. Por eso el final de la parábola debe ser puesto en relación con aquel "¿Qué os parece?" inicial.

El procedimiento era bien conocido en la antigua retórica judía. Consistía en hacer pronunciar por el oyente, sin que se percatase de ello, su propia condenación. La fórmula "¿Qué os parece?" se encuentra con frecuencia en Mateo para suscitar una respuesta o simplemente como fórmula de transición. Por ejemplo cuando pregunta Cristo: "¿Qué te parece, Simón? Los reyes de la tierra, ¿de quién cobran censos y tributos?" (Mt 17, 25). Y también: "¿Qué os parece? Si uno tiene cien ovejas..." (Mt 18, 12). Sea lo que fuere, en este caso, como dice el Crisóstomo, "para que fuesen ellos mismos quienes se condenasen les obliga el Señor a responder a su pregunta, que era como pronunciar su propia sentencia" [109].

¿Cuál de los dos hizo la voluntad del Padre?, les dice Jesús. Juzgaron con rectitud, y respondieron que el segundo, escribe

109 *Hom. sobre S. Mt.*, hom. 67, 2, en *Obras de San Juan Crisóstomo*, BAC, tomo II..., p.377.

San Efrén, comentando la versión que hemos preferido [110]. Los fariseos sentenciaron que fue el más joven el que obedeció a la voluntad del padre, comenta San Hilario. Aunque el hombre rechace inicialmente lo que se le pide, lo que a Dios más le interesa es que, en última instancia, realice lo que Él pide. Ello es mejor que no efectuar lo que se había prometido hacer. La realización de un acto produce mayor satisfacción cuando se desesperaba de él, al tiempo que nada es más doloroso que la esperanza decepcionada [111].

Por eso, insiste el Pseudo-Crisóstomo, quien prefiere la segunda versión, al responder los allí presentes "se sentencian a sí mismos, diciendo que el hijo primero hizo la voluntad del padre, esto es, el pueblo gentil, porque mejor es no prometer y hacer la justicia de Dios, que prometer y mentir" [112].

"¿Cuál de los dos hizo la voluntad del padre?", preguntó el Señor. "El último", respondieron los que lo escuchaban. Digamos, sólo a modo de curiosidad, que la palabra "último" fue la que quizás dio motivo a una interpretación insólita y extraña del simbolismo de los dos hijos, que por su singularidad no hemos ubicado en la serie de opiniones que consignamos en el apartado anterior. Se la atribuye a Hipólito, a juicio del cual el segundo hijo no sería sino Cristo, de acuerdo a aquello de San Pablo: "El primer hombre fue de la tierra, terreno; el segundo hombre fue del cielo" (1 Cor 15, 47). En la parábola, el que hizo la voluntad del padre es llamado "el segundo", y también "el último". ¿Cómo arma Hipólito su construcción? El padre de la parábola, que es el Padre celestial, tenía dos hijos –los dos Adanes– y quiso probar su obediencia. Al primero –el Adán terreno,

110 Cf. *Diatessaron*, cap. XVI, 18: SC 121, p.292.
111 Cf. *In Mt.*, cap. XXI, 12: SC 258, p.136.
112 *Opus imperfectum in Mt.*, hom. 40: PG 56, 850.

venido de la tierra (cf. 1 Cor 15, 47; Gen 2, 7)– le dio un mandato. Adán respondió bien de palabra, pero al fin desobedeció. También a Cristo, el Adán celestial, le ordenó lo suyo. ¿Como salvó Hipólito poner en boca de Cristo el "No quiero"? Quizás pensó en Mt 26, 39, donde se dice que en el Huerto de Getsemaní oró a su Padre: "Padre mío, si es posible, pase de mí este cáliz; sin embargo no se haga como yo quiero, sino como quieres tú" (Mc 14, 36). Cristo, de palabra, se habría al principio mostrado renuente a la pasión, mas al punto se entregó decididamente a ella cumpliendo así la voluntad del Padre [113].

III. ADVERTENCIA FINAL

La parábola podría haberse detenido aquí, sin menoscabo de su significación. Con todo, como señala el Crisóstomo, para lograr que los allí presentes pronunciasen convenientemente su propio veredicto de condenación, y entendiesen el estado en que se encontraban, el Señor compara su actitud cerril con la de otras personas, generalmente menospreciadas. Directamente no lo hubieran querido reconocer. Por eso los fue llevando progresivamente, a lo largo de la exposición de la parábola, a donde El quería. Ahora, al terminarla, ya que ellos mismos, sin entender bien lo que decían y a lo que Cristo se estaba refiriendo, pronunciaron implícitamente su sentencia, el Señor pasó a revelarles lo que estaba como en la penumbra: *En verdad os digo, los publicanos y las rameras entrarán en el reino de Dios antes que vosotros. Porque vino Juan a vosotros, andando en camino de justicia, y vosotros no le creísteis, mientras que los publicanos y las rameras le oyeron. Ahora bien, ni siquiera des-*

113 Cf. *In Gen. fragm.*; ver A. Orbe, *Parábolas evangélicas en San Ireneo*, BAC, tomo II..., pp.88-89.

pués de haber visto esto, os arrepentisteis, para creerle. Era deber de los escribas y fariseos haber creído antes, haber creído los primeros. El no haber creído ni siquiera después, constituía un pecado indecible [114].

1. Los Publicanos y las Rameras

El Señor contrapone a los escribas y fariseos con los publicanos y rameras. Dicha contraposición se emparenta con la que anteriormente observamos entre el pueblo elegido y el pueblo gentil. Porque los publicanos y las meretrices eran viva imagen de los gentiles, así como los escribas y fariseos lo eran de los judíos.

¿Por qué Cristo elige a los publicanos y las meretrices como contrapartida de los escribas y fariseos? Al decir del Crisóstomo, porque encarnan las dos expresiones extremas del pecado, los dos pecados que engendran el amor tortuoso: la codicia de riquezas y la concupiscencia de la carne [115].

En verdad os digo, los publicanos y las rameras entrarán en el reino de Dios antes que vosotros. Fue como si les dijera, glosa el Pseudo-Crisóstomo: "No sólo el pueblo de los gentiles es mejor que vosotros, los judíos, como habéis juzgado vosotros mismos, sino también los publicanos y las rameras, que vosotros conocéis como gente que llevan manifiestamente una vida infame, os preceden en el reino de Dios, ¿cuánto más el pueblo de los gentiles? Pienso que se nombra a los publicanos en lugar de todos los varones pecadores, y a las rameras en lugar de to-

114 Cf. *Hom. sobre S. Mt.*, hom. 67, 3, en *Obras de San Juan Crisóstomo*, BAC, tomo II..., p.377.
115 Cf. ibid., p.378.

das las mujeres pecadoras. porque si bien son muchos los pecados que cometen hombres y mujeres fuera de éstos, sin embargo en los varones abunda principalmente la avaricia, y la fornicación en las mujeres" [116]. Ello explica, prosigue el mismo autor, por qué Cristo, en vez de decirles: "Los gentiles os precederán en el reino de Dios", les dijo: "Los publicanos y las rameras entrarán en el reino de Dios antes que vosotros". Extraña afirmación, ya que parecería estarse refiriendo más a actividades profanas que al estado de los gentiles. Pero el Señor introduce aquí a publicanos y rameras como para darles a entender: No sólo a Dios le place más el pueblo gentil que vosotros, sino que también los mismos publicanos y las meretrices le son más aceptables por su comportamiento que vosotros por vuestra promesa mendaz [117].

Podríase así decir que en los dos hijos, Cristo quiso mostrar una figura de las dos clases de personas que coexistían en el seno mismo del pueblo de Israel: por una parte, los príncipes de los sacerdotes, escribas y fariseos, que se complacían en su presunta justicia y se gloriaban en su fementida santidad; por otra, los que aquéllos despreciaban, considerándolos como pecadores públicos, los publicanos y las prostitutas. Los primeros deberán reconocer su propia imagen en el hijo desleal y fingido que responde "sí, señor", pero luego no hace la voluntad del padre; en su santidad aparente, siempre tenían la ley en la boca, pero no cumplían los mandamientos de Dios; sólo atinaban a decir "Señor, Señor", mas no hacían la voluntad del Padre que está en los cielos (cf. Mt 7, 21). El otro hijo, en cambio, figura a los pecadores penitentes de la casa de Israel.

116 *Opus imperfectum in Mt.*, hom. 40: PG 56, 850.
117 Cf. ibid.: PG 56, 851.

2. Doble Actitud frente al Bautista

El Señor encuentra una concreción de ambas disposiciones en la postura que tomaron respecto del Bautista: *Porque vino Juan a vosotros, andando en camino de justicia, y vosotros no le creísteis, mientras que los publicanos y las rameras le creyeron.*

Cristo no hace sino recordar lo que de hecho sucedió con motivo de la predicación del Bautista, cuya misión era preparar el reconocimiento del Mesías. Es cierto que los príncipes de los sacerdotes fueron a verlo, para preguntarle quién era (cf. Jn 1, 19); es cierto, asimismo, que nunca lo condenaron, limitándose con interrogarlo, pero a la postre desestimaron sus palabras, no secundando su llamado a la penitencia y a la conversión, por lo que se volvieron incapaces de recibir al Señor. Los publicanos y los pecadores, en cambio, que acudían a él para preguntarle qué debían hacer (cf. Lc 3, 10-14), aceptaron su enseñanza. No otra cosa leemos en el Evangelio: "Todo el pueblo que le escuchó, incluso los publicanos, reconocieron la justicia de Dios, recibiendo el bautismo de Juan, pero los fariseos y los doctores de la ley frustraron el plan de Dios sobre ellos no haciéndose bautizar por él" (Lc 7, 29-30). El hijo menor tiene que ver con aquella multitud de publicanos y pecadores que, exhortados por Juan a esperar de Cristo la salvación y creer en su doctrina, fueron bautizados por él [118].

Téngase presente que los publicanos y los pecadores no son exaltados como tales en la parábola, sino en cuanto que dejaron de ser tales, convirtiéndose y haciendo penitencia, porque, como dice San Juan Crisóstomo, los que de entre ellos acudieron al Bautista no entraron en el reino siguiendo en su mala postura, sino obedeciendo y creyendo, con lo que se vieron pu-

118 Cf. San Hilario, *In Mt.*, cap. XXI, 14: SC 258, p.138.

rificados y transformados [119]. No sucedió así con los fariseos y los saduceos que se allegaron al Jordán. Ellos se mostraron obstinados e impenitentes. "Raza de víboras –los conminó Juan–, ¿quién os enseñó a huir de la ira que está a punto de llegar? Haced frutos dignos de penitencia y no os gloriéis diciéndoos: Tenemos a Abraham por padre. Porque yo os digo que Dios puede hacer surgir de estas piedras hijos de Abraham. Ya está puesta el hacha a la raíz de los árboles, y todo árbol que no dé buen fruto será cortado y arrojado al fuego" (Mt 3, 7-10). Vemos acá claramente confirmada nuestra parábola: en apariencia habían dicho *sí* al Señor, aceptando la ley de Moisés, y gloriándose de su filiación abrahámica, pero se obstinaron frente al llamado de Cristo a través de su precursor. No entendieron aquello que diría San Pablo: "El fin de la ley es Cristo, para la justificación de todo el que cree" (Rom 10, 4). En cambio quienes habían vivido al margen de la ley, diciendo al principio *no* a la voluntad de Dios por su persistencia en el pecado, al cabo se rindieron con un decidido *sí* a las exhortaciones de Juan. Así sucedió que los santos "oficiales" resultaron ser los pecadores, y los pecadores que la opinión pública consideraba irrecuperables, llegaron a ser los elegidos en razón de su consentimiento a la gracia.

Comentando esto escribe el Crisóstomo:

> "Grande alabanza de los publicanos y mayor condenación de los fariseos. «A vosotros vino y no le atendisteis: a los publicanos no vino y lo recibieron. Y ni aun a éstos queréis por maestros». Mirad por cuántos modos alaba a los unos y condena a los otros: «A vosotros vino, no a ellos. Vosotros no le creísteis, y esto no les escandalizó a ellos. Ellos creyeron y esto no os aprovechó a vosotros»...

119 Cf. *Hom. sobre S. Mt.*, hom. 67, 3, en *Obras de San Juan Crisóstomo*, BAC, tomo II..., pp.378-379.

Ya veis, pues, cómo con la parábola y luego con el ejemplo de las rameras quitó dureza, a la par que añadió viveza a su palabra. Porque no les dijo a bocajarro: «¿Por qué no creísteis a Juan Bautista?» Su procedimiento es más enérgico. Primero les pone el ejemplo de las rameras y luego añade lo de la fe, convenciéndolos por la evidencia misma de los hechos de lo imperdonable de su conducta y haciéndoles ver de paso cómo todo lo hacían por temor a los hombres y por vanagloria. Porque si no confesaban a Cristo, era por temor de ser expulsados de la sinagoga: y si de Juan no se atrevían a hablar mal, no era por respeto a su santidad, sino por temor al pueblo. De todo lo cual los arguyó con lo dicho, y todavía les asestó más duro golpe diciendo: «Y vosotros, a pesar de saberlo, no os arrepentisteis después para creer en él». Malo es ya no decidirse por el bien desde el principio, pero mucho peor es no cambiar tampoco después" [120].

Destaquemos las últimas palabras del texto recién citado. En ellas comenta el versículo con que se cierra la parábola: *Ni siquiera después de haber visto esto, os arrepentisteis, para creerle.* La prioridad espiritual que Jesús reconoce a los pecadores convertidos sobre los fariseos impenitentes, data de los tiempos del precursor. Desde aquella hora la distinción ha quedado establecida. Y aunque los fariseos pudieron observar cómo los pecadores respondían afirmativamente a las enseñanzas del Bautista, perseveraron sin embargo en su incredulidad. Para la generalidad de los Padres, como ya lo hemos señalado, los publicanos y las rameras simbolizan a los Gentiles, que primero sirvieron a los ídolos y a los vicios, pero luego, convertidos por la predicación de los Apóstoles, dieron culto a Dios y practicaron las virtudes; los fariseos y los escribas encarnan a los Judíos,

120 Ibid.

que parecían alabar a Dios, pero en realidad lo rechazaron, cerrándose a la enseñanza de Cristo, el Mesías, y obstinándose en dicho rechazo.

San Ireneo nos ha dejado un interesante texto que ilumina lo que estamos tratando. "Así Rahab, la ramera, que se acusaba de ser una gentil culpable de todos los pecados, recibió a los tres enviados que avizoraban toda la tierra (cf. Jos 2, 1), y escondió en su casa al Padre y al Hijo con el Espíritu Santo. Y mientras toda la ciudad donde habitaba se desplomó al sonido de las siete trompetas, Rahab, la ramera, se vio salva con toda su casa por la fe en el signo de púrpura (cf. Jos 2, 18; 6, 25), como el Señor les decía a los que no acogían su venida, es decir, a los fariseos, y despreciaban el signo de púrpura que era la Pascua, el rescate y el éxodo del pueblo fuera de Egipto, diciendo: «Los publicanos y las rameras os preceden en el reino de los cielos»" [121].

La figura de Rahab, la pecadora, era muy frecuentada en la primitiva Iglesia. Ya se la encuentra en Justino: "El símbolo de la cinta de grana que dieron en Jericó los emisarios de Jesús [Josué], hijo de Nave, a la meretriz Rahab, diciéndole la colgase de la ventana por donde los había bajado para esconderles de los enemigos, fue igualmente símbolo de la sangre de Cristo. Por ella se salvarán quienes antes se daban a la fornicación e iniquidad, gentes de todas las naciones que reciben la remisión de los pecados y no vuelven a pecar" [122].

En el texto recién citado, Justino limita su aplicación a las prostitutas arrepentidas, que aceptan la sangre de Cristo, "gentes de todas las naciones", pero el texto precedente, el de San Ireneo, por su relación más directa con nuestra parábola, mere-

121 *Adv. haer.* IV, 20, 12: SC 100 bis, p.674.
122 *Dial.* 111: PG 6, 733.

ce una mayor explicación, que desarrollaremos con la ayuda del P. Orbe.

La fornicaria Rahab y los fariseos adoptan frente al Señor una actitud opuesta. La primera, símbolo de los pueblos gentiles, consciente de sus pecados, inicia el proceso de su salvación condenándose a sí misma, como pecadora, a semejanza del publicano de la parábola (cf. Lc 18, 9-14). Acoge así a los tres espías, que simbolizan las tres personas divinas, es decir, pone un acto de fe, no obstante su vida anterior, en el mensaje de Josué, figura del Salvador; al recibir a los enviados, recibía al propio Salvador, en trance de llegar. Colocó a la vista de todos el cordón de hilo de púrpura, signo de su fe, ya que dicho cordón era, por su color, figura de la sangre del Cordero, la nueva Pascua, en cuya virtud el pueblo de Dios salía de Egipto, reino del demonio, representado por el Faraón; con ella, toda su familia, es decir, toda la gentilidad creyente, se veía liberada de la esclavitud del demonio. El Salvador, figurado por Josué, responde a la actitud de Rahab, salvándola a ella y a toda su casa, es decir, redimiéndola, en virtud de su sangre, de cuantos pecados se confesaba culpable.

Así como la actitud de Rahab se parece a la del publicano de la parábola, la de los fariseos se asemeja a la de su protagonista (cf. Lc 18, 9 ss.). Tanto éste como aquéllos, infatuados con la observancia externa de la ley, olvidan su condición de pecadores, y de este modo se cierran al Mesías enviado por Dios, el nuevo Josué, mensajero de una fe trinitaria y de una salvación que no esperaban ni anhelaban. Israel, representado por los fariseos, comenzó por no atender al mensaje de los profetas, para luego ignorar el misterio del Cordero pascual que el Bautista les señaló ya presente (cf. Jn 1, 29), capaz de redimir con su sangre y salvar al pueblo de Dios. Los fariseos se desentendieron de la Pascua, se desentendieron de Cristo, porque jamás esperaron

que el Mesías vendría a ellos en figura humilde y pasible, anticipado en profecía por Josué y señalado con el dedo por el Bautista, cual "Cordero de Dios", pronto al sacrificio.

El texto de San Ireneo donde implícitamente aparece Rahab como figura de los pueblos gentiles, y los fariseos como encarnación de Israel, concluye expresivamente con una alusión a nuestra parábola [123].

Si bien la conclusión de la parábola de los dos hijos diferentes alude a la actitud de los publicanos y los fariseos en relación con Juan, de algún modo se amplía en la que tuvieron con el mismo Cristo. Los fariseos, que hacían gala, casi por estado, y desde hacía tiempo, de ser los profesionales de la ley, una vez llegado el Mesías, rehusaron adherir a sus enseñanzas y de ese modo no entraron en el reino. Los publicanos y pecadores, en cambio, que desobedecían desenfadadamente la ley de Dios, con todo, llegado el momento, escucharon la predicación del Señor, acatando su exhortación a la penitencia, y así entraron en el reino. A uno de esos publicanos, Mateo, Cristo lo eligiría para su colegio apostólico (cf. Mt 9, 9). Y estando precisamente a la mesa en su casa, dice el Evangelio que "muchos publicanos y pecadores vinieron a reclinarse con Jesús y sus discípulos, viendo lo cual los fariseos dijeron a los discípulos: "«¿Por qué vuestro maestro come con los publicanos y pecadores?»" (Mt 9, 10-11). Asimismo se le acercaron las rameras, la samaritana y la pecadora pública, y se convirtieron (cf. Lc 7, 37-50). Jesús los acoge a todos ellos, por lo que sus adversarios le reprochan de ser "amigo de publicanos y pecadores" (Mt 11, 19). En la parábola del fariseo y el publicano, a que hemos aludido más arriba, queda consagrada esta distinción entre el primero, que se relame en su "justicia", y el publicano, que se reconoce pe-

123 Cf. A. Orbe, *Parábolas evangelicas en San Ireneo*, BAC, tomo II..., pp. 100-101

cador, viéndose el primero desairado por Dios y el segundo justificado (cf. Lc 18, 9-14). El fariseo, que oraba de pie en el templo. es figura del pueblo judío, y el publicano, que estaba en el fondo, simboliza a los gentiles. Hubiéramos podido incluir esta parábola en el presente volumen, pero por razones metodológicas preferimos remitirla a un tomo ulterior.

Existe. pues, cierta continuidad entre la respuesta que los fariseos y los publicanos dieron al Bautista y la que dieron a Cristo. Sobre ello escribe San Hilario: "La razón por la cual los publicanos y las meretrices serán los primeros en el reino de los cielos, es porque creyeron en Juan, y bautizados en orden a la remisión de los pecados, reconocieron el advenimiento de Cristo, admiraron las curaciones que él obró, aceptaron el misterio de su pasión y reconocieron el poder de su resurrección. Los príncipes de los sacerdotes y los fariseos, en cambio, al ver esas mismas cosas las despreciaron, y al no ser justificados por la fe, ignoraron los remordimientos que los hubieran llevado a la salvación; por eso su fruto quedará para siempre reseco bajo el golpe de la maldición, prefigurada en la que el Señor pronunció sobre la higuera" [124].

Quizás podríamos resumir así la semejanza propuesta en la presente parábola:

+ Así como de los dos hijos a quienes invitó su padre para ir a trabajar a la viña, el primero contestó que sí, y luego, volviendo sobre su palabra, se mostró desobediente,
* mientras que el segundo, después de haber respondido un no cortante, cambió después de parecer, y se dirigió a la viña,
* así los fariseos, a pesar de su apariencia de hombres obedientes y justos, se negaron a entrar en el reino,

124 *In Mt.*, cap. XXI, 15: SC 258, p.140.

* mientras que los publicanos y las rameras, arrepentidos de su vida de pecado, se adelantaron a los fariseos en el reino.

Cerremos este apartado con un texto del Pseudo-Crisóstomo, donde pone estas palabras en boca de Cristo, como si se dirigiera a los fariseos:

> "Aunque Juan no hubiese venido a vosotros en camino de justicia, sino que sólo hubiese predicado el bautismo de penitencia, vosotros, como sacerdotes y hombres prudentes, como jueces no de las personas sino de las cosas, hubierais debido creerle, aunque no como a hombre justo, al menos como a un hombre que decía cosas justas. ¿Qué le interesa al oyente la vida del predicador? Porque si vive mal, el daño es de solo él, pero si enseña bien, el provecho es de todos los que lo oyen. De hecho vino a vosotros en camino de justicia tan manifiesto, que su manera de haberse, juntamente con una vida venerable y angélica, conmovió también los corazones de los publicanos y las meretrices, y movidos por el temor, se inclinaron a creer; en cambio su palabra no llegó a vuestros corazones. ¿Veis como justamente los publicanos y las meretrices os preceden en el reino de Dios?".

Prosigue el autor su alegato señalando que si bien es cierto que la santidad del que predica no es necesaria, con todo, vigoriza, su predicación, al punto que logra convencer a los que parecían indomables. Entonces su palabra posee una doble fuerza: el valor de la doctrina y la virtud del que predica.

> "Vosotros sacerdotes –continúa–, como conocedores de las Escrituras, como quienes debíais caminar delante del pueblo, hubierais tenido que creer en Juan antes que la multitud, de modo que todos siguieran vuestro ejemplo. No sola-

mente no hicisteis esto, sino que, aun después de haber visto cómo creían los publicanos y las meretrices, ni siquiera ahora estáis avergonzados o arrepentidos; porque aquellos de los que no se esperaba que iban a creer, los publicanos y las meretrices, creyeron, en cambio vosotros, que parecíais seguir toda justicia, permanecisteis en vuestra dureza, y ni siquiera entonces hicisteis penitencia, como para creer, de modo que siguieseis el ejemplo de aquellos a los que vosotros mismos hubierais debido dar ejemplo. ¿Acaso erais menos pecadores que ellos, que creyéndole ellos a él, vosotros no creyeseis en Cristo? No, sino más despreciadores de Dios, más soberbios y amantes de la vanagloria, más duros, al punto de que no sólo no quisisteis precederlos en la fe, sino ni siquiera seguirlos" [125].

3. La Precedencia de los Gentiles

¿Por qué les dice Cristo a los fariseos que los publicanos y las rameras los *preceden* en el reino? A juicio de Orígenes, las palabras del Señor dejan entender que si bien los judíos no quisieron aceptar a Cristo, arrepintiéndose de su previa arrogancia, y se mantienen en la misma tesitura, ya que tampoco ahora, siglos después de Cristo, aceptan convertirse, ello no significa que Israel nunca ingresará en el reino de Dios. Porque nadie precede a quien de ninguna forma estará en el lugar del que lo precedió. Por eso se preanuncia acá lo que luego afirmaría San Pablo, a saber, que cuando entre en el reino la totalidad de los gentiles, entonces Israel alcanzará la salvación (cf. Rom 11, 25-26). Al fin entrará también y se salvará Israel, que durante mucho tiempo vivió mal, en desacuerdo con su índole buena; en la

125 *Opus imperfectum in Mt.*, hom. 40: PG 56, 850-851.

consumación de la historia, los verdaderos israelitas acabarán por creer, conforme a su natural nobleza [126].

Como se ve, Orígenes entiende que a lo largo de la historia los pueblos gentiles se irán convirtiendo, entrando en el reino, mientras el pueblo judío, en su generalidad, permanecerá empecinado en su rechazo. Pero llegará un día, cuando haya entrado la plenitud de los gentiles, en que ellos también ingresarán.

San Hilario tiene sobre esto una interpretación peculiar. "El primer hijo es el pueblo salido de los fariseos, y advertido por Dios de manera apremiante, mediante la profecía de Juan, de la necesidad de obedecer a sus mandamientos. Este pueblo fue arrogante, desobediente y rebelde a las urgentes advertencias [del Bautista], porque puso su confianza en la ley, y gloriándose de la noble prerrogativa que tenía de Abraham, dejó de lado el arrepentimiento de los pecados; pero luego, ante los milagros obrados después de la resurrección del Señor, en el tiempo de los Apóstoles, hizo penitencia y creyó; ante la realidad de los hechos aceptó obrar según el Evangelio, y arrepintiéndose, confesó la culpa de su anterior arrogancia" [127]. La explicación de Hilario coincide sustancialmente con la de Orígenes, en cuanto distingue dos momentos en la historia del pueblo judío: el de su incredulidad primera frente a Cristo y el de su ulterior conversión. Sólo que Hilario no prevé la conversión de Israel para la consumación de la historia, como Orígenes, sino que la sitúa en el tiempo de la Iglesia.

En la misma línea tenemos un texto del Pseudo-Crisóstomo, dirigido a los judíos:

> "Mirad que no dijo que los publicanos y meretrices entrarían en el reino de Dios, mientras que vosotros seríais

126 Cf. *Comment. in Mt.*, tomus XVII, 5: PG 13, 1485-1488.
127 *In Mt.*, cap. XXI, 13: SC 258, p.138.

arrojados lejos, ni tampoco cosa alguna que significase que ellos no entrarían en el reino de Dios, sino que *os preceden en el reino*. Si alguien precede en el reino celestial, significa que otro lo sigue, el cual también se alegra; aunque sea en segundo lugar, sin embargo también estará en el reino. Mirad también que no dijo en forma futura, Os precederán. sino en presente: *Os preceden*. Según estas palabras. se significaba que también los sacerdotes entrarían en el reino de Dios, es decir, creerían en Cristo. Pero porque los sacerdotes, creyéndose justos, no le quisieron creer a Juan, mientras los publicanos y las meretrices creían en él, y eran por él bautizados, se anuncia que entrarían después de los publicanos y meretrices, como de hecho sucedió. Después de la ascensión del Señor muchos de ellos creyeron en Cristo por medio de los apóstoles, como lo atestiguan los Hechos diciendo: «Una gran multitud de sacerdotes aceptaba la fe» (Act 6, 7).

¿Y quiénes son los publicanos y las meretrices que los precedieron en el reino? Mateo, el publicano, y Zaqueo, jefe de los publicanos, y otros publicanos que con ellos y por ellos creyeron en Cristo. ¿Y cuáles las meretrices? Aquellas a que se refieren los evangelistas. Porque publicanos y meretrices creyeron en Cristo, aun mientras vivía en este mundo. En cambio los sacerdotes creyeron por los apóstoles, después de la ascensión del Señor. Por tanto, fue gracias a la misericordia de Dios que ellos mismos ingresaron en el reino; por la arrogancia de su corazón, entraron después que los publicanos y las meretrices, de modo que fuese para ellos un castigo por su soberbia la precedencia de las meretrices y de los publicanos, para que por ello entendamos que nada impide tanto la fe como la arrogancia de corazón, de donde les decía: «Vosotros pretendéis pasar por justos delante de los hombres, pero Dios conoce vuestros corazones; porque lo que es estimable para los hombres, es abominable para Dios» (Lc 16, 15)" [128].

128 *Opus imperfectum in Mt.*, hom. 40: PG 56, 855.

El misterio de Israel y el misterio de las naciones recibe así una nueva elucidación. Como les dice San Efrén a los judíos: "Vosotros habéis prometido en palabras, pero ellos corrieron más pronto que vosotros" [129].

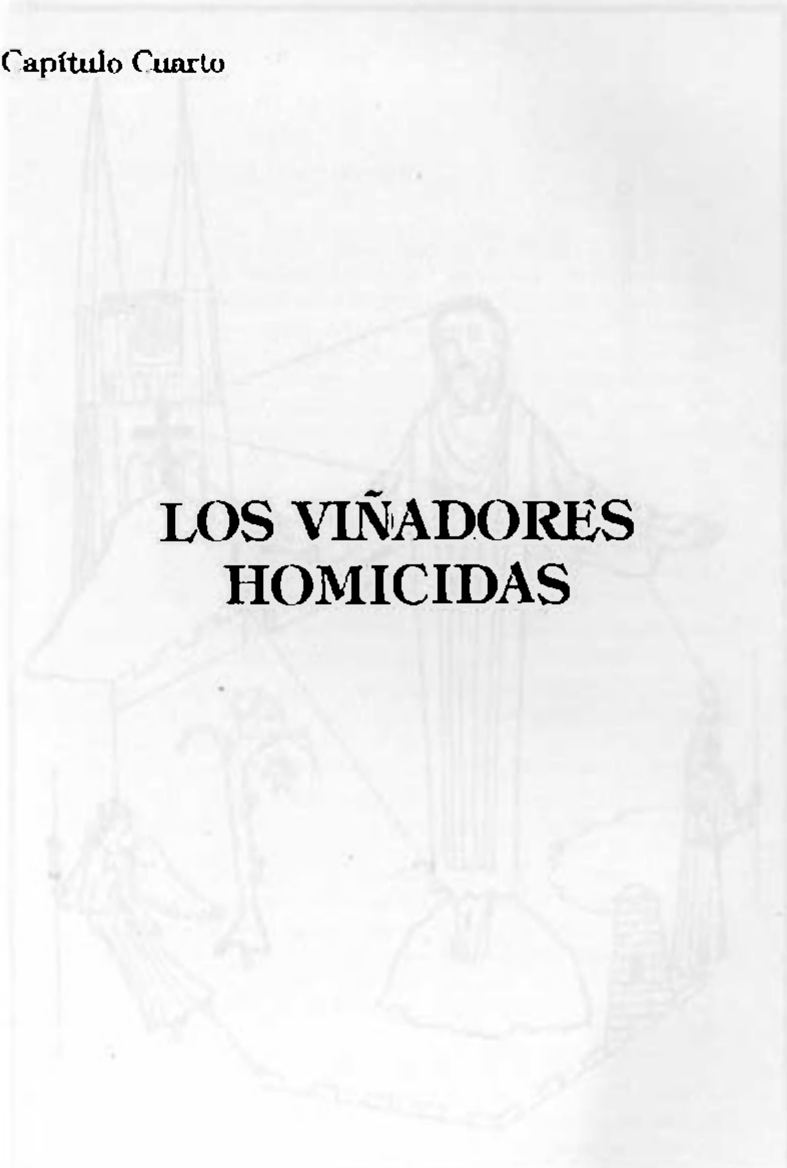
Es claro que este seguir los judíos a los gentiles, no es automático, como observa el Crisóstomo. "Decir os *preceden* no quiere decir que ellos sigan, sino que, si quieren, tienen esperanza de seguirlos. Nada, en efecto, como la emulación despierta a la gente vulgar. De ahí que el Señor repita a cada paso: «Los últimos serán los primeros, y los primeros los últimos» (Lc 13, 30)" [130].

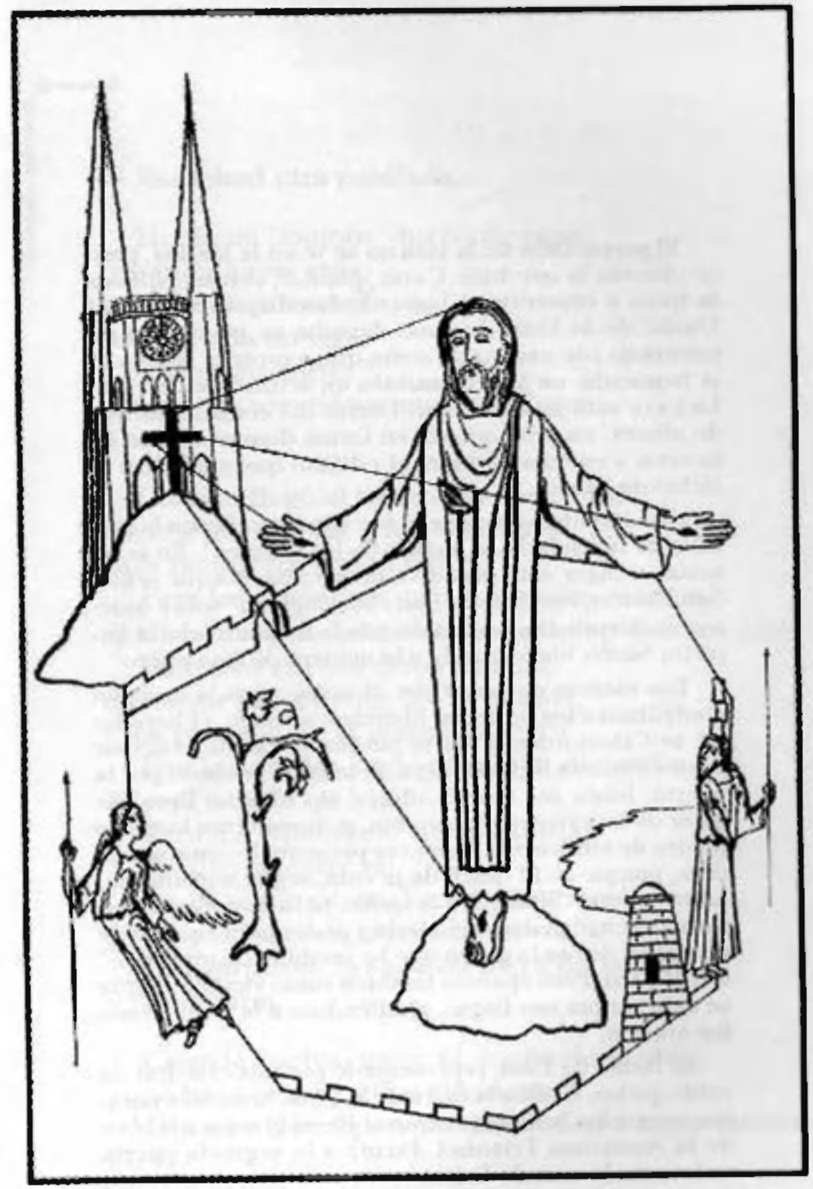
129 *Diatessaron*, cap. XVI, 18: SC 121, p.292.

130 *Hom. sobre S. Mt.*, hom. 67, 3, en *Obras de San Juan Crisóstomo*, BAC, tomo II..., p.378.

Capítulo Cuarto

LOS VIÑADORES HOMICIDAS





El propietario de la viña no se ve en la lámina, pero se observa lo que hizo. Cavar, plantar, cercar, edificar la torre y construir el lagar. Todas disposiciones del Dueño de la Viña. A mano derecha se puede ver un personaje con una lanza, como quien protege la viña. A la izquierda, un ángel, también en actitud de defensa. La torre está junto al lagar. Detrás del cercado, saliendo afuera, un promontorio en forma de roca. Sobre él, la cruz, y encima de todo, el edificio que simboliza el Reino de Dios.

San Jerónimo dice que el cercado "se refiere a la muralla de la ciudad o al auxilio de los ángeles". En la lámina, el lagar está pegado a un profeta, porque según San Hilario, los profetas son como lagares "sobre quienes se derramaba por así decirlo la fecundidad del Espíritu Santo, borboteando a la manera de vino nuevo".

Los siervos enviados por el señor para la cosecha simbolizan a los profetas. El último enviado, el heredero, es Cristo mismo. En la lámina se puede observar cómo Cristo es llevado fuera de la viña, pasando por la puerta, hasta ser crucificado en el Calvario. Pero ese lugar de muerte y de ignominia, se transforma luego en piedra de edificación. Cristo es presentado como sacerdote, porque es Él quien da la vida, según aquellas palabras suyas: "Nadie me la quita; yo la doy voluntariamente. Tengo poder para darla y poder para recobrarla de nuevo; ésa es la orden que he recibido de mi Padre" (Jn 10, 18). Pero aparece también como víctima, según se deja ver por sus llagas, aludiéndose a la forma como fue muerto.

El Reino de Dios, representado por una catedral de estilo gótico, edificada fuera de la Viña, tiene tres puertas, ya que los hombres entran al Reino gracias a la obra de la Santísima Trinidad. Frente a la segunda puerta se levanta la cruz de Cristo.

Escuchad otra parábola.

Había un hombre, dueño de casa,
que plantó una viña,
la rodeó de una cerca,
cavó en ella un lagar
y edificó una torre;
después la arrendó a unos viñadores,
y se fue lejos.

Cuando llegó el tiempo de los frutos,
envió a sus siervos a los viñadores
para recibir los frutos suyos.
Pero los viñadores agarraron a los siervos,
apalearon a éste, mataron a aquél, lapidaron a otro.
Entonces envió a otros siervos,
en mayor número que los primeros,
y los trataron de la misma manera.
Finalmente les envió a su hijo, diciendo:
"Respetarán a mi hijo".
Pero los viñadores, viendo al hijo,
se dijeron entre sí:
"Éste es el heredero. Venid, matémosle,
y nos quedaremos con su herencia".
Lo agarraron, lo sacaron fuera de la viña
y lo mataron.

Cuando vuelva, pues, el dueño de la viña,
¿qué hará con aquellos viñadores?
Dijeron: "Hará perecer sin piedad a estos miserables,

y arrendará la viña a otros viñadores,
que le paguen los frutos a su tiempo".

Y díjoles Jesús:
¿No habéis leído nunca en las Escrituras:
«La piedra que desecharon los que edificaban,
ésa ha venido a ser piedra angular;
el Señor es quien hizo esto,
y es un prodigio a nuestros ojos»?

Por eso os digo: El reino de Dios os será quitado,
para dárselo a un pueblo que rinda sus frutos.
Y quien cayere sobre esta piedra,
se hará pedazos;
y a aquel sobre quien cayere,
lo hará polvo.

Los sumos sacerdotes y los fariseos,
oyendo sus parábolas,
comprendieron que de ellos hablaba.
Y trataban de prenderlo,
pero temían a las multitudes
porque éstas lo tenían por profeta.

Mateo 21, 33-46

LA presente parábola fue dicha por el Señor a continuación de la que acabamos de comentar, la de los dos hijos diferentes, probablemente en el recinto del templo. Las circunstancias en que fue propuesta son, pues, las mismas que las de la parábola precedente, en acerada polémica con los sacerdotes y fariseos.

Por eso Mateo señala que Cristo, tras pronunciar la semejanza anterior, agregó: "Escuchad otra parábola" (cf. 21, 33). Se supone la presencia del pueblo, juntamente con la de sus dirigentes, que se considerarán especialmente aludidos (cf. Mt 21, 45). El fin de esta parábola es contrastar el cúmulo de los beneficios de Dios, que aquí se muestra bajo los rasgos de un viñatero magnánimo, y la negra malignidad de los sacerdotes-agrícolas que pretenden alzarse con la viña cuyo cuidado les ha sido confiado. La parábola de los viñadores infieles, junto con la de los dos hijos diferentes que la precede (cf. Mt 21, 28-32), y la de las bodas reales que la sigue (cf. Mt 22, 1-14), constituyen un tríptico elocuente de la historia de la salvación, así como del misterio de Israel y de las naciones. De la de las bodas reales nos hemos ocupado en el volumen anterior, por razones metodológicas.

La parábola que ahora nos va a ocupar nos la relata Mateo, pero también la encontramos en Marcos (cf. 12, 1-12) y en

Lucas (cf. 20, 9-18), con pequeños retoques, que tendremos en cuenta en su momento.

La versión de Marcos, que se abre con las palabras: "Y comenzó a hablarles en parábolas" (12, 1), supone la presencia de una multitud de judíos, lo que se confirma cuando a su término señala que los dirigentes del pueblo "buscaban apoderarse de él, pero temían a la muchedumbre" (12, 12). No es de extrañar la afluencia de público ya que con motivo de las fiestas pascuales se juntaban más personas que otras veces en los pórticos y atrios del templo. La fórmula plural que emplea Marcos: les habló "en parábolas", quizás sea porque a esta parábola mayor de la viña se le agrega, casi formando un bloque con ella, la de la piedra angular (cf. 12, 10-11), de la que trataremos asimismo en este capítulo, o también para aludir a las tres parábolas de que habla Mateo; otros creen que se trata de un plural genérico, a modo de adverbio, como si hubiese dicho: "les habló parabólicamente".

Lucas, al introducir nuestra parábola, señala que Cristo se dirigía a la multitud –"comenzó a decir al pueblo esta parábola" (20, 9)–, pero al término de la misma incluye entre los presentes a los escribas y los príncipes de los sacerdotes quienes al conocer "que a ellos iba dirigida aquella parábola", quisieron apoderarse de Jesús, lo que no se animaron a hacer por temor al pueblo (cf. 20, 19). Este encontronazo con los dirigentes religiosos del pueblo judío, a que aluden las tres versiones de la parábola, está en continuidad con lo que había sucedido inmediatamente antes, a saber, la expulsión de los mercaderes del templo, el altercado con motivo del bautismo de Juan, y luego la proferición de la parábola de los dos hijos. Probablemente aquellos jefes se habían mezclado de nuevo entre los visitantes al templo y desde allí estaban escuchando ahora al Señor.

La presente parábola se desarrolla en torno a la imagen de la viña. Como se sabe, el cultivo de la viña, predileccionado en el

ámbito de la cultura judía, era una de las actividades que más enraizaba al hombre en su tierra natal. Un ejemplo de ello resulta aleccionador. En cierta ocasión, Ajab, rey de Samaria, le pidió a Nabot que le entregase su viña, situada junto al palacio del primero, para convertirla en un huerto de hortalizas, en cambio de otra viña mejor que Ajab le daría. Nabot le respondió: "Líbreme Yahveh de darte la herencia de mis padres" (1 Re 21, 3). Con frecuencia esa porción de tierra contenía la tumba de los antepasados.

Dios va a elegir la viña como el símbolo de sus relaciones con el pueblo elegido, al punto de que constituirá el argumento de uno de los llamados "temas bíblicos", es decir, uno de esos temas que se pueden rastrear a lo largo de todas las Escrituras, desde el Génesis al Apocalipsis [131]. Analizaremos nuestra parábola a la luz de dicho abanico teológico. Ello nos permitirá entenderla en todos sus alcances.

I. ANTECEDENTES VETEROTESTAMENTARIOS

Ya en el Antiguo Testamento comienza a manifestarse el tema de la viña, plantada por Dios y por Él cultivada con cuidadoso esmero. Isaías nos ha dejado un espléndido encomio de ella, que recibió el nombre de "Cántico de la Viña". He aquí los primeros versículos:

> "Voy a cantar a mi amado
> el canto de su amor por la viña.
> Una viña tenía mi amigo
> en una fértil colina,

131 Cf. J. Guillet, *Thèmes bibliques*, Aubier, Paris 1950.

> la cavó, la despedregó,
> y la plantó de cepas exquisitas.
> En medio de ella edificó una torre
> y excavó en ella un lagar,
> esperando que le diera uvas" (Is 5. 1-2).

Estas palabras iniciales nos introducen de lleno en nuestro "tema bíblico". Lo expondremos siguiendo lo que sobre él nos dice Jean Daniélou, quien a su vez se inspira en la obra de J. Guillet, recién citada [132].

El profeta Isaías nos habla en su texto de una viña plantada por Dios. ¿Cuál es esta viña?

> "La viña de Yahveh de los ejércitos
> es la Casa de Israel,
> y los hombres de Judá
> son su plantío exquisito" (Is 5, 7).

Lo que la viña para el viñador palestino, tal es el pueblo de Israel para el Señor. Antes de plantarla, buscó primero una loma con buena tierra, defendida de los vientos. Luego cavó a su alrededor, retirando las piedras que podrían obstaculizar su crecimiento. Quizás aluda a dicha remoción de estorbos lo que se lee en el salmo 80: "Una viña de Egipto arrancaste, expulsaste naciones para plantarla a ella, le preparaste el suelo" (vers. 9-10). Sólo entonces, cuando el terreno estuvo bien preparado, plantó en él "cepas selectas".

La viña comenzó a crecer o, como se dice en el salmo recién citado, "echó raíces y llenó la tierra: cubriéronse los montes de

132 Cf. *El misterio de la historia*, Dinor, 3ª ed., San Sebastián 1963.

su sombra, y sus sarmientos llegaron a ser como los altos cedros; extendió sus ramas hasta el mar, y hasta el río sus vástagos" (Ps 80, 10-12).

Toda la historia de Israel queda resumida en estos textos: la liberación de Egipto, las gracias recibidas a lo largo de su peregrinación por el desierto, la alianza, el tabernáculo, la ley, la conquista de la tierra prometida, las victorias de los Jueces, la realeza de David y de Salomón. Así creció la viña de Israel, desde Moisés hasta Salomón, extendiendo sus ramas desde el Líbano hasta Egipto, y desde el Jordán hasta el Mediterráneo.

A lo largo de todos esos años el viñatero visitaba su viña, se preocupaba por defenderla de quienes atentaban contra ella, vigilaba su crecimiento, esperando sobre todo la gran hora de la vendimia. Dios había puesto en ella toda su confianza: "Esperaba que le diera uvas" (Is 5, 2). Tal es la palabra clave del Cántico de Isaías, la esperanza que puso Dios en su pueblo elegido.

¿Le sería fiel al divino Plantador? ¿Le daría los frutos esperados? El profeta Ezequiel, en un texto pletórico de poesía y de misterio, expresa esta especie de duda divina. Dice que la palabra de Dios le fue dirigida en estos términos: "Hijo de hombre, propón un enigma, presenta una parábola a la casa de Israel" (Ez 17, 2). Les diría que así habla el Señor:

> "El águila grande,
> de grandes alas y de largas plumas,
> de espeso plumaje de colores varios,
> vino al Líbano
> y tomó el cogollo del cedro,
> arrancó el principal de sus retoños,
> lo llevó a un país de mercaderes
> y lo puso en una ciudad de comerciantes.

Luego, tomó de la semilla de la tierra
y la puso en un campo de siembra;
junto a una corriente de aguas abundante
la plantó como un sauce.
Echó brotes y se hizo una vid frondosa,
pero de poca altura,
para que dirigiese hacia el águila sus ramas
y le estuvieran sometidas sus raíces.
Hízose vid,
echó sarmientos y extendió sus ramas.
Pero había otra águila grande,
de grandes alas y abundante plumaje,
y he aquí que la vid tendió sus raíces hacia ésta,
hacia ella alargó sus ramas,
para que desde el terreno donde la otra la había plantado
estuviera bien regada.
Había sido plantada en tierra fértil,
y cerca de abundantes aguas
para que echase ramas y llevase frutos
y se hiciese una vid vigorosa.
Di: Así dice el Señor Yahveh:
¿Prosperará?
¿No arrancará sus raíces el águila primera,
no cortará sus frutos,
dejando que se sequen todos los brotes tiernos que echó?
Sin gran esfuerzo, sin necesidad de un pueblo numeroso
la arrancará de raíz.
Vedla aquí plantada, ¿prosperará tal vez?
Al soplar el viento del este, ¿no se secará del todo?" (17, 3-10).

De hecho, Israel, la viña predilecta de Dios, disputada entre dos águilas, le negaría su fidelidad. Tras habernos declarado la esperanza que Dios había cifrado en ella, el Cántico de Isaías

nos revela la decepción divina: "Esperó que diese uvas, pero dio agrazones" (Is 5, 2). Llámase así la uva silvestre, o también esos pequeños racimos que hay en las vides, que nunca maduran. El Señor toma entonces la palabra:

"Ahora, pues, vecinos de Jerusalén,
y varones de Judá,
juzgad, os lo suplico,
entre mi viña y yo.
¿Qué más podía hacer yo por mi viña
que no lo hiciera?
Yo esperaba que diese uvas,
¿por qué ha dado agrazones?" (Is 5, 3-4).

Tal fue el desenlace de este poema divino. Aquel plantel escogido, al que el Señor había consagrado todos sus cuidados, logrando que alcanzase un desarrollo admirable, cuando llegó el momento culminante, sólo produjo frutos amargos, frutos de impiedad y de injusticia.

¿Qué hará Dios? Nos lo señala Él mismo, en el Cántico de Isaías:

"Voy, pues, a deciros
lo que haré de mi viña:
Destruiré su seto
y será quemada.
Derribaré su cerca
y será hollada.
Haré de ella un erial,
que ni se pode ni se escarde.
Crecerán en ella los cardos y las zarzas,
y aun mandaré a las nubes
que no lluevan sobre ella" (Is 5, 5-6).

Fácil es de ver cuán destrozado debe estar el corazón de un viñatero que se ve obligado a tomar semejante decisión, la de devastar su propia viña. Dios la había plantado de cepa selecta, de simiente legítima, pero ahora se había mudado en sarmiento de vid bastarda (cf. Jer 2, 21), carente de frutos.

Y si la vid no es fructífera, ¿de qué servirá? Nos lo dice el Señor por boca de Ezequiel:

> "Hijo del hombre, ¿en qué vale más
> el leño de la vid que el leño de cualquier rama
> que haya entre los árboles del bosque?
> ¿Se toma de él madera para hacer alguna cosa?
> ¿Se hace con él un gancho para colgar algún objeto?
> No, se tira al fuego para que lo devore;
> el fuego devora los dos extremos,
> y arde también el medio,
> ¿sirve aún para hacer algo?
> Si ya, cuando estaba intacto,
> no se podía hacer nada con él,
> ¡cuánto menos cuando lo ha devorado el fuego
> y lo ha quemado,
> se podrá hacer con él alguna cosa!
> Por eso, así dice el Señor Yahveh:
> Lo mismo que el leño de la vid,
> entre los árboles del bosque
> al cual he arrojado al fuego para que lo devore,
> así he entregado a los habitantes de Jerusalén.
> He vuelto mi rostro contra ellos.
> Escaparon del fuego,
> y el fuego los devorará.
> Y sabréis que yo soy Yahveh,
> cuando vuelva mi rostro contra ellos.

Convertiré esta tierra en desierto,
porque han cometido infidelidad,
oráculo del Señor Yahveh" (Ez 15, 1-8).

He aquí otra palabra clave: infidelidad. Entre Dios y su pueblo elegido había una especie de unión nupcial. El Señor quería ser su único Esposo. Pero el pueblo vivía en la doblez. Fingía estar adherido a su Esposo divino cuando en realidad seguía a los Baales. Es lo que nos dice otro de los profetas:

"Vid frondosa era Israel
que producía fruto proporcionado,
pero a medida que aumentaba su fruto.
más multiplicaba sus altares;
cuanto mejor era su tierra,
mejores hacía las estelas.
Su corazón es doble.
Mas ahora van a expiar:
él romperá sus altares,
demolerá sus estelas" (Os 10, 1-2).

El Señor le pide a su vocero Ezequiel que entone una elegía sobre Israel, principalmente sobre sus príncipes:

"Tu madre fue como una vid
plantada a orillas de las aguas.
Era fecunda, exuberante,
por la abundancia de las aguas.
Tenía ramas fuertes
aptas para cetros de soberanos.
Su tronco se elevaba por entre las nubes,
imponente por su altura,
y por la abundancia de su ramaje.

Pero ha sido arrancada con furor,
tirada por tierra,
y el viento del este agostó su fruto.
Secáronse sus robustos sarmientos,
el fuego los devoró.
Y ahora está plantada en el desierto.
en tierra sedienta y árida.
Ha salido fuego de uno de sus sarmientos
que consumió su fruto.
No queda en ella rama fuerte alguna,
ni un solo cetro real.
Elegía es ésta, y de elegía servirá" (Ez 19, 10-14).

Si todo terminara aquí, el cuadro sería realmente desolador. Mas la misericordia de Dios es infinita, de modo que a pesar de las múltiples infidelidades de su pueblo, no olvida del todo a esa viña que, a fin de cuentas, es la suya. Permite, sí, que las malas hierbas entren en ella, que la cubran con su follaje, que las fieras la devoren (cf. Jer 12, 7-11), pero la nostalgia permanece en su corazón. La ha amado en exceso, la ha amado con un amor absoluto, propio de Dios, un amor demasiado irrevocable para que pueda, aun en lo más profundo de su envilecimiento, desentenderse de su pueblo. No en vano dice a través de Jeremías, refiriéndose a esa nación ingrata: "Escalad sus murallas, destruid, mas no acabéis con ella. Arrancad sus sarmientos, porque no son de Yahveh" (Jer 5, 10). Los sarmientos no son de Dios, pero queda el tronco. No se debe acabar del todo con la vid.

Desde el tremedal de su miseria, e incluso advirtiendo la gravedad de su felonía, la viña no se desespera; más aún, se atreve a dirigirse nuevamente al Señor para pedirle que no la olvide para siempre.

Tal es el significado del salmo 80, que puede ser entendido como la prolongación del Cántico de Isaías. Allí el salmista, luego de reconocer la enorme infidelidad de la viña que Dios plantó, cultivó, hizo fecunda y exuberante, se atreve todavía a recordar al Señor la alianza que con ella contrajo, rogándole que no la abandone.

"¿Por qué has hecho brecha en sus tapias
para que todo el que pase por el camino la vendimie?
La devastan los jabalíes salvajes
y pastan en ella las bestias del campo.
¡Dios de los ejércitos, vuélvete ya,
mira desde los cielos y contempla,
visita a esta viña, cuídala,
es la viña que plantó tu diestra,
el renuevo que tú hiciste fuerte!" (Ps 80, 13-16).

Estos reproches están preñados de confianza, de *parresía*, de santa familiaridad. ¡A fin de cuentas se trata de "tu" viña! Por eso el salmista concluye:

"Ya no volveremos a apartarnos de ti;
nos darás vida e invocaremos tu nombre" (vers. 19).

No todo está perdido, como se deja ver por el consejo que el Señor le da a Jeremías: "Busca, rebusca como en una cepa en el resto de Israel; vuelve a poner tu mano como el vendimiador por los pámpanos" (Jer 6, 9) [133].

133 Cf. J. Danielou, op. cit., pp.219 ss., y también J. Guillet, *Thèmes bibliques*..., pp.200-207.

II. UN HOMBRE PLANTÓ UNA VIÑA

Resulta realmente impresionante advertir con cuánta naturalidad los evangelistas entroncan nuestra parábola en los textos veterotestamentarios que acabamos de recordar. En las versiones de Marcos y Mateo se describe la cuidadosa plantación de la viña en conexión innegable con el "Cántico de la Viña" de Isaías. A dicha conexión hace referencia Cornelio a Lapide, en su gran obra exegética sobre los Evangelios, donde tras recordar las palabras iniciales del profeta: "Voy a cantar a mi amado el canto de su amor por la viña. Una viña tenía mi amigo...", afirma que, a su juicio, el amigo al que se dedica aquel canto no es sino el Verbo encarnado. Dios se lo dedica a su Hijo, que no sólo lo haría suyo sino que, vitalmente, llegaría a ser su protagonista.

Orígenes ha señalado diversos paralelismos entre la parábola que nos va a ocupar y el Cántico de Isaías. Lo que dice Mateo: "Plantó una viña, y la rodeó de una cerca, cavó en ella un lagar y edificó una torre", es semejante a aquel: "Una viña tenía mi amigo en una fértil colina, la cavó..., en medio de ella edificó una torre, y excavó en ella un lagar". A este: "Plantó una viña" comparemos aquel: "Plantó una viña en Sorec"; a este: "La rodeó de una cerca", aquel "La cercó de seto"; a este: "Cavó en ella un lagar", aquel: "Excavó en ella un lagar"; a este: "Edificó una torre", aquel: "En medio de ella edificó una torre". En ambos casos se hace mención de los frutos de la viña: en Isaías se dice que Dios "esperaba que diese uvas pero dio agrazones"; en la parábola del Evangelio, si bien no se dice que la uva no hubiese dado fruto en el tiempo oportuno, ello queda implícito en la actitud de los agricultores que en sucesivas ocasiones se apoderaron de los siervos que enviaba el dueño de la viña para controlar su rendimiento, hasta no vacilar en dar muerte a su propio hijo, el heredero. En Isaías, el Verbo profiere amenazas contra la misma viña, que era la casa de Israel, diciendo: "Destruiré su seto, y

será quemada, derribaré su cerca, y será hollada; haré de ella un erial, que ni se pode ni se escarde; crecerán en ella zarzas y espinas, y aun mandaré a las nubes que no luevan sobre ella"; en la parábola se dice que la viña será quitada a los que debían cultivarla, y entregada a los que fuesen capaces de hacerle rendir fruto [134].

Más allá de las semejanzas entre ambos textos, señalemos que en el Cántico de Isaías se insiste más en el cuidado y solicitud del Señor por su viña y la ulterior ingratitud de ésta, mientras que en el Evangelio se atiende con preferencia al mal comportamiento de los viñadores.

1. El Hombre de la Viña

Entremos a analizar de manera detallada esta magnífica parábola. Antes de introducirnos en lo que los Padres nos dicen acerca de ella, destaquemos, como lo hemos hecho otras veces, la condescendencia que mostró Jesucristo al presentar su enseñanza a partir de las costumbres y hábitos culturales del pueblo al que se dirigía. Ya hemos hecho notar anteriormente que en Palestina, en Siria, y sobre todo en Judea, la principal riqueza consistía en los olivos, higueras y viñedos. Si nos limitamos al cultivo de la vid, hemos de señalar que comportaba, y sigue comportando, numerosos trabajos y riesgos. El terreno que se escogía para la siembra se había de limpiar de yuyos y despejar de pedruscos. Si se trataba de una zona montañosa, se requerían terraplenes o rellanos de tierra. A fin de poner lo sembrado a salvo de las alimañas, se lo solía entornar con un cerco de zarzas o con una tapia. Por las dificultades que presenta el transporte de la uva, se construía un lagar, en cuya parte superior se prensaba

134 Cf. *Comment. in Mt.*, tomus XVII, 7; PG 13, 1493-1495.

la uva y en la de abajo se acumulaba el mosto. Cuando la uva comenzaba a madurar, se requería que alguien custodiase el viñedo. En la época de vendimia solía trasladarse allí toda la familia, construyéndose para ello una especie de "torre", hecha con piedras, sobre la cual se montaba una choza de ramajes. Enseguida veremos cómo algunos de estos elementos serán asumidos por la parábola, recibiendo un significado simbólico.

Marcos y Lucas comienzan el texto con las palabras "Un hombre plantó una viña". Mateo es más explícito: *Había un hombre, dueño de casa, el cual plantó una viña.* Donde hemos puesto "dueño de casa", la Vulgata traduce *paterfamilias* o "jefe de familia". ¿A quién representa este hombre, o dueño de casa, en el pensamiento de los Padres?

Según San Hilario se trata, incuestionablemente, de Dios Padre [135]. Otro tanto afirma Orígenes, quien se explaya sobre dicho significado. No en vano, escribe, se lee en la Escritura: "El Señor tu Dios te llevaba [en brazos] como suele un hombre llevar a su hijo pequeño" (Deut 1, 31). También en otras parábolas evangélicas a Dios se lo llama "hombre"; como se muestra ayudando a los hombres, le gusta denominarse de esa manera. A la palabra "hombre" se le agrega aquí "dueño de casa" o "paterfamilias", por el hecho de que planta un viñedo, arrienda su viña y tiene sirvientes. Con este último nombre es llamado también en la parábola de los obreros de la viña (cf. Mt 20, 1), donde se lo ve contratando siervos a diversas horas del día y pagando a cada cual según lo convenido. En la parábola del banquete nupcial no es llamado *paterfamilias*, sino rey (cf. Mt 22, 2), lo que es más que *paterfamilias*, como se advierte por el hecho de que cuenta con un ejército para dar muerte a los homicidas de los siervos que enviara y prender fuego a su ciudad, se comporta más como un rey que como un dueño de casa cuando

135 Cf. *In Mt.*, cap. 22, 1: SC 258, p.142.

ordena que al que no está con el vestido nupcial se lo ate de pies y manos y se lo arroje a las tinieblas exteriores. En la parábola de los dos hijos diferentes no se presenta como padre de familia ni como rey sino como hombre simplemente (cf. Mt 21, 28). Lo mismo en la parábola de los invitados al banquete donde se dice: "Cierto hombre hizo una gran cena, y llamó a muchos" (Lc 14, 16). Diversas son las maneras, pero lo que se quiere destacar es que Dios gusta mostrarse con entrañas humanas, cercano a nosotros. No nos extrañe, pues, que en la presente parábola se presente bajo la imagen de un hombre [136].

2. La Viña

De este hombre, dueño de casa, se dice que *plantó una viña*. Ireneo, tras señalar que fue Dios Padre, en persona, quien hizo esta plantación, se pregunta qué simboliza la viña. Su respuesta es categórica, si bien indirecta: "Dios plantó la viña del género humano, al hacer a Adán y al elegir a los patriarcas" [137]. La viña simbolizaría, pues, dos cosas: la raza humana, ante todo, y el pueblo de Israel, en segundo lugar, razón por la que eligió a los patriarcas como manantial de bendición para sus hijos. Poco antes había escrito: "Así Dios, desde el comienzo, modeló al hombre con miras a volcar sobre él sus dones; eligió a los patriarcas en orden a su salvación, formó de antemano al pueblo, para enseñar a los ignorantes a seguir a Dios" [138]. Como se ve, no se contentó con plasmar en los orígenes al hombre. Cuando éste pecó, no lo abandonó a su suerte, sino que de algún modo retomó su "elección" en los patriarcas, lo hizo plasma "elegido". Por eso, según comenta el P. Orbe, se puede decir que el *pater-*

136 Cf. *Comment. in Mt.*, tomus XVII, 6: PG 13, 1489-1492.
137 *Adv. haer.* IV, 36, 2: SC 100 bis, p.882.
138 Ibid. IV, 14, 2: p.542.

familias plantó la viña en su plenitud cuando, además de modelar inicialmente al hombre a su imagen y semejanza, le escogió luego en los patriarcas. Esta segunda determinación nos introduce imperceptiblemente en el tema del pueblo judío, doblemente plantado, como creatura en Adán y como elegido en los patriarcas. La elección de los patriarcas limita, en cierto modo, la universalidad de la viña, restringiendo la humanidad al pueblo elegido. Dios pedirá frutos a este pueblo, proveniente de los patriarcas, a la descendencia de Abraham, Isaac y Jacob [139].

Orígenes, por su parte, limita el simbolismo de la viña al pueblo de Israel, porción elegida de Dios [140]. San Ambrosio coincide en dicho aserto. Si bien otros ofrecen interpretaciones diversas del significado de la viña, escribe, Isaías lo ha declarado taxativamente al decir que la viña del Dios de los ejércitos no es sino la casa de Israel (cf. Is 5, 7) [141]. Lo mismo enseña San Jerónimo, añadiendo al texto de Isaías, otro del salterio, donde se lee: "Has transportado de Egipto una viña, expulsaste naciones para plantarla a ella" (Ps 80, 9) [142]. A estas dos citas veterotestamentarias recurre también San Cirilo de Alejandría, quien concluye: "Toda la historia de los hijos de Israel se encuentra compendiada brevemente en estas palabras" [143].

3. La Cerca

Sigue el texto evangélico: *La rodeó de una cerca*. Hemos ya señalado que, dada la condición pedregosa del terreno en aque-

139 Cf. A. Orbe, *Parábolas evangélicas en San Ireneo*, BAC, tomo I..., pp.251-252.

140 Cf. *Comment. in Mt.*, tomus XVII, 6: PG 13, 1488.

141 Cf. *Exp. Ev. sec. Lc.*, lib. IX, 23: SC 52, p.148.

142 Cf. *In Mt.* 21, 33: SC 242, p.130.

143 *Comment. in Lc.*, cap. 20,9: PG 72, 885.

llas regiones, luego de arrancar los yuyos y retirar las piedras, se aprovechaban éstas, sea para formar muros de contención, si la zona era montañosa, sea para levantar un cerco en torno al viñedo. Según Ireneo, ello significa que Dios circunscribió la tierra que los judíos habían de cultivar [144]. La "cerca" indicaría así los límites geográficos de la viña elegida, las fronteras del pueblo de Israel, en contraposición a la tierra sin confines, que caracterizará a la Iglesia de los gentiles, cuando el Señor rompa el vallado delimitador. Por eso dice poco después el mismo Ireneo, adelantando materia, que cuando los malos viñadores mataron al Hijo enviado por el Padre en último término, "el Señor Dios confió [la viña], no ya circunscrita sino extendida al mundo entero, a otros viñadores..." [145]. Pero digamos por el momento que lo que el *paterfamilias* buscó al cercar su viña, restringiéndola al terreno que eligió para su pueblo amado en los estrechos límites de la tierra prometida, era sobre todo en orden a protegerla de la tentación de los ídolos circundantes [146]. La cerca fue también, en cierto modo, la ley de Moisés. Dios, el supremo Legislador, fue quien hizo dicha cerca, y luego la entregó al pueblo de Israel por la intermediación de Moisés.

Orígenes ve asimismo en la cerca un símbolo de la protección de Dios, principalmente frente a los pueblos gentiles y sus creencias [147]. Una interpretación semejante encontramos en San Ambrosio: "La rodeó con su seto, es decir, la fortificó con el baluarte de la protección divina, para que no estuviese expuesta fácilmente a las incursiones de los animales" [148].

144 Cf. *Adv. haer.* IV, 36, 2: SC 100 bis, p.882.

145 Ibid., 36, 2: p.884.

146 Cf. A. Orbe, *Parábolas evangélicas en San Ireneo*, BAC, tomo I..., pp.252-253.

147 Cf. *Comment. in Mt.*, tomus XVII, 6: PG 13, 1489.

148 *Exp. Ev. sec. Lc.*, lib. IX, 24: SC 52, p.149.

Según se ve, la cerca expresa el amparo particular de Dios a su pueblo, como lo confirma San Hilario: "Comprendemos acá que el *paterfamilias* es Dios Padre quien, habiendo plantado el pueblo de Israel en vista de frutos excelentes, por la santidad del nombre de sus padres, es decir, por la nobleza de Abraham, de Isaac y de Jacob, lo incluyó en su territorio, como en el cercado de una protección particular" [149].

San Jerónimo nos ofrece sobre ello una interpretación peculiar. A juicio suyo, cuando Cristo habla del cerco se refiere a la muralla de la ciudad, o mejor, al auxilio de los ángeles [150]. Esta idea la recoge el Pseudo-Crisóstomo: "¿Qué es el cerco –escribe–, si no los ángeles en torno, custodiando al pueblo de Dios, para que en la viña de Cristo no irrumpan los ladrones invisibles?" [151].

4. El Lagar

Continúa el texto sagrado: *Cavó en ella un lagar*. Hemos dicho por qué el lagar se hacía necesario. En la antigüedad se lo solía labrar en una plataforma de la roca, haciendo en ella un hueco y abriendo conductos alrededor, que conducían a una especie de cubo, labrado también en la peña, pero más abajo. La parte superior servía para prensar y exprimir los racimos, y la inferior para recibir el jugo.

Ireneo le confiere un elevado sentido simbólico. Cavó un lagar, dice, es decir, "preparó un receptáculo para el Espíritu profético" [152]. El autor ve en el lagar no tanto el sitio donde se pisa la uva, sino más bien el depósito del vino, socavado en la

149 *In Mt.*, cap. 22, 1: SC 258, p.142.
150 Cf. *In Mt.* 21, 33: SC 259, p.130.
151 *Opus imperfectum in Mt.*, hom. 40: PG 56, 853.
152 *Adv. haer.* IV, 36, 2: SC 100 bis, p.882.

roca junto a la viña. Partiendo de un simbolismo frecuentado en la antigüedad, que relacionaba el vino con el Espíritu, afirma que Dios no quiso derramar primero su Espíritu en otros pueblos, sino en el escogido. El lagar forma parte de la viña. No trajo Dios ángeles llovidos del cielo, ni de otros lugares, sino que socavó el lagar dentro de la viña, suscitando como profetas a hijos de Abraham, y constituyéndolos no sólo en guías de su pueblo sino también en depositarios de su espíritu de profecía, lo que entraña una singular predilección por Israel. Como se ve, el lagar excavado por el *paterfamilias* simboliza para Ireneo a los profetas que recibieron de lo alto el vino de Dios o el Espíritu profético, en provecho del pueblo elegido.

Cuando llegue el momento señalado, prosigue Ireneo, es decir, la hora de la muerte y resurrección de Cristo, el lagar ya no se limitará a los profetas de Israel sino que el Padre lo extenderá a todo el mundo, derramándose por doquier el vino generoso del Espíritu, de modo que todos los creyentes serán, desde el bautismo, receptáculo del Espíritu Santo [153]. Se romperá la cerca y el lagar se ampliará sin fronteras, rebalsando hasta alcanzar a todos cuantos se muestren dóciles al Espíritu de filiación [154].

La misma interpretación nos ofrece San Hilario: "Luego acondicionó una especie de lagares que son los profetas, sobre quienes se derramaba por así decirlo la fecundidad del Espíritu Santo, borboteando a la manera de vino nuevo" [155]. En este texto se advierte la influencia de una imagen proveniente del libro de los Hechos, cuando se relata cómo los circunstantes que presenciaron la venida del Espíritu decían, de los Apóstoles, que estaban "llenos de vino" (cf. Act 2, 13). Enseguida Pedro res-

153 Cf. ibid.: p.886.

154 Cf. A. Orbe, *Parábolas evangélicas en San Ireneo*, BAC, tomo I..., pp.253-254.

155 *In Mt.*, cap.22, 1: SC 258, p.142.

pondería en su discurso: "No están éstos borrachos como vosotros creéis..., sino es lo que dijo el profeta: «Sucederá en los últimos días, dice el Señor, que yo derramaré mi Espíritu sobre toda carne» (Joel 3, 1)" (Act 2, 15-17).

5. La Torre

Prosigue nuestro texto: *Y edificó una torre*. Como lo hemos señalado más arriba, era común construir en medio del viñedo una torre de piedra. En su parte inferior se instalaba un austero albergue, sobre todo para el tiempo de la vendimia, donde se alojaban el viñador y los suyos. En la zona superior se solía levantar una especie de tienda o enramada, que servía tanto de reparo contra los rayos del sol, cuanto para vigilar lo que sucedía en los alrededores. En el interior de la torre se guardaban los instrumentos de labranza.

¿Cuál es el simbolismo de la torre? Ireneo nos lo indica de manera suscinta: "Construyó una torre, es decir, eligió a Jerusalén" [156]. Quizás piensa en la torre de David, que era muy alta, una especie de atalaya para la defensa de Israel, y de allí pasa a Jerusalén, la capital misma del judaísmo, donde estaba edificada dicha torre. En el signo de la torre se vislumbra toda la pedagogía de Dios con su pueblo, un pueblo siempre propenso a retornar a los ídolos. Al levantar los ojos para admirar su excelsitud, los judíos eran llevados de lo bajo a lo alto, de lo figurativo a lo verdadero, de lo carnal a lo espiritual, de lo terrestre a lo celeste [157].

A juicio de San Jerónimo, la torre significa, asimismo, el templo de Jerusalén, juntamente con el culto que en él se celebraba. Con el fin de refrendar su opinión, recurre a un texto del profe-

156 *Adv. haer.* IV, 36, 1: SC 100 bis, p.880.
157 Cf. ibid., IV, 14, 3: p.546.

lo, que aplica a dicho templo: "Y tú, hija de Sión, torre que te pierdes en las nubes" (Miq 4, 8) [158]. Según San Ambrosio, la torre figura "el vértice de la ley" [159]. Dios la edificó "para que, saliendo del suelo, se elevase hasta el cielo, de modo que desde ella se pudiese observar la llegada del Señor". Porque la torre les fue dada a los judíos de modo que estuviesen en condiciones de anunciar la venida del Redentor. "En sus columnas –agrega Hilario– se ve la imagen de los príncipes de los sacerdotes y de los fariseos, a los que entregó poder sobre el pueblo para que éste fuese enseñado" [160].

La imagen se completa: la viña es la casa de Israel; el cerco, la protección divina o los ángeles que la guardan; el lagar, los profetas; la torre, Jerusalén y su templo. Tales son los cuidados que muestran la solicitud del viñatero en favor de su pueblo. Se comprende así lo que dijo Dios en el Cántico de Isaías: "¿Qué debía hacer por mi viña que no lo haya hecho?" (Is 5, 4). Concluyamos con San Ambrosio: "Y esta viña así defendida [con el cerco], equipada [con el lagar], adornada [con la torre], la arrendó a los judíos" [161].

III. EL ARRIENDO Y LA PARTIDA

Dios no quiso hacer solo todo el trabajo. La generosa munificencia con que plantó la viña, la circunvaló, cavó el lagar y construyó la torre, espera ahora la colaboración y respuesta del hombre, espera que el viñador se valga de lo que ha recibido para hacer que la viña fructifique.

158 Cf. *In Mt.*, cap.21, 33: SC 259, p.130.
159 Cf. *Exp. Ev. sec. Lc.*, lib. IX, 21: SC 52, p.149.
160 *In Mt.*, cap. 22, 1: SC 258, p.142.
161 *Exp. Ev. sec. Lc.*, lib. IX, 24: SC 52, p.149.

1. "La arrendó a unos Viñadores"

Insistamos en esta colaboración entre el don de Dios y el trabajo del hombre. No se trata, por cierto, de una colaboración entre iguales. La parábola deja bien en claro el primado de la gracia sobre el quehacer humano. Así fue como Dios realizó la creación, partiendo de la nada; al séptimo día descansó (cf. Gen 2, 2), dejando a los hombres el encargo de dominar dicha creación (cf. Gen 1,28). También acá los hombres encontraron todo hecho: viña, cerca, lagar y torre. Lo único que debían poner, como labradores, era su trabajo, de acuerdo a las condiciones del arrendamiento.

Sobre ello escribe el Crisóstomo: "A la verdad, lo que tocaba a los labradores lo hizo él mismo: poner la cerca en torno, plantar la viña y todo lo demás. Sólo les dejó a ellos un cuidado mínimo: guardar lo que ya tenían, cuidar de lo que se les había dado. Nada se había omitido, todo estaba acabado. Mas ni aun así supieron aprovecharse, no obstante los grandes dones de él recibidos. Porque fue así que al salir de Egipto les dio la ley, les levantó una ciudad, les aparejó un altar, les construyó un templo..." [162].

¿Quiénes eran los viñadores a que se refiere la parábola? Resulta evidente que Cristo quería dirigir especialmente la atención sobre ellos y no tanto sobre la viña, como lo había hecho el Antiguo Testamento, insistiendo en la perspectiva de los frutos. Lo que más le interesaba era la actitud de los viñadores, a quienes el *paterfamilias* había arrendado su viña. Éstos no eran sino los sacerdotes, de la tribu de Aarón, y los doctores de la ley. Concretamente, en los tiempos de Jesús, los sacerdotes, los

162 *Hom. sobre S. Mt.*, hom. 68, 1, en *Obras de San Juan Crisóstomo*, BAC, tomo II..., pp.387 388.

escribas y los fariseos. Tanto que al término de la parábola, que no los dejaría nada bien, por cierto, "comprendieron que de ellos hablaba" (Mt 21, 45).

Pero no adelantemos las cosas. La parábola va mucho más allá de lo que acontecería en la época misma de Jesús. Los viñadores simbolizan a los jefes del pueblo elegido, que a lo largo de la historia recibieron el encargo de administrar la viña tan querida del Señor, su pueblo predilecto. ¿Cómo arrendó el *paterfamilias* la viña a dichos jefes? Al comienzo, dice Ireneo, "la confió a los viñadores por el don de la ley que le dio a Moisés" [163]. Luego, tras la muerte de Moisés, y el ulterior establecimiento del pueblo en la tierra prometida así como la erección del templo en Jerusalén, el Señor encomendó el cuidado de su viña a los dirigentes del pueblo, herederos de la ley de Moisés. No se la entregó, por cierto, en propiedad, sino en arriendo, a fin de que cultivase su herencia, con arreglo a la ley de Moisés.

En la misma línea se expresa el Pseudo-Crisóstomo: "¿Quiénes son los labradores a quienes se arrendó el pueblo, es decir, la viña, sino los sacerdotes? Porque el pueblo fue primero plantado en Abraham, cuando Dios se dirigió a él y le dijo: Sal de tu tierra, de tu patria y de la casa de tu padre (cf. Gen 12, 1), etc. De aquí nace la vocación de su semilla. Fue arrendado a los viñadores en el tiempo de Moisés, cuando por la ley fueron constituidos sacerdotes y levitas, recibiendo el mandato de regir al pueblo" [164].

De hecho, aquellos dirigentes se revelarían incapaces de conducir a Israel, entregando a Dios la gloria que esperaba de su pueblo. La ley de Moisés, según su arbitrio, acabaría por ser un fin en sí, no un medio de santificación personal y social para

163 *Adv. haer.* IV, 36, 2: SC 100 bis, p.882.
164 *Opus imperfectum in Mt.*, hom. 40: PG 56, 854.

acceder a la ley nueva y definitiva, con la consiguiente salvación del pueblo judío y, a través de él, de toda la humanidad [165]. Pero, una vez más, no adelantemos materia.

2. "Y se fue lejos"

Tras dejar todo arreglado y los contratos establecidos, el dueño de la viña *se fue lejos*, dice Mateo, "se ausentó por mucho tiempo", especifica Lucas (20, 9).

El arriendo de la viña se hacía en aquellas regiones de tres modos: o el arrendatario tomaba a cargo tanto el trabajo como el costo de la viña, y tras recoger el fruto, pagaba una parte al dueño; o el dueño la cultivaba a sus expensas, y según el resultado de la cosecha, recibía las ganancias correspondientes, retribuyendo al viñador por su trabajo; o, finalmente, el arriendo se hacía vitalicio e incluso hereditario, percibiendo el dueño el cuarto o quinto de la cosecha anual. A este último modo parece referirse la parábola, con lo que se vuelve más inteligible la ausencia del señor, y su ulterior exigencia de lo que le correspondía. El alejamiento del dueño serviría como pretexto para que los viñadores se ensoberbecieran y trataran de alzarse con lo que no era suyo. El "mucho tiempo" de que habla Lucas quizás se refiere a la expectativa legal de cuatro años, durante los cuales no se debían comer los frutos de los árboles; sólo al quinto era lícito gozar de ellos (cf. Lev 19, 23-25).

Se ha dicho que, según su costumbre, y para concitar mejor la atención de los oyentes, Jesús elaboró su parábola teniendo en cuenta la situación socio-económica de su tiempo. Nos refiere en ella que el dueño de la viña se fue lejos, probablemente fue-

165 Cf. A. Orbe, *Parábolas evangélicas en San Ireneo*, BAC, tomo I..., pp.255-256.

ra del país. De hecho, en la Galilea de entonces abundaban los latifundios, a veces en manos de propietarios extranjeros, frecuentemente romanos o egipcios. Con motivo de una revolución encabezada por un galileo llamado Judas, el año 6 después de Cristo, había surgido una fuerte tendencia nacionalista que dio origen a los llamados "zelotes", los cuales, entre otras cosas, luchaban por la propiedad de esas tierras. En nuestra parábola se advierte cómo, precisamente porque el propietario está lejos, se atreverían los arrendatarios a tomarse tantas libertades contra sus enviados, según lo veremos enseguida, al punto de no cejar ni aun cuando vieran que aquél les enviaba una persona de respeto indiscutido como era su propio hijo. Pensaron que matándolo, quedarían en posesión de las tierras y viñas allí plantadas [166].

"Se ausentó", dice el texto evangélico. En rigor, Dios nunca se ausenta del mundo ni de la historia de los hombres. No se ausentó de las cosas después de la creación, ya que la conservación, que de Él depende, es como una creación continuada. Tampoco se ausentó cuando, luego de haberles dado la ley a los judíos por medio de Moisés, dejó de intervenir en el gobierno de Israel con nuevas prescripciones, permitiendo que los viñadores obrasen libremente en su viña. En todo caso, fue *como si* se hubiese ausentado. Sólo en este sentido "se fue lejos", afirma Orígenes; "después de haber estado con los israelitas en la nube durante el día, y en la columna de fuego durante la noche", no se les mostró más, como si los hubiese dejado [167].

Reflexiones semejantes encontramos en San Cirilo de Alejandría: "Después de plantar esta viña Dios Padre en la tierra de promisión, anduvo lejos por muchos años. Pero ¿cómo? Si Dios todo lo llena, ni se ausenta de ningún lugar, ¿cómo, pues,

166 Cf. C.H. Dodd, *The Parables of the Kingdom*, London 1936, pp.124 ss.
167 Cf. *Comment. in Mt.*, tomus XVII, 6: PG 13, 1488.

se ausentó? Desde que se les mostró antaño en forma de fuego en el monte Sinaí, y les mostró visible su misteriosa figura a los judíos, después no se volvió a dejar ver de sus ojos, que según el modo de decir humano, es como ausentarse y andar por lejanas tierras. Pero, con todo, velaba por aquel lugar, y con el corazón estaba en él; no hubo ningún intervalo en que no mandase Dios a sus profetas y hombres justos para amonestar al pueblo" [168].

La ausencia de Dios es lo que permite a sus viñadores cuidar personalmente la plantación. Por eso, como escribe San Jerónimo, este "partió al extranjero" debe ser bien entendido. Porque ¿de dónde Dios puede estar ausente, si lo llena todo, e incluso ha dicho por boca de Jeremías: "Yo soy un Dios que se acerca y no lejano" (Jer 23, 23)? "Pero si parece alejarse de la viña, es para dejar a los viñadores la libertad de trabajar" [169].

San Ambrosio nos ofrece una sugerente puntualización. Si la parábola nos dice que estuvo mucho tiempo ausente es "para que su exigencia no pareciese precipitada, porque mientras la liberalidad es más indulgente, tanto menos excusa admite la contumacia" [170]. Según San Juan Crisóstomo, afirmar que se ausentó es aseverar implícitamente que tuvo paciencia con sus arrendatarios, no castigándoles siempre inmediatamente por sus pecados. "Porque lo que quiere decir esta ausencia es la inmensa longanimidad de Dios" [171].

168 *Comment. In Lc.*, cap. 20,9: PG 72, 885.

169 *In Mt.* 21, 33: SC 242, p.130.

170 *Exp. Ev. sec. Lc.*, lib. IX, 23: SC 52, pp.148-149.

171 *Hom. sobre S. Mt.*, hom. 68, 1. en *Obras de San Juan Crisóstomo*, BAC, tomo II..., pp.387-388.

IV. LOS EMISARIOS DEL SEÑOR

Cuando llegó el tiempo de los frutos, leemos en Mateo, *envió a sus siervos a los viñadores para recibir los frutos suyos.* En Marcos leemos: "A su debido tiempo, envió un siervo a los labradores para recibir de ellos una parte del fruto de la viña" (12, 2), un texto casi exacto al de Lucas (cf. 20, 10).

San Hilario destaca la precisión del dato evangélico "cuando llegó el tiempo de los frutos"; no es lo mismo la estación de los frutos que su cosecha, no siempre coincidentes: si el año es malo o el árbol estéril, la estación de los frutos pasará sin que haya cosecha [172].

El hecho es que el dueño de la viña manda a sus siervos para recoger el fruto esperado. Los tres textos paralelos tienen, en este punto, algunas diferencias. Según Mateo, el *paterfamilias* mandó dos grupos sucesivos de emisarios; según Marcos y Lucas envió tres siervos, uno tras otro. Más allá de estos detalles, lo importante es observar cómo Dios no se comporta al modo de un simple inspector de su viñedo. Requerir los frutos es una muestra de su amor por la viña. Dios no puede olvidar "los días de su juventud" (Os 2, 17) y del noviazgo con su pueblo, y este recuerdo, imposible de borrar, tiene gusto a viña. Mas se verá decepcionado: "Como uvas en el desierto, así encontré a Israel" (Os 9, 10). Detengámonos ahora en los diversos envíos.

1. La Primera Misión

¿Quiénes fueron los primeros emisarios? A juicio de Ireneo, un grupo de profetas mandados por Dios, antes del exilio de Babi-

172 Cf. *Exp. Ev. sec. Lc.*, lib. IX, 25: SC 52, p.149.

lonia, justamente para prevenir la catástrofe ya próxima [173]. Dichos emisarios recibieron el encargo no sólo de pedir cuentas a los jefes de Israel, sino también de lograr la conversión, tanto de éstos como del pueblo, es decir, de los labradores y de la viña. Porque también la viña, no exenta de culpa, debía ser castigada con sus jefes. Entre tales siervos hay que incluir a los profetas anteriores a la transmigración, como Isaías, Miqueas, Sofonías, Jeremías y otros. Ninguno de ellos logró los frutos esperados. A pesar de su apremiante predicación, la viña persistió en su esterilidad.

Orígenes se refiere asimismo a este primer envío. Un grupo de profetas, escribe, se dirigió al huerto exigiendo el fruto tanto a los agricultores como a la viña misma. ¿Cuál era ese fruto? Sobre todo la fidelidad a la ley que Dios les había promulgado [174]. Cuando Hilario hace mención de los que integran este envío sólo dice que ellos constituían "la vanguardia de los profetas" [175]. San Juan Damasceno se explaya más sobre lo acaecido. Tras recordar la generosidad con que Dios había plantado la vid en un lugar fértil, poniéndole por raíces la ley y las predicaciones, de modo que pudiera extenderse por toda la tierra, llegando incluso hasta los ríos de los pueblos gentiles [176], dice que los judíos dieron las espaldas al auxilio que les traía la ley, a tal punto que la viña, abandonada por sus custodios, fue vendimiada por los demonios, que siguen las doctrinas del siglo. Por eso los primeros emisarios que Dios mandó, ese grupo de profetas, se encontraron poco menos que con un páramo [177]. San Beda, interpretando nuestro texto según la versión de Lucas, donde se

173 Cf. *Adv. haer.* IV, 36, 2: SC 100 bis, p.882.

174 Cf. *Comment. in Mt.*, tomus XVII, 6: PG 13, 1488-1490.

175 *In Mt.*, cap.22, 2: SC 258, p.142.

176 Quizás se refiere a lo que se lee en el ps. 80, 10-12, especialmente al versículo donde se dice que "extendió sus ramas hasta el mar, y hasta el río sus vástagos" (vers. 12). El río al que se alude es el Eufrates.

177 Cf. *Homilías*, hom. 2, 4: PG 96, 584.

habla de un emisario singular, escribe: "El siervo que mandó primero representa al legislador Moisés, quien durante cuarenta años seguidos buscó algún fruto de la ley que había entregado a los cultivadores" [178].

¿Cuál fue el resultado de esta primera misión? Según Mateo: *Los viñadores agarraron a los siervos, apalearon a éste, mataron a aquél, lapidaron a otro.* Marcos, quien reduce a un emisario el primer envío, dice: "Ellos, echándole mano, le maltrataron y le despacharon vacío" (12, 3). Y Lucas: "Los labradores, después de golpearlo, lo despacharon vacío" (20, 10).

Como se ve, a la esterilidad de la viña siguió la conducta agresora de los viñadores, así como a la desidia de los viñadores respondió la esterilidad de la viña. La catástrofe afectó a todos, pueblo y jefes, porque todos se mostraron estériles para su Dios. Los que enfrentaron a los primeros enviados, afirma Orígenes, es decir, a los primeros profetas, fueron los príncipes y los doctores del pueblo, quienes llegaron a lapidarlos y hasta llevarlos a la muerte [179].

¿Cómo explicar una reacción tan violenta? No habrá resultado demasiado insólito para los oyentes, que vivían circunstancias políticas difíciles. Desde aquella revuelta nacionalista de Judas, a que nos referimos más arriba, que estalló el año 6 de nuestra era, el país nunca había estado totalmente en paz. Si tenemos presente el hecho de que grandes posesiones se encontraban en manos de extranjeros o de gente que vivía en el extranjero, no es difícil entender que el descontento de los campesinos se aliase con el sentimiento nacionalista, como sucedió en Irlanda a comienzos de este siglo. Se daban así todas las condiciones para que una negativa a pagar el arriendo se convirtiera en preludio de maltratos y matanzas, e incluso de que los campesinos

178 *In Lc. Ev. expositio*, lib. V, cap. 20: PL 92, 575.

179 Cf. *Comment. in Mt.*, tomus XVII, 6: PG 13, 1488.

quisieran posesionarse violentamente de las tierras, según se indica al fin de la parábola. Como se ve. los sucesos narrados podían parecer razonables a los oyentes.

De hecho, y volviendo a la viña mística sobre la que estamos tratando en base a la parábola, así sucedió en la realidad. San Jerónimo recuerda el caso de Jeremías, que fue golpeado y encarcelado por largo tiempo (cf. Jer 37, 14-16); el de Isaías, a quien, según una tradición judía, asesinaron; el de Nabot, que fue apedreado y muerto (cf. 1 Re 21, 13); el de Zacarías, a quien ejecutaron en el atrio del templo (cf. 2 Cron 24, 20-22). Se remite también a la epístola a los Hebreos, donde se habla de varios siervos del Señor, sobre todo profetas, que fueron perseguidos. recibiendo toda clase de castigos (cf. Heb 11, 32-38) [180].

San Hilario, comentando la versión de Lucas, escribe: "Los lagares no abundaron en vino, el vino de la alegría, el mosto del Espíritu, sino en la sangre de los enviados, la sangre bermeja de los profetas. Jeremías fue arrojado a una fosa (cf. Jer 38, 6), porque tales eran los lagares de los judíos, llenos no de vino, sino de fango [181]. Y aunque los profetas parecen indicados en términos generales, el texto nos da a entender que aquel que fue lapidado fue Nabot; es verdad que no hemos recogido de él ninguna profecía verbal, pero sí hemos recogido un hecho profético porque por su propia sangre profetizó que esta viña tendría mártires. ¿Y cuál fue aquel herido en la cabeza [de que se habla en Mc 12, 4]? Evidentemente Isaías [182], porque la sierra seccionó el tronco de su cuerpo pero no doblegó su fe, ni agostó su confianza, o disminuyó el vigor de su alma" [183]. En su comentario

180 Cf. *In Mt.* 21, 34-35: SC 259, p.132.

181 El texto bíblico citado dice: "En el pozo no había agua, sino fango, y Jerusalén se hundió en el fango".

182 Tal era, como dijimos, una tradición judía, proveniente de los apócrifos.

183 *Exp. Ev. sec. Lc.*, lib. IX, 25: SC 52, pp.149-150.

al texto de Mateo. Hilario ratifica su imagen: los profetas se convirtieron en algo así como en lagares, por los que corrió el mosto proveniente del fervor del Espíritu [184]. Algo semejante encontramos en el Pseudo-Crisóstomo según el cual los profetas castigados por los judíos fueron a modo de lagares en los que la gracia del Espíritu Santo fluía como mosto; algunos judíos fieles aprovecharon de ese vino sin fermentar, admirando su poder [185].

2. La Segunda Misión

Cada individuo tiene su propia historia así como su tiempo de rendir cuentas. Dios le da espacio para arrepentirse, merecer y dar frutos. Algo semejante pasa con los pueblos. El Señor supo esperar con paciencia la conversión de Israel. Hemos visto cómo, a pesar de sus delitos, antes de la transmigración a Babilonia le envió un grupo de profetas para prevenir la catástrofe, incitándolo a convertirse de sus malos caminos y volverse a Dios. Si Israel hubiese consentido al llamado de la gracia, jamás Dios hubiera permitido dicha transmigración en castigo de su infidelidad. Mas los judíos replicaron matando a los enviados. ¿Qué era de esperar ante tanta crueldad, sino un pronto y expeditivo castigo del señor? Pero no fue así. Contra toda previsión y contra las leyes ordinarias vigentes entre los orientales, aquel señor magnánimo creyó que acabaría por reducir a los amotinados, multiplicando sobre ellos su bondad, siempre "esperando frutos de su viña". Para lo cual retomó su primer intento. Con tan amarga experiencia del pueblo como el destierro a Babilonia, era presumible un cambio de actitud.

Y así dice nuestra parábola: *Entonces envió a otros siervos, en mayor número que los primeros*. Según Marcos y Lucas,

184 Cf. *In Mt.*, cap. 22, 1: SC 258, p.142.
185 Cf. *Opus imperfectum in Mt.*, hom. 40: PG 56, 854.

mandó un nuevo enviado, también singular (cf. Mc 12, 4; Lc 20, 11). Fue la segunda gran instancia salvífica excogitada por el dueño de la viña.

Ireneo concatena este segundo envío con el primero: "Así como les envió profetas antes de la transmigración a Babilonia, luego, después de la transmigración, les envió otros, en mayor número que los primeros, para reclamar frutos" [186]. ¿Cuáles eran estos frutos? Los mismos que Dios esperaba cuando el primer envío de emisarios: obras de justicia, acciones justas. Porque los profetas no hacían sino hablar en nombre de Dios: "Esto dice el Señor", solía ser el comienzo de sus mensajes [187]. ¿Qué respondían los malos colonos? Por lo general, reiteraban oralmente las palabras de la ley, pero de hecho no la practicaban porque, carentes de amor, la adulteraban, estorbando los frutos de justicia [188]. De esta manera frustraban el designio de Dios, se adelantaban a la negación de Cristo ya que "si el fin de la ley es Cristo (cf. Rom 10, 4), ¿cómo no será también su comienzo? El que se dirige al fin, obra también su comienzo" [189]. Si hubiesen practicado la ley de Cristo, dando así ejemplo a su pueblo, se habrían preparado debidamente a su acogimiento, ya que Cristo era el fin de la ley. Pero quedándose sólo en palabras y dejando de lado la caridad, que es el alma de la ley, sólo se limitaron a predicar falsos Cristos, falsas obras de justicia, y ésta puramente exterior, alejando al pueblo de su Dios y volviéndolo estéril.

Los profetas, dóciles a la misión que les había sido encomendada por el Señor de la viña, quisieron remediar dicho estado de cosas. Ireneo resume su mensaje en cinco oráculos, expresión auténtica de los "frutos de justicia" que Dios reclamaba de su

186 *Adv. haer.* IV, 36, 2: SC 100 bis, p.882.
187 Cf. ibid., IV, 36, 1: p.880.
188 Cf. ibid., IV, 12, 4: p.516.
189 Ibid.: p.518.

pueblo: "Enderezad vuestros caminos y corregid vuestras costumbres" (Jer 7, 3); "Juzgad con justicia, practicad el amor y la compasión cada cual con su hermano; no oprimáis a la viuda, al huérfano, al forastero, ni al pobre, y nadie conserve en su corazón el recuerdo de la perversidad de su hermano" (Zac 7, 9-10); "No améis los juramentos falsos" (Zac 8, 17); "Lavaos, purificaos, quitad la malicia de vuestros corazones delante de mi vista, desistid de hacer el mal, aprended a hacer el bien, buscad la justicia, salvad al que sufre la injusticia, haced justicia al huérfano, abogad por la viuda; venid entonces, y disputemos juntos, dice el Señor" (Is 1, 16-18); "Guarda del mal tu lengua, tus labios de decir mentira; apártate del mal y obra el bien, busca la paz y anda tras ella" (Ps 34, 14-15). En estos cinco testimonios se resume el mensaje de los segundos profetas enviados por el *paterfamilias*, o, como dice Ireneo, "por estas predicaciones los profetas reclamaban el fruto de justicia" [190].

También Hilario se refiere a esta segunda tanda de enviados. En la primera fueron algunos profetas aislados, escribe, quizás los profetas anónimos de que se habla en el libro del Eclesiástico (cap. 48 y 49); en ésta, en cambio, un número más considerable, que trataron de recoger los frutos de un pueblo que ellos habían formado e instruido [191].

¿Cuál fue el resultado de esta nueva misión? Mateo dice que "los trataron de la misma manera". Según Lucas, quien como Marcos, habla de un emisario individual, escribe que "después de golpearle e insultarle, le despacharon con las manos vacías" (20, 11). Para Marcos "lo descalabraron y le afrentaron" (12, 4).

Hemos advertido que tanto Lucas como Marcos hablan de un tercer envío de parte de Dios, también de un individuo sin

190 Cf. ibid., IV, 36, 2: pp.882-884.
191 Cf. *In Mt.*, cap. 22, 2: SC 258, p.142.

gular, en vez de las dos misiones a que se limita Mateo. Y ello con resultados semejantes. Lucas nos dice que "después de haberle herido, le echaron" (20, 12), y Marcos que "lo mataron" (12, 5). Este último, luego de haberse referido al tercer enviado, agrega que les mandó también "a otros muchos, hiriendo a unos, matando a otros" (ibid.).

En el texto de Marcos se observa que los malos tratos les fueron infligidos según una gradación ascendente, cuidadosamente dispuesta: el primero es simplemente maltratado; el segundo, descalabrado (la Vulgata traduce: "golpeado en la cabeza") y ultrajado; el tercero es matado. Una serie de agravios crecientes. Por lo visto, Jesús quiso evocar en su parábola la suerte dolorosa de aquellos "siervos" enviados por Dios en el Antiguo Testamento, recordando, como lo hemos señalado, que algunos fueron "apaleados", otros "lapidados", otros "muertos", según consta por la historia bíblica.

Un dato pintoresco. Entre los "muchos" que agrega Marcos al tercer emisario, incluye San Beda a David, quien con su poesía intentó convertir a aquellos rebeldes. David, que además de rey y profeta, era salmista, viendo que las prescripciones de la ley no habían cambiado a los judíos, trató de ganarlos con la modulación de la salmodia y la dulzura de la cítara. Lo que quería era elevar aquellos corazones hacia las cosas celestiales, pero lo rechazaron diciendo: "¿Qué tenemos nosotros que ver con David?" (1 Re 12, 16). Él, sin embargo, no dejó de orar por la viña, trasladada de Egipto, y que había echado ramas por toda Palestina, para que no fuera exterminada de raíz, diciendo: "¡Señor Dios de los ejércitos, vuélvete hacia nosotros, mira desde el cielo, visita esta viña, cuídala, a ella, la que plantó tu diestra!" (Ps 80, 15) [192].

192 Cf. *In Mt. Ev. expositio*, lib. III, cap. 12: PL 92, 250.

Tal fue el trato que Israel dio a los profetas, obstinándose en su esterilidad, donde le sorprendería la primera venida del Hijo. Resumiendo, podemos decir que "el tiempo de los frutos" tuvo para la historia de Israel dos grandes etapas, una antes y otra después de la transmigración. A ellas alude concretamente la parábola con la frase "cuando llegó el tiempo de los frutos". No significa el tiempo que cierra la historia. Ni siquiera el de la venida del Hijo del Señor de la Viña en las entrañas de María. Sino aquellos dos tiempos "especiales", en que, de manera muy particular y para prevenir catástrofes, el Señor llamó a penitencia a su pueblo mediante los profetas [193].

V. "RESPETARÁN A MI HIJO"

El recibimiento que los judíos dieron a los sucesivos enviados constituyó, humanamente hablando, una "decepción" para Dios. Pero no por ello su misericordia se rindió. "¿Qué haré?", se pregunta (Lc 20, 13). No porque careciese de nuevos posibles emisarios, sino porque había intentado varias veces lo mismo sin éxito alguno [194]. Y resolvió lo supremo: *Les envió a su hijo, diciendo: "Respetarán a mi hijo".*

1. El Último Enviado

De este modo, comenta el Pseudo-Crisóstomo, "a los muchos delitos acumuló la bondad, y envió a su Hijo, no para traer la sentencia del castigo a los culpables, sino ofreciéndoles el perdón

193 Cf. A. Orbe, *Parábolas evangélicas en San Ireneo*, BAC, tomo I..., pp.258-259.

194 Cf. S. Cirilo de Alejandría, *Comment. in Lc.*, cap. 20, 9: PG 72, 885.

por medio de la penitencia; después de tantos delitos les reservaba un lugar de misericordia" [195].

Respetarán a mi hijo, dice, aunque bien sabía el desenlace de este nuevo paso, bien sabía cómo los judíos se comportarían con El. ¿Qué haré?, se había preguntado. No porque ignorase lo que iba a pasar. "¿Cómo había de ignorar el padre de familias, que aquí se entiende que es Dios? Pero siempre, cuando se dice que Dios duda, es para conservar al hombre su libre albedrío" [196].

En la vida ordinaria, si a alguien se le hace lo que se le hizo al señor de la viña, renunciaría por el momento a percibir sus frutos o llevaría ante los tribunales a los malhechores. Jamás se le ocurriría poner en peligro la vida de su propio hijo, siendo ésta infinitamente más preciosa que los frutos de su campo. Acá, cosa asombrosa, la parábola supone la preeminencia de la viña sobre la vida del hijo, como si ella fuese más amada que éste. Ello sólo puede explicarse por el exceso del amor divino.

El relato de Mateo es el más simple: *Finalmente les envió a su hijo, diciendo: "Respetarán a mi hijo"*. Usa el adverbio ὕστερον, que significa "por fin" o "finalmente", como se lo pide la enumeración del relato. El texto de Marcos es más patético: "Todavía le quedaba un hijo bienamado, el último, diciendo: Al hijo mío le respetarán" (12, 6). Destaquemos esta fórmula, que expresa el momento culminante del drama: "Le quedaba un hijo". ¿Quién es este sobreviviente de la esperanza o de la ternura de Dios? "Un hijo único, un hijo bienamado". El adjetivo "bienamado" recuerda la voz que se oyó del cielo, cuando el bautismo de Juan (cf. Mc 1, 11), y también en la transfiguración (cf. Mc 9, 7). Lo llama último –ἔσχατον–, el último en la intención de Dios, lo último que le quedaba. La versión de Lucas es muy semejante a la de

195 *Opus imperfectum in Mt.*, hom. 40: PG 56, 855.
196 S. Jerónimo, *In Mt.* 21, 36.37: SC 259, p.132.

Marcos: "¿Qué haré? Enviaré a mi hijo amado; quizás cuando le vean le respeten" (20, 13). En su obediencia a la voluntad de Dios, el hijo sería el emisario más eminente de cuantos habían sido enviados. Esto, en el lenguaje de la tradición profética, era como decir el Mesías. En la parábola, Cristo reivindica, si bien de manera velada, su misión mesiánica, como diciendo que Él es el portador autorizado de las exigencias que Dios intima a Israel, y lo es como nunca lo había sido profeta alguno. Asimismo se sobreentiende que está dispuesto a desempeñar su misión afrontando el peligro de morir violentamente.

A Loisy le parecía increíble, casi escandaloso, este envío del hijo. Así sólo puede pensar una mente racionalista, incapaz de entender la locura del amor divino. La inverosimilitud no hace sino destacar mejor la bondad del Padre celestial: "De tal manera amó Dios al mundo que le dio a su Hijo único" (Jn 3, 16). Lo que suena a locura para el hombre es sabiduría para Dios (cf. 1 Cor 3, 19). Una conducta tan desconcertante como magnánima sólo se vuelve explicable si el señor de la viña es Dios, y su hijo, Jesucristo. Hay que tener la bondad infinita de un Dios para enviar así a su Hijo a la muerte. Hay que ser el Verbo encarnado para aceptar, después de tantos otros, una misión cuyo resultado conoce de antemano.

San Cirilo de Alejandría nos ha dejado a este respecto un texto esplendoroso: "Observa que después de los siervos se envía al hijo, a aquel que no se cuenta entre los siervos sino que es verdadero hijo, y por tanto señor; porque aunque tomó la forma de siervo por la dispensación, es también verdadero hijo de Dios y del Padre, teniendo poder natural" [197].

Bien escribe el Pseudo-Crisóstomo que cuando alguien recibe de un amigo alguna injuria, el afecto suele disminuir, si la pade-

197 *Comment. in Mt.* 74: PG 72, 436.

ce por segunda vez, se aminora aún más, o al menos la amistad queda como frenada, no se acrecienta. En cambio, en el caso de Dios, cuanto más su misericordia era ofendida por los judíos, tanto más se acrecentaba para con ellos. A la muerte de sus primeros enviados, en vez de castigarlos, incentivó su bondad, y envió a otro grupo. Cuando vio que también a éstos los maltrataban, acumuló su bondad, y envió a su propio Hijo. "En el mismo grado en que se acrecentaba la malicia, se aumentaba la misericordia de Dios y, a medida que se aumentaba la misericordia del Señor, crecía la malicia de los judíos; y así pugnaba la malicia humana contra la clemencia divina" [198].

De los siervos, que fueron los profetas, al hijo, que es Cristo. Así lo expresa la epístola a los Hebreos: "Muchas veces y de muchos modos habló Dios en otro tiempo a nuestros padres por medio de los profetas; últimamente, en estos días, nos ha hablado por medio del Hijo, a quien instituyó heredero de todo" (1, 1-2).

San Ireneo aprovecha esta visión teológica de la historia para proseguir su polémica con los gnósticos. Precisamente Marción, uno de ellos, borraba del Evangelio la parábola que estamos analizando, porque implícitamente mostraba la unidad y continuidad entre el Antiguo Testamento, con la misión de los siervos, y el Nuevo Testamento, con el envío de Cristo. La economía del Antiguo Testamento era servil, y por eso Dios envía "siervos"; la del Nuevo, en cambio, es filial, y por eso Dios envía a su Hijo. Pero ambos pasos los rige un mismo Dios: a los profetas, sus siervos, los envía como Señor que es, mientras que al Hijo lo envía como Padre. El que los manda es el mismo, si bien ellos se comportan de manera diferente, como se muestra por el modo de hablar de unos y de otro. "El Padre que envió a su Hijo a los viñadores que lo mataron –escribe Ireneo– es el mismo que

198 *Opus Imperfectum in Mt.*, hom. 40: PG 56, 855.

antes había enviado a sus servidores; pero el Hijo venía de parte de su Padre con autoridad soberana, por lo que decía: «Yo os digo...», mientras que los servidores venían en servicio (*serviliter*) de parte de su Señor, y así decían: «Esto dice el Señor...» Así, pues, el que ellos predicaban como Señor a los incrédulos, es el mismo que Cristo ha hecho conocer como Padre a los que le han obedecido; y el Dios que había llamado primero a los hombres por la ley servil, es también el mismo que los ha acogido luego por la adopción" [199]. Los llamó primero por la ley servil, es decir, "mediante una ley de servidumbre", valiéndose de los profetas, que eran "siervos" de Dios, y luego "mediante la adopción", valiéndose del Hijo, para hacernos "hijos adoptivos" del Padre. Por lo que concluye con una fórmula abarcadora: "Es, pues, un solo y mismo Dios Padre quien plantó la viña, hizo salir al pueblo, envió a los profetas, envió a su Hijo y confió su viña a otros viñadores que le rindiesen los frutos a su debido tiempo" [200].

Pregúntase el Crisóstomo por qué Dios no envió de entrada a su propio Hijo. Y responde: "A fin de que, reconociendo lo que habían hecho con los siervos y calmado su furor, respetasen al hijo cuando llegara" [201]. *Respetarán a mi hijo*, pensó el dueño de la viña. Aquel padre le ama y se contempla en él. Le parece imposible que alguien deje de respetarle como a sí mismo, le parece imposible que a su vista no se ablande la saña de los viñadores. Es su hijo, su bienamado, el único.

> "No que el señor ignorara lo que iba a pasar –comenta el mismo Crisóstomo–, ni mucho menos; lo que quería era mostrar el enorme pecado de sus viñadores, que no habían

199 *Adv. haer.* IV, 36, 1-2: SC 100 bis, pp.880-882.

200 Ibid., 36, 2: pp.886-888.

201 *Hom. sobre S. Mt.*, hom. 68, 1, en *Obras de San Juan Crisóstomo*, BAC, tomo II ..., p.388.

ya de tener perdón ninguno. Él sabía que lo iban a matar, y, sin embargo, lo envió; pero dice: «Respetarán a mi hijo», anunciando lo que debiera haber sucedido. Porque, en efecto, debieran haberle respetado. Es lo que en otra ocasión dice: «Por si acaso me escuchan» (Ez 2, 5), donde tampoco ignora lo que va a pasar. Mas para que no digan algunos insensatos que la predicción fuerza la desobediencia, el Señor se vale de esas expresiones: «Tal vez», «acaso». Porque ya que con los siervos se mostraron ingratos aquellos labradores, de esperar era que respetasen la dignidad del hijo. ¿Qué hacen, pues, ellos? Cuando debían haber corrido a su encuentro, cuando debían haberle pedido perdón de sus pasados crímenes, ellos se abalanzan a cometer otros mayores, añadiendo abominación a abominación, dejando constantemente atrás lo pasado con lo presente" [202].

Cuando llegue el Hijo, conjetura San Juan Damasceno, les dirá a los viñadores: "Aquí estoy, yo soy, el Hijo mismo y el heredero; respetad la prerrogativa del Hijo, de la misma naturaleza que el Padre, del que participo, honrad su dignidad. Puesto que «yo estoy en el Padre, y el Padre está en mí» (Jn 10, 38); aunque venga a vosotros por piedad y misericordia para con la viña, aunque descienda a la tierra, con todo sigo estando en el seno del Padre. Entregadme el fruto de mi viña. Pero vosotros, ciertamente, como malos operarios, colmaréis la obra de vuestros padres. Ellos fueron asesinos de los profetas; vosotros además seréis deicidas" [203].

Con estas últimas palabras el Damasceno nos introduce en las próximas consideraciones.

202 Ibid., pp.388-389.
203 *Homilías*, hom. 2, 4: PG 96, 584.

2. El Deicidio

Los viñadores, viendo al hijo, se dijeron entre sí: "Este es el heredero. Venid, matémosle, y nos quedaremos con su herencia". Los lugares paralelos no ofrecen diferencias de relieve. Recuérdese que la parábola la propuso Jesús cuando el asesinato del hijo en ella mencionado se vislumbraba ya como una amenaza inminente para El.

Según Ireneo, lo que Dios esperaba de los viñadores, los frutos de justicia, se reducían a la conversión, mediante la práctica de la ley de Moisés, y, como culminación de ello, el reconocimiento y la acogida de Cristo. Los profetas habían preanunciado numerosas veces a Cristo en su doble venida, en humildad y en gloria. Pero los judíos se resistieron sobre todo a aceptar la idea de un Mesías humilde, que pasase por el calvario y la cruz, y por negarse a reconocerlo así descreyeron en bloque a los profetas. "Como ellos se empecinaron en no creer a los profetas, les envió finalmente a su Hijo, nuestro Señor Jesucristo, a quien aquellos malos labradores mataron" [204]. Lo que el Hijo enviado por Dios anunció a los miembros del pueblo de Israel fue lo mismo que los profetas. Sólo que ya no como siervo, que comunica el mensaje de su Señor, sino como Hijo Unigénito, que revela filialmente al Padre.

Por lo que prosigue Ireneo: "Para eso el Padre reveló al Hijo, para que por él se manifestase a todos, de modo que acogiese con toda justicia en la incorruptibilidad y el eterno solaz a los que creen en él –creer en él es hacer su voluntad–, y para encerrar justamente en las tinieblas que ellos mismos se han elegido a los que no creen y por ese huyen de su luz. A todos se reveló el Padre, haciendo que su Verbo se hiciese visible a todos, así

204 *Adv. haer.* IV, 36, 2: SC 100 bis, p.884.

como también a todos el Verbo ha mostrado al Padre y al Hijo, que fue visto de todos. Por eso será justo el juicio de Dios sobre todos los que, habiendo visto así, no han querido creer" [205]. Como se ve, Israel no puede alegar ignorancia. Conoció al Hijo de Dios, o al menos debió conocerlo, pero de hecho no lo quiso reconocer. Y así se alzó contra Dios, tratando de arrebatarle su viña, para vivir a su arbitrio.

Una doctrina semejante encontramos en Orígenes. El hecho de que el Padre se resolviese a enviar a su propio Hijo, nuestro Señor Jesucristo, para ver si de este modo conmovía a los agricultores y salvaba su viña, parecía el recurso extremo [206]. Basaba su paso audaz en una intuición: *Respetarán a mi hijo*. Aunque a lo mejor no lograse recolectar el fruto de su viña, al menos lo respetarían. Es posible que al principio los viñadores se sintieran anonadados al ver que el dueño de la viña enviaba a su propio hijo. Lo respetaron, quizás, por un momento, cuando comprendieron que de él se trataba, por lo que dijeron: *Este es el heredero*, pero aunque lo reconocieron como tal, y al comienzo quedaron impresionados, con todo se comportaron como si no lo hubiesen reconocido [207].

Esto sucedió en la vida de Cristo, prosigue Orígenes. Los judíos comprendieron que era el heredero, o mejor, aunque no quisieron reconocerlo públicamente, bien sabían quién era. El mismo Cristo les diría: "Vosotros me conocéis y sabéis de dónde soy; yo no he venido por mi cuenta, sino que verdaderamente me envía el que me envía, pero vosotros no le conocéis. Yo le conozco, porque vengo de él y él es el que me ha enviado" (Jn 7, 28-29). Algo de eso se puede atisbar en la actitud de Herodes.

205 Ibid., IV, 6, 5: pp.446-448.
206 Cf. *Comment. in Mt.*, tomus XVII, 6: PG 13, 1488-1489.
207 Cf. ibid., tomus XVII, 10: 1508.

Cuando supo por los magos que había nacido el rey de los judíos, y se enteró por los escribas que el Cristo debía nacer en Belén, envió a los suyos para que indagaran cuidadosamente sobre el niño, de modo que él pudiese ir a adorarlo (cf. Mt 2, 8). De hecho lo que quería era hacerlo desaparecer, por lo que ordenó matar a todos los niños que había en Belén y sus alrededores, de dos años para abajo (cf. Mt 2, 16). Por tanto supo que era el Cristo anunciado por los profetas, lo quiso matar, y en cuanto estuvo de su parte lo mató. De manera semejante, los guardianes de la viña, los príncipes de los sacerdotes, los ancianos y los doctores del pueblo, al ver al Hijo "se dijeron entre sí: «Éste es el heredero»", y se atrevieron a poner las manos sobre Él. Una vez muerto Cristo, e ignorando su resurrección, "porque si lo hubiesen conocido, no hubieran crucificado al Señor de la gloria" (1 Cor 2, 8), se creyeron los dueños de la viña, ya que su malicia los había enceguecido [208].

Así se concretó el rechazo de Israel, con la culpa de los jefes y la complicidad de buena parte del pueblo, que con soberbia incredulidad maltrataron al Hijo mandado a ellos como Mesías, llevándolo finalmente a la cruz. Volviendo a la parábola cabe preguntarse si el asesinato del hijo no es algo demasiado enorme para una narración tomada de la vida real. Lo que pasa es que la impresión que el Señor quería producir con el relato, que sería confirmado en los hechos, parecía exigir una secuencia progresiva en la descripción de la rebeldía de los arrendatarios, a cuya fuerza ningún oyente pudiera escapar. Su depravación tenía que ser pintada de la manera más intensa posible.

Por lo demás, en este deicidio estamos todos más o menos involucrados ya que, como dice el Pseudo-Crisóstomo, "todo hombre malo, prende y mata a Dios, en cuanto le es posible; el

208 Cf. ibid., tomus XVII, 11: 1508-1509.

que no duda en excitar a Dios a la iracundia, el que quebranta los mandamientos de Dios, el que desprecia su nombre, el que blasfema, el que murmura contra Dios, el que mira al cielo con rostro airado, el que en su ira levanta contra él sus manos, ¿no echaría mano de Dios y le mataría si pudiese, para poder pecar con libertad?" [209].

Los viñadores dijeron: *Venid, matémosle*. Es una cita tomada al pie de la letra de Gen 37, 20, cuando los hijos de Jacob, que estaban apacentando ovejas, vieron venir a su hermano, enviado por su padre. Ulteriormente los oyentes cristianos han de haber entendido esta alusión al José de la época de los patriarcas de un modo tipológico, viendo en él una figura de Jesús y de lo que le sucedería. También Él, enviado por su Padre, fue condenado a muerte por sus hermanos; pero así como la intentada muerte de José fue causa de salvación para los hijos de Israel, de manera semejante la muerte real de Jesús es causa de salvación para todo el mundo.

Pensaron los viñadores que si mataban al heredero "se quedarían con su herencia". Como el dueño de la viña moraba en el extranjero, calcularon que lograrían obtener sin impedimentos la posesión de la tierra después de haber descartado al único heredero. El derecho vigente prescribía que cuando una herencia quedaba privada de heredero, el primero que tomaba posesión de ella pasaba a ser su legítimo dueño. La aparición del hijo pudo hacer pensar a aquellos hombres que el propietario había muerto y que aquél venía a tomar posesión de la herencia. Si lo mataban, la vid se convertiría en un bien mostrenco.

Razón tiene Daniélou cuando señala la fuerte impresión que produce la lectura de este evangelio luego de haber leído el Cántico de la Viña de Isaías. Tras una espera paciente, durante dos

209 *Opus imperfectum in Mt.*, hom. 40: PG 56, 859.

mil años, Dios envió a su propio Hijo para salvar la viña. "Respetarán a mi Hijo", pensó. No fue así. Después de haber observado la decepción de Dios a lo largo del Antiguo Testamento, asistimos ahora a su suprema decepción. Los profetas habían fracasado en su intento, y ahora el mismo Cristo fracasa. ¿Quién podrá conseguir algo allí donde ha fracasado el Hijo de Dios? He ahí la tragedia de Cristo, que siendo el hijo del Señor de la Viña, se ve rechazado por los viñadores, crucificado, tratado como un extraño por su mismo pueblo [210].

San Beda destaca la cuota de envidia que se oculta en este deicidio. Los jefes de los sacerdotes, escribe, crucificaron al Hijo de Dios no por ignorancia sino por envidia. Entendieron que Él era de quien estaba escrito: "Pídeme y te daré en herencia las naciones" (Ps 2, 8), cuando decían: "Si lo dejamos que siga así, todos creerán en él ... He aquí que todos se van tras él" (Jn 11, 48 y 19, 12). Lo que reclamaban para ellos era la herencia de Cristo; al querer matarlo mostraban que tratarían de extirpar la fe, de suplantar la justicia de Cristo con su ley, y de hacer suyas las naciones de la tierra [211].

Nos quedaremos con su herencia. Lo que buscan es independizarse de Dios, como el hijo pródigo de la parábola, que cansado de estar bajo la tutela del padre, pidió la parte de su herencia (cf. Lc 15, 12) para correr la aventura de la libertad descontrolada. Haciendo morir a Jesús, los pontífices creyeron que sacudirían un yugo oneroso y se librarían de un censor incómodo. ¿Quién en adelante se animaría a disputarles el dominio que tenían sobre el pueblo sencillo? Por eso pidieron, no solamente los frutos del viñedo, sino también la herencia misma.

210 Cf. *El misterio de la historia...*, pp.232-233.

211 Cf. *In Mt. Ev. expositio*, lib. III, cap. 21: PL 92, 95; *In Lc. Ev. expositio*, lib. V, cap. 20: PL 92, 576.

Algunos Padres han visto en este proyecto una expresión de la lucha entre la Ley y la Gracia, la Ley tal cual la interpretaban los príncipes del pueblo, y la Gracia que trae Jesucristo. "La intención de los viñadores –escribe San Hilario– y, una vez el heredero muerto, la presunción de herencia, representan la esperanza inconsistente de que la gloria de la Ley podría ser conservada, una vez que Cristo hubiese muerto" [212]. Esta defensa a ultranza de la Ley, mal interpretada, por cierto, como si fuese posesión de ellos y no legado de Dios, que en su dinamismo salvífico debía encontrar en Cristo su plenitud, se manifestó ya desde el Antiguo Testamento. El Pseudo-Cipriano nos dice que el pueblo elegido, al matar a los profetas que predicaban sobre Cristo, se acostumbró a perseguir al mismo Cristo, no sólo cuando lo conoció visiblemente, sino mucho antes, cuando era anunciado por sus heraldos. "En todos los profetas lo persiguieron a él, a unos apedreándolos, a otros haciéndolos sufrir y matándolos indignamente, no tanto a ellos cuanto por ellos al Señor Cristo... Lapidaron a Jeremías, que vaticinaba a Cristo; amaron a Ananías que se opuso a Cristo. Laceraron a Isaías, que proclamaba a Cristo; magnificaron a Manases, que persiguió a Cristo. Mataron a Juan, que señalaba a Cristo; asesinaron a Zacarías, que amaba a Cristo" [213].

Curiosa y esclarecedora esta apreciación. Desde tiempos muy pretéritos el deicidio estuvo implícito en la historia de Israel. En los profetas rechazados y lacerados rechazaban y laceraban a Cristo, por ellos anunciado. Los crímenes posteriores, como dice San Cirilo de Alejandría, están en continuidad y superan a los anteriores. Lo que Cristo significó al decirles: "Colmad también vosotros la medida de vuestros padres" (Mt 23, 32), eso mismo les imputaban antiguamente los profetas que decían:

212 *In Mt*, cap. 22, 2: SC 258, pp.142-144.
213 *Adv. Iudaeos* 2: PL 4, 919.

"Vuestras manos están llenas de sangre" (Is 1, 15), o: "La sangre se mezcla con la sangre" (Os 4, 2), y también: "Edificáis a Sión con sangre" (Miq 3, 10). Sin embargo nunca se enmendaron, aunque tenían bien en claro el mandamiento: "No matarás" (Ex 20, 13), y a pesar de los muchos avisos que recibieron de parte de Dios. "Nunca dejaron su mala costumbre. Por eso no es extraño que después de los profetas, mataran también al Hijo de Dios" [214].

No en vano San Esteban, en su discurso postrero, dijo a los judíos que se aprestaban a lapidarlo: "¡Duros de cerviz, incircuncisos de corazón y de oídos! ¡Vosotros siempre resistís al Espíritu Santo! ¡Como vuestros padres, así también vosotros! ¿A qué profeta no persiguieron vuestros padres? Ellos mataron a los que anunciaban de antemano la venida del Justo, de aquel a quien vosotros habéis ahora traicionado y asesinado" (Act 7, 51-52). Con ello pretendían quedarse con la heredad, con el viñedo plantado por Dios, y cuya custodia estaba a cargo de los príncipes y escribas. Pero, como afirma San Agustín, "no sólo dieron muerte al heredero, sino que también, por ello, perdieron la heredad. Su perversa decisión les produjo el efecto contrario. Para poseerla, le dieron muerte, y por haberle dado muerte la perdieron" [215].

Los judíos no quisieron entender que Cristo había venido a salvarlos, a entregarles la herencia que tanto anhelaban, pero en la unión con Él, el Heredero. "Como Hijo de Dios y consustancial al Padre –escribe San Cirilo de Alejandría–, constituido en heredero cuando se hizo hombre, Cristo venía a llamar a los que creyesen en él para entrar en la comunión de su reino. Pero los judíos querían tener solos el reino, lo que era un desatino" [216].

214 *Comment. in Lc.*, cap. 20, 9: PG 72, 885.

215 *Serm. sobre los Ev. Sin.*, sermo 87, 3, en *Obras completas de San Agustín*, BAC, tomo X..., p.519.

216 *Comment. in Mt.* 74: PG 72, 436.

Una última observación, antes de cerrar el presente apartado. En su discurso después de Pentecostés, Pedro se dirigió a la multitud de este modo: "Israelitas, escuchad estas palabras. A Jesús, el Nazareno, hombre acreditado por Dios entre vosotros con milagros, prodigios y señales que Dios hizo por su medio entre vosotros, como vosotros mismos sabéis, a éste, que fue entregado según el determinado designio y previo conocimiento de Dios, vosotros le matasteis clavándole en la cruz por mano de los impíos" (Act 2, 22-23). Por "impíos", Pedro entiende, en este caso, a los romanos. Es decir, que los judíos mataron a Cristo por medio de los gentiles. Con lo que, en cierta manera, todos –judíos y gentiles– hemos cometido este terrible delito.

3. Fuera de la Viña

Dice nuestro texto: *Lo agarraron, lo sacaron fuera de la viña y lo mataron*. La versión de Lucas es casi idéntica (cf. 20, 15). Lo que significa que el hijo fue primero expulsado de la viña, y luego muerto fuera de la misma. En Marcos, en cambio, se lee: "Y echándole mano, lo mataron y lo arrojaron fuera de la viña" (12, 8), es decir, que el hijo fue asesinado dentro de la viña, y sólo después arrojado su cadáver fuera de ella. Esta última versión del texto destaca el grado de atrocidad; los viñadores, tras matar al hijo, profanan su cadáver, arrojándolo por encima del muro, y así le niegan la sepultura.

Comentando el texto de Mateo, dice el Crisóstomo: "Mirad cómo el Señor profetiza hasta el lugar donde iba a morir" [217]. Y San Beda: "El que haya sido muerto fuera de la viña significa que padeció fuera de la puerta, o que primero fue rechazado por los corazones de los incrédulos, y luego clavado en la cruz" [218].

217 *Hom. sobre S. Mt.*, hom. 68, 1-2, en *Obras de San Juan Crisóstomo*. BAC, tomo II..., p.390.

218 *In Mt. Ev. expositio*, lib. III, cap. 21: PL 92, 95.

De hecho el Señor fue llevado al exterior del recinto de la Ciudad Santa para ser crucificado. "Tomaron a Jesús –se lee en el Evangelio–, y él, cargando con su cruz, salió hacia el lugar llamado Calvario" (Jn 19, 16-17). Ello se confirma por lo que se dice en la epístola a los Hebreos: "Los cuerpos de aquellos animales cuya sangre, derramada por los pecados, es introducida en el santuario por el sumo sacerdote, son quemados fuera del campamento. Por eso también Jesús, para santificar al pueblo con su propia sangre, padeció fuera de la puerta. Salgamos, pues, donde él, fuera del campamento, cargando con su oprobio" (13, 11-13).

Beda cree encontrar una figura de lo que pasó con Cristo en la decisión que tomó Moisés de ubicar el altar del holocausto, sobre el que se derramaba la sangre de las víctimas, no dentro del tabernáculo sino a la puerta, enseñando místicamente que el altar de la cruz del Señor debía ser puesto fuera de las puertas de Jerusalén. La formulación de Marcos, según la cual primero lo mataron y luego lo arrojaron fuera de la viña, destaca la pertinacia y crueldad de los judíos, ya que lo arrojaron como a un vil cadáver [219].

Orígenes trata de este punto comentando lo que se dice en el libro de Levítico acerca del sacrificio del novillo, que debía ser inmolado a la puerta del tabernáculo (cf. 4, 4). "A la puerta del tabernáculo –afirma– no significa dentro de la puerta sino fuera de ella. En efecto, Cristo estuvo fuera de la puerta, porque «vino a los suyos y los suyos no lo recibieron» (Jn 1, 11). No entró, pues, en aquel tabernáculo al que había venido, sino que se entregó como holocausto fuera de la puerta, ya que padeció fuera del campamento (cf. Heb 13, 13). Porque aquellos malos viñadores, al venir el hijo del *paterfamilias*, lo arrojaron fuera de la viña y lo mataron. Esto es lo que se ofrece en la puerta del ta-

219 Cf. *In Lc. Ev. expositio*, lib. V, cap. 20: PL 92, 576-577.

bernáculo al Señor. ¿Qué cosa tan acepta al Señor como la víctima de Cristo, que se ofreció a sí mismo a Dios?" [220].

La cita de Juan resulta esclarecedora. "Vino a los suyos y los suyos no lo recibieron". Vino a los suyos, es decir, a su pueblo, a su viña, y los hijos de Israel no sólo lo rechazaron sino que lo sacrificaron fuera del templo, como el ternero inmaculado del Antiguo Testamento era sacrificado a la puerta de la tienda de reunión.

Justamente señala el P. Orbe que el hecho de haberlo arrojado fuera de la viña para allí matarlo, encubre una altísima significación. Equivale a apostatar del Hijo, expulsándolo del pueblo elegido y entregándolo al no-elegido, a los gentiles. La muerte "fuera de la viña" constituyó, así, una acción profética, que selló la esterilidad de la viña y de los viñadores, y abrió a los no-judíos el camino de la salvación [221]. Israel obró, sin saberlo, en beneficio de los gentiles. No otra cosa afirma San Jerónimo cuando escribe: "Fue arrojado fuera de la viña y allí fue matado para que los Gentiles lo recogiesen y la viña fuese arrendada a otros" [222].

Esta última reflexión nos introduce al próximo apartado.

VI. EL CASTIGO Y LA TRANSFERENCIA DE LA VIÑA

Hasta aquí el poema de la viña, de los cuidados solícitos de Dios, por una parte, y de la inoperancia y crueldad de sus viñadores, por otra. Ha llegado la hora de las cuentas que, si bien

220 *In Leu.*, hom. I. 2: SC 286, pp. 74-76.
221 Cf. *Parábolas evangélicas en San Ireneo*, BAC, tomo I..., p.264.
222 *In Mt.*, lib. III, 21, 39: SC 259, p.134.

entrañaría un aspecto vindicativo para algunos, redundó a la postre en beneficio de quienes hemos adherido a Cristo.

1. La Vuelta del Dueño

Sigue el texto: *Cuando vuelva, pues, el dueño de la viña, ¿qué hará con aquellos viñadores?* Los textos paralelos son prácticamente idénticos.

Recuérdese que Jesús pronunció esta parábola en el curso de la semana última de su vida en la tierra. El domingo anterior, cuando entró triunfalmente en la ciudad de Jerusalén, el pueblo lo había escoltado con gritos de júbilo llamándolo "hijo de David". También lo acompañó con disposición favorable los primeros días de la semana, escuchando las enseñanzas y parábolas que pronunció en el templo, de modo que los sanedritas, temiendo una reacción negativa, no se atrevieron a ponerle enseguida las manos encima. Por otra parte, Cristo, como Dios que era, preveía en detalle las escenas sangrientas de las que Jerusalén sería teatro en los próximos días. Desde ya oía resonar el *Crucifige* en la boca de ese mismo pueblo que desecharía a su Mesías y pediría que su sangre cayese sobre sí y sobre sus hijos (cf. Mt 27, 25). Es en este contexto donde debe leerse el final de la parábola.

Jesús les dice: *Cuando vuelva el dueño de la viña*. San Hilario ve en este retorno del *paterfamilias* la hora del juicio intrahistórico, donde la gloria de la majestad del Padre se hará presente en el Hijo [223]. Coincide San Ambrosio en esta apreciación. Vendrá el señor de la viña, escribe, porque en Cristo reside la majestad del Padre, y como heredero que es, sobrevivirá a su pro-

223 Cf. *In Mt.*, cap. 22, 2: SC 258, p.144.

pia muerte, recogiendo así "el beneficio y la herencia de los Testamentos que él mismo ha establecido" [224].

2. La Autocondena

Le hubiera sido fácil a Cristo extraer Él mismo las consecuencias de la ingratitud y felonía de su pueblo. Pero quiso hacerlo al estilo socrático, suscitando con su pregunta la esperada respuesta: *Cuando vuelva el dueño de la viña ¿qué hará con aquellos labradores?* "Les interroga el Señor –escribe San Jerónimo– no porque no sepa lo que van a contestar, sino para que se condenen por su propia boca" [225]. La crueldad de los viñadores, que a lo largo de la parábola había ido subiendo de punto hasta llegar al asesinato, y por otra parte, la longanimidad y paciencia del señor, así como su conmovedora ingenuidad, por la que no dudó en exponer a su propio hijo, hacía que los allí presentes no pudiesen sino mostrarse totalmente de acuerdo en que el delito merecía un terrible escarmiento. Era demasiado obvio que el padre debía castigar aquella última y sangrienta rebeldía, aunque no hubiese castigado las anteriores. Ello resultó tan claro que los mismos judíos allí presentes pronunciaron el justo veredicto, sin advertir todavía que dicho veredicto recaía sobre sus propias cabezas.

Afirma el Crisóstomo que era esto lo que Jesús pretendía. Si les habló en forma de parábola fue porque quería que ellos mismos dictasen su sentencia, como sucedió con David, que acabó por autocondenarse tras oír la parábola que le propuso el profeta Natán (cf. 2 Sam 12, 5). Así quedaría patente la justicia de la sentencia cuando los mismos que habían de ser castigados se condenasen a sí mismos. Prosigue el Santo:

224 Cf. *Exp. Ev. sec. Lc.*, lib. IX, 26-28: SC 52, p.150.
225 *In Mt.*, lib. III, 21, 40: SC 259, p.134

"Ahora bien, el profeta Isaías nos dice haber sido Dios mismo quien acusa a su viña; mas aquí condena también el Señor a los príncipes del pueblo. Allí dice: «¿Qué debía hacer yo por mi viña que no lo hiciera?» (Is 5, 4). Y otra vez por otro profeta: «¿Qué te he hecho y qué falta hallaron en mí vuestros padres?» (Jer 2, 5). Y otra vez: «Pueblo mío, ¿qué te he hecho? ¿O en qué te he contristado?» (Miq 6, 3). Palabras todas que descubren la ingratitud de sus almas y cómo, gozando de todo, correspondieron a Dios con ingratitud. Mas aquí hace resaltar el Señor eso con más fuerza. Porque no es él mismo el que sentencia diciendo: «¿Qué debí hacer yo, que no haya hecho?», sino que los introduce a ellos mismos sentenciando no haber quedado nada por hacer y ellos son los que se condenan a sí mismos. Porque cuando dicen: «Hará perecer sin piedad a estos miserables, y arrendará la viña a otros viñadores», no otra cosa hacen sino pronunciar más abundantemente su propia sentencia. Esto es lo que Esteban les echó en cara, y ello fue lo que les hirió más en vivo: que, habiendo gozado de particular providencia divina, ellos correspondieron ingratamente a su bienhechor. Lo cual era la mejor prueba de que su castigo no era culpa de quien se lo infligía, sino de los mismos que se lo habían atraído y merecido. Y esto es también lo que aquí pone de manifiesto el Señor, tanto por medio de la parábola como de la profecía" [226].

En este punto los textos de los sinópticos divergen entre sí. Mientras el de Mateo dice que a la pregunta del Señor: "¿Qué hará con aquellos viñadores?", los allí presentes contestaron: *"Hará perecer sin piedad a esos miserables, y arrendará la viña a otros viñadores, que le paguen los frutos a su tiempo"*, el texto de Marcos pone la respuesta en boca del mismo Cristo: "¿Qué hará, pues, el dueño de la viña? Vendrá y acabará con los la-

226 *Hom. sobre S. Mt.*, hom. 68, 2, en *Obras de San Juan Crisóstomo*, BAC, tomo II..., pp.390-393.

bradores, y dará la viña a otros" (12, 9). El texto de Marcos es igual al de Lucas, sólo que en éste se agrega que "ellos, al oír esto, dijeron: «No ocurra así»" (20, 16).

San Agustín ha intentado explicar las divergencias antedichas. A su juicio, la sentencia de muerte fue pronunciada realmente por los oyentes, tal cual lo señala Mateo. Si Marcos y Lucas la atribuyen al Salvador, es porque Jesús, la verdad misma, se expresaba en esa circunstancia por boca de aquéllos, "*per eos veritas ipsa locuta est*" [227]. O bien, si se prefiere, como esta parábola no fue dicha sólo para los sumos sacerdotes y los ancianos que preguntaban a Jesús con qué autoridad realizaba prodigios y predicaba como lo hacía (cf. Mt 21, 23), pregunta malintencionada, por cierto, sino también para la multitud, en la cual se encontraban los que dijeron: "Los hará perecer y entregará su viña a otros labradores", se puede creer que estos últimos eran hombres de bien, miembros místicos de Cristo, de suerte que las palabras de los miembros son atribuibles a la cabeza, "*ut merito vox illorum illi tribueretur, cujus membra sunt*" [228].

Mejor es la explicación del Crisóstomo para quien tanto el relato de Mateo como el de Marcos y Lucas refieren lo que realmente sucedió. Lo primero que dijeron los jerarcas, pronunciando sentencia contra sí mismos, como lo relata Mateo, habría sido retomado y confirmado por Cristo, según Marcos y Lucas. Sucedió lo uno y lo otro, primero respondieron ellos, y el Señor reiteró la contestación. Luego, cuando comprendieron, si bien de manera tardía, que se estaban condenando a sí mismos, los jerarcas trataron de retomarse y exclamaron: "No ocurra así", como se lee en Lucas [229].

227 Cf. *De cons. evang.*, cap. 69, 134: PL 34, 1142.

228 Ibid. 137: 1144.

229 Cf. *Hom. sobre S. Mt.*, hom. 68, 2, en *Obras de San Juan Crisóstomo*, BAC, tomo II..., p.390.

El Pseudo-Crisóstomo tiene una sentencia propia sobre estas divergencias: "San Lucas refirió lo que contestaron con la boca. San Mateo, en cambio, lo que respondieron en su corazón. Porque, en verdad, exteriormente le contradijeron diciendo: «No ocurra así», pero en su corazón aceptaron la parábola, diciendo: «Hará perecer sin piedad a estos miserables», así como cuando un hombre es descubierto en una acción mala, se excusa con palabras, pero interiormente reconoce su delito" [230]. Al decir: "No ocurra así", escribe Cirilo de Alejandría, los escribas y fariseos mostraban haber entendido el sentido de la parábola, teniendo miedo por su futuro. Pero ello no los salvó, ya que perseveraron en su indómita contumacia y se negaron a creer en Cristo [231].

Sea lo que fuere, tiene razón Orígenes cuando afirma que los allí presentes, al responder a la pregunta del Señor, decían más de los que sabían. En realidad estaban profetizando, como pronto lo haría Caifás, sumo sacerdote y colega de ellos (cf. Jn 18, 14) [232].

De esta manera recayó sobre los príncipes de los sacerdotes y, en cierta manera, sobre el pueblo, en el grado en que seguían a sus dirigentes, una terrible maldición. La viña había sido el símbolo de la esperanza de Dios sobre su pueblo, esperanza nacida de un amor entrañable y mantenida con una perseverancia apasionada. Cuando la esperanza se vio decepcionada, se convirtió en maldición sobre los recalcitrantes. Pocos años después, los hechos se encargarían de confirmar las previsiones del Señor. Fue en el año 70 cuando la profecía recibió un terrible cumplimiento histórico con la toma y el saqueo de Jerusalén por parte del ejército romano. La viña quedó desolada, y otro pueblo, venido de la gentilidad, el pueblo cristiano, heredó los despojos espirituales del desventurado Israel.

230 *Opus imperfectum in Mt.*, hom. 40: PG 56, 856-857

231 Cf. *Comment. in Lc.*, cap. 20, 9: PG 72, 885-888.

232 Cf. *Comment. in Mt.*, tomus XVII, 11: PG 13, 1509-1512.

3. NUEVOS VIÑADORES

La respuesta de los jerarcas allí presentes: "Hará perecer sin piedad a estos miserables", concluyó, sin duda que por inspiración de Dios, ofreciendo un nuevo motivo de esperanza, en base a un cambio absoluto de perspectivas: "*Arrendará la viña a otros viñadores, que le paguen los frutos a su tiempo*". Como escribe San Hilario: "La respuesta de los príncipes de los sacerdotes y de los mismos fariseos indica que la herencia es más digna de los apóstoles que de la ley" [233].

El paso o transmisión de la herencia del pueblo judío a las naciones o pueblos gentiles constituye algo así como el gozne de la teología de la historia. Ireneo lo ha esclarecido bien. Tras recordar cómo los malos viñadores mataron al hijo, y lo arrojaron fuera de la viña, agrega: "Por eso Dios entregó a ésta [la viña], no ya circunscripta sino expandida por el mundo entero, a otros viñadores que le entregasen los frutos a su debido tiempo" [234]. Y poco después: "Porque rechazaron al Hijo de Dios, y lo arrojaron fuera de la viña después de haberlo matado, Dios los reprobó justamente, y confió a los gentiles, que se encontraban fuera de la viña, el cuidado de hacer fructificar su tierra" [235].

Considera Ireneo que el gran pecado de los primeros viñadores consistió en la incredulidad, por lo que fueron contumeliosos, soberbios, estériles, hasta asesinos del Señor. El mérito principal de los gentiles que los suceden es, precisamente, la fe, por la que fueron humildes y obedientes. Gracias a ello recibieron al Hijo, y por su medio al Padre, entrando en posesión de la única y definitiva herencia, el reino de los cielos [236].

233 *In Mt.*, cap. 22, 2: SC 258, p.144.
234 *Adv. haer.* IV, 36, 2: SC 100 bis, p.884.
235 Ibid.; p.886.
236 Cf. Ibid., 36, 1: p.880.

Por lo que se ve, Cristo quiso que la misma Sinagoga pronunciase su "superación" por la Iglesia. Para los buenos judíos, el cristianismo fue su cauce natural, según el sentido teológico de la historia. La vocación del Viejo Israel era florecer en el Nuevo Israel, en una continuidad enriquecedora y pletórica de belleza. Pero no sucedió así con los judíos recalcitrantes. Por eso Cristo trató de que ellos mismos, a través de los sacerdotes y doctores de la ley, representantes de Israel, pronunciasen su sentencia de condena. Los miserables perecerían sin piedad, y el reino de Dios pasaría a los gentiles, para durar en esta nueva forma hasta el fin de los tiempos.

Es sobre todo Orígenes quien se ha esmerado en explicar esta "transferencia sagrada", en base al veredicto de Cristo, que hace suya la respuesta de los jerarcas judíos, y que se encuentra un poco más adelante en nuestra parábola: *El reino de Dios os será quitado, para dárselo a un pueblo que rinda sus frutos*. Con estas palabras, afirma, el Señor estaba vaticinando la vocación de los gentiles. Ese Jesús al que golpearon, mataron y arrojaron fuera de la viña, después que resucitó de entre los muertos, perdió sin piedad a los agricultores perversos, y entregó la viña a otros agricultores, los apóstoles, que creyeron en Él. Son ellos quienes darán sus frutos al padre de familias [237]. Interpretando el libro de Josué, escribe el mismo autor: "Si consideras a aquel pueblo primero según la carne, Israel, que era el verdadero olivo (cf. Rom 11, 24), entiende que fue el Líbano verdadero; pero cuando ves que por su incredulidad «le será quitado el reino para dárselo a un pueblo que rinda sus frutos», cuando ves que el primer pueblo es expulsado y el otro introducido en su lugar en el reino, entiende que el segundo pueblo es el Antilíbano, es decir, «la Iglesia del Dios vivo» (1 Tim 3, 15), congregada «de entre los gentiles» (cf. Rom 9, 24) por Jesucristo nuestro Señor" [238].

237 Cf. *Comment. in Mt.*, tomus XVII, 6: PG 13, 1488-1490

238 *In Jesu Nave*, hom. 2, 4: SC 71, p.122.

Dios les había arrendado la viña a los judíos. Orígenes distingue entre "arrendar" y "dar". La arrendó a los primeros viñadores. Estos no supieron hacerla fructificar, y entonces se la quitó para dársela gratuitamente a quienes sabrían hacerlo. Por lo demás, aquellos viñadores no aceptaron ser meros "arrendatarios" sino que quisieron alzarse con la viña, la ley de Moisés y el espíritu profético, como si fuesen cosa propia, sin someterse a Dios, y así merecieron ser desposeídos de todo. Si hubieran hecho rendir a la viña, Dios se la hubiera dado generosamente [239].

En su mismo comentario a Mateo, Orígenes nos ofrece otra exégesis de la transferencia de que habla nuestra parábola. Trátase de una interpretación algo extraña, propia de su tendencia alegorizante. Según ella, la viña que plantó el *paterfamilias* son los misterios del reino de Dios. La cerca podría simbolizar la letra de las Escrituras, lo sensible que la protege de los extraños. Dios le entregó a esta viña la ley y los profetas, es decir, la doctrina que se contiene en las Sagradas Escrituras, para que sus labradores la cultivaran, según lo que dice San Pablo de que a ellos les fueron confiados los oráculos de Dios (cf. Rom 3, 2). Mas no supieron penetrar en el lagar de la viña, que es la profundidad de la palabra divina, o también la hondura del alma que recibe los frutos escondidos en la Escritura, es decir, no supieron penetrar en el espíritu de la Escritura. Sólo los gentiles le sacarán el debido fruto [240].

Haciendo suya la idea de Orígenes, San Jerónimo dice que por reino de Dios hay que entender a veces las santas Escrituras: "El Señor las ha quitado a los judíos y nos las ha entregado para que hagamos fruto con ellas. Es la viña confiada a los cultivadores y a los viñadores. Los que no hayan trabajado en ella,

239 Cf. *Comment. in Mt.*, tomus XVII, 12: PG 13, 1512-1513.
240 Cf. ibid., tomus XVII, 7: 1497-1500.

guardando sólo el nombre de las Escrituras, perderán los frutos de la viña" [241].

Varios Padres, para fundar mejor esta "transferencia", recurren a una profecía de Cristo que relacionan con la entrega de la viña a los agricultores: "Os digo que vendrán muchos del oriente y del occidente y se recostarán a la mesa con Abraham, Isaac y Jacob, en el reino de los cielos; en cambio, los hijos del reino serán echados a las tinieblas de allá fuera; allí será el llanto y el rechinar de dientes" (Mt 8, 11-12; cf. Lc 13, 28-29).

Por el libro de los Hechos de los Apóstoles sabemos que cuando Pablo predicó en Antioquía, ganando a muchos judíos, los jefes de la Sinagoga, llenos de envidia, contradecían al Apóstol con vehemencia. Entonces Pablo dijo abiertamente: "A vosotros os habíamos de anunciar primero la Palabra de Dios, pero ya que la rechazáis y vosotros mismos os juzgáis indignos de la vida eterna, nos volveremos a los gentiles. Porque así nos lo ordenó el Señor: «Te he puesto como luz de los gentiles, para que lleves la salvación hasta los confines de la tierra»" (Act 13, 46-47). He ahí el cumplimiento de nuestra parábola: el reino de Dios es quitado a los judíos, y entregado a un pueblo capaz de llevar frutos. "Al oír esto –prosigue el texto de los Hechos– los gentiles se alegraron y se pusieron a glorificar la palabra de Dios, creyendo cuantos estaban destinados a la vida eterna" (ibid. 48). De este modo los gentiles produjeron los frutos que Dios había esperado de los judíos. Dirigiéndose a éstos, les advertía San Pablo en otro lugar: "El que siendo físicamente incircunciso guarda las prescripciones de la ley, te juzgará a ti, que con la letra y la circuncisión eres transgresor de la ley" (Rom 2, 27).

He ahí el motivo de nuestra alegría: la viña ha pasado a nuestras manos, ha pasado a la Iglesia y, a través de ella, al universo

241 *In Mt.* 21, 43: SC 242, p.136

entero. Porque hubiéramos podido temer, leyendo a Ezequiel (cf. 19, 10-14) y a Isaías (cf. 5, 5-6), que el castigo de la vid orgullosa y estéril hubiera sido su entrega al fuego y su consunción final (cf. Ez 15, 4). Pero nuestra parábola agrega esta "transferencia", que allí no aparecía. La viña ingrata no será finalmente destruida, ya que su esterilidad no se debía principalmente a ella sino a sus cultivadores; será trasladada y arrendada a otra gente que la hará fructificar. Lo que en un tiempo se limitaba al linaje de los patriarcas, se extiende definitivamente a todo el género humano. Nada desaparece, ni la viña, ni la torre, ni el lagar. Pero todo se transforma: el lagar, antes receptáculo del espíritu profético, se vuelve receptáculo del Espíritu Santo entre los fieles; la torre, que antes se limitaba a custodiar a Jerusalén, atalaya de la Ley mosaica, protege ahora a la Iglesia, atalaya de la Ley evangélica, volviéndose visible desde todas partes, más allá de las fronteras o capitales geográficas. San Ireneo nos ha dejado al respecto un texto inspirado:

> "La torre de elección se levanta por doquier en todo su esplendor, porque por doquier resplandece la Iglesia (*turre electionis exaltata ubique et speciosa, ubique enim praeclara est Ecclesia*); por doquier también ha sido cavado el lagar, porque por doquier se encuentran los que reciben el Espíritu de Dios. Como aquéllos repudiaron al Hijo de Dios y lo arrojaron fuera de la viña después de haberlo matado, Dios los repudió justamente, y confió a los gentiles, que se hallaban fuera de la viña, el cuidado de hacer fructificar su tierra. Bien dice el profeta Jeremías: «El Señor ha rechazado y repudiado a la nación que hizo esto: porque los hijos de Judá han hecho el mal delante de mí, dice el Señor» (7, 29-30). Lo mismo Jeremías: «Entonces les puse centinelas: "Escuchad la voz de la trompeta"; y ellos dijeron: "No escucharemos". Los gentiles la escucharon, así como los que apacientan rebaños entre ellos» (Jer 6, 17-18). Es pues un solo y mismo Padre el que ha plantado la viña, hizo salir al pueblo.

envió a los profetas, envió a su Hijo y confió su viña a otros viñadores, que le entregasen los frutos a su tiempo" [242].

También Orígenes, en su polémica con Celso, nos ha dejado una consideración sintética de lo que hemos venido tratando. Celso, escribe, "no ve que el intento que nosotros atribuimos al descenso [del Verbo] es principalmente convertir a los que el Evangelio llama las ovejas perdidas de la casa de Israel (cf. Mt 10, 6; 15, 24), y en segundo lugar, quitarles a los judíos el llamado reino de Dios y pasarlo a «otros labradores», que son los cristianos, a fin de que den a Dios a su tiempo los frutos del reino de Dios, cuando cada acción es fruto del reino" [243]. A lo que más adelante agrega: "Otros también fueron enviados de parte de Dios. Pero Jesús trajo un mensaje más elevado. Los judíos vivían descuidados, adulteraban la religión y no obraban sanamente. Y así [Cristo] tuvo que traspasar el reino de Dios a otros labradores, que son los que por todas partes velan en sus Iglesias, y no dejan piedra por mover para atraer también a otros al Dios del universo, siguiendo las enseñanzas de Jesús, a través de una vida pura y una doctrina acorde con la vida" [244].

Acertadamente señala el P. Orbe que el cambio de manos, pasando de la incuria judía al esmero de los nuevos cultivadores, presupuso, de hecho, además de la misión de Cristo, la muerte del último Enviado. Y no sólo porque dicha muerte fue la expresión suprema de su fortaleza y de su caridad, sino también por la eficacia directamente salvífica de la misma, tema éste que también aparece en la parábola, si bien de manera disimulada [245].

242 *Adv. haer.* IV, 36, 2: SC 100 bis, p.886.

243 *Contra Celsum* IV, 3, BAC Madrid 1967, pp.242-243.

244 Ibid. V, 58, pp.381-382.

245 Cf. *Parábolas evangélicas en San Ireneo*, BAC, tomo I..., p.238

He ahí, pues, todos los eslabones explicados. La viña es Israel; su propietario, Dios; sus arrendatarios, los príncipes y doctores de la ley; los mensajeros son los profetas; el hijo-heredero es Cristo; el castigo de los labradores ilustra la repulsa de Israel; el "pueblo que rinde sus frutos" es la Iglesia de los gentiles. "¡Cuántas cosas nos da el Señor a entender por esta parábola! –dice el Crisóstomo–. La providencia de Dios para con los judíos, tan de antiguo demostrada; su instinto de asesinos, que les viene también desde el principio; cómo nada omitió él de cuanto atañía a la solicitud por ellos; cómo, aun después de asesinados los profetas, no los rechazó, sino que les envió a su propio Hijo. Allí vemos también cómo uno solo es el Dios del Antiguo y del Nuevo Testamento, las grandes cosas que llevaría a cabo la muerte de Cristo, el terrible castigo que los judíos habían de sufrir por su crimen de crucificarle, la vocación, en fin, de los gentiles y la reprobación de los mismos judíos" [246].

Aun cuando exceda el marco de la época patrística, no nos resignamos a omitir una aguda advertencia del teólogo Salmerón, quien comentando la presente parábola señala el peligro de que el reino de Dios pueda un día serle quitado a las naciones gentiles, si descuidan sus deberes con el dueño de la viña, mostrándose infieles a la herencia y misión recibidas. "Lo que el Señor predijo que sucedería con los judíos, lo mismo puede suceder en muchas naciones cristianas, como vemos que ya ha sucedido en África, Asia y Grecia" [247]. Podríamos hoy agregar que también en Europa y en América.

246 *Cf. Hom. sobre S. Mt.*, hom. 68, 1, en *Obras de San Juan Crisóstomo*, BAC, tomo II..., p.387.

247 *De parabolis Domini nostri Iesuchristi: Comment. in evangelicam historiam*, tomo VII, Coloniae Agr. 1613, p.240.

VII. LA ALEGORÍA DE LA PIEDRA

Tras la categórica autocondenación de los príncipes, sacerdotes y fariseos, que habían escuchado la parábola, el evangelio agrega unas palabras de Jesús. Lucas las introduce así: "Pero él, clavando en ellos la mirada, dijo" (20, 17). Nuestro texto de Mateo tiene pocas variantes en los otros dos sinópticos: *Díjoles Jesús: ¿No habéis leído nunca en las Escrituras: "La piedra que desecharon los que edificaban, ésa ha venido a ser piedra de ángulo: el Señor es quien hizo esto, y es un prodigio a nuestros ojos"? Por eso os digo: El reino de Dios os será quitado, para dárselo a un pueblo que rinda sus frutos. Y quien cayere sobre esta piedra, se hará pedazos; y a aquel sobre quien cayere, lo hará polvo.*

Estamos frente a una nueva semejanza, que podríamos llamar "la alegoría de la piedra", una semejanza que parece del todo ajena a la de la viña, como si fuera una especie de anexo de la misma. Porque la parábola de la viña bien podía haberse detenido aquí: los viñadores son castigados y la viña es transferida a otros granjeros que la hagan fructificar. Pero el Señor quiso referirse a algo que, en cierto modo, había quedado flotando en el ambiente, es a saber, la suerte del hijo asesinado por los viñadores. Ya en vísperas de su pasión, deseaba preparar los espíritus, aun de sus enemigos, a la idea de su propia resurrección. La presente ocasión era demasiado favorable como para que la dejara escapar. La muerte del hijo-heredero y su muerte real, tan próxima, le ofrecían el marco adecuado para aludir a su resurrección. Pero ¿cómo hacerlo en el contexto de la parábola? La resurrección del hijo no parecía tener cabida en la trama misma de aquélla. Un solo medio literario se le ofrecía: cerrar la parábola de la viña abriendo una nueva alegoría, a modo de apéndice, en la perspectiva de la resurrección. Tal es la pequeña parábola de la piedra que se apoya, sin solución de continuidad,

en la gran parábola de la viña. "¿No habéis leído las Escrituras?", les dice Cristo. El sentido es muy claro. La piedra que dejarían de lado los constructores será retomada convirtiéndose en la piedra fundamental del edificio, capaz de unir sus muros. Los nuevos granjeros de la viña, que relegarán a los antiguos, pasarán a ser los constructores del edificio.

Las referencias de la Escritura a que recurre el Señor eran conocidas de todos, particularmente de los escribas y fariseos. Por eso San Pedro, cuando días después de la resurrección del Señor fuese llevado ante los príncipes, los ancianos y los escribas, Anás, Caifás, Juan, Alejandro, y varios más, acusado de anunciar la resurrección de Cristo, de convertir a numerosos judíos, y, más puntualmente, queriendo aquéllos saber en nombre de quién había curado a un tullido, respondió: "Príncipes del pueblo y ancianos, ya que con motivo de la curación de este enfermo somos hoy interrogados por quién haya sido curado, sabed todos vosotros y todo el pueblo de Israel que ha sido en nombre de Jesucristo, el Nazareno, a quien vosotros habéis crucificado, y a quien Dios resucitó de entre los muertos; por su nombre y por ningún otro se presenta éste aquí sano delante de vosotros. Él es la piedra que vosotros, los constructores, habéis rechazado, y que se ha convertido en piedra angular (cf. Ps 118, 22). Porque no hay en el cielo otro nombre dado a los hombres por el cual podamos ser salvos" (Act 4, 8-12). En su primera epístola leemos: "A él debéis de allegaros, como a piedra viva rechazada por los hombres, pero elegida y preciosa a los ojos de Dios; también vosotros, cual piedras vivas, entrad en la construcción de un edificio espiritual... Pues está en la Escritura: «He aquí que pongo en Sión una piedra angular, elegida, preciosa y el que creyere en ella no será confundido» (Is 28, 16). Para vosotros, pues, los creyentes, es honor, mas para los que no creen, esa piedra, desechada por los constructores y convertida en piedra angular, se ha convertido en «piedra de tropiezo y roca de escándalo» (Is 8, 14)" (1 Pe 2, 4-8).

Los textos que cita San Pedro eran, como acabamos de señalarlo, de conocimiento público, máxime entre la gente culta. Resultaba, pues, natural, que Jesús los trajera aquí a colación, especialmente tomando en cuenta a los dirigentes religiosos del pueblo, que estaban allí presentes. *¿No habéis nunca leído en las Escrituras...?*, les dijo, según la versión de Mateo. En la de Lucas, se informa primero de la reacción que la parábola de la viña produjo en los oyentes, quienes al oír que el señor hacía perecer a los malos viñadores dijeron: "No ocurra así". Entonces, según dicho evangelista, Jesús los miró fijamente, como para indicarles la importancia de lo que les iba a decir, y pronunció la alegoría de la piedra, en el marco de las palabras de la Escritura. El asesinato del hijo, que el señor de la viña envió para salvar a su pueblo, se concatenaba con el desprecio de la piedra angular, que Dios quiso como fundamento y remate de su edificación. Por lo que puede verse, la alegoría de la piedra no es un mero colofón de la parábola de los viñadores homicidas, sino que también amplía sus perspectivas, ofreciendo una visión panorámica del misterio de Cristo, asesinado y resucitado, desechado y fundamento.

Se ha señalado que tanto la parábola de los dos hijos diferentes, de la que hablamos en el capítulo anterior, como la de los viñadores y la de la piedra desechada, constituyen una suerte de trilogía. Como si en estas tres imágenes, Cristo les hubiese querido decir a los escribas y a sus seguidores judíos que eran desobedientes al Padre, que perseguían a su Hijo unigénito hasta llevarlo a la muerte, que edificaban la Sinagoga sin tenerlo en cuenta como fundamento de su Iglesia. Las tres parábolas tienden a una sola conclusión: el reino les sería quitado y transferido a los gentiles, los cuales harían su voluntad, cuidarían la viña y edificarían el templo sobre cimientos sólidos.

Como vimos más arriba, San Pedro comparó a Cristo con una piedra. Lo mismo hizo San Pablo. En aquella roca que

Moisés golpeó con su cayado para dar de beber al pueblo sediento que peregrinaba por el desierto (cf. Ex 17, 5-6), el Apóstol vio una figura de Jesús: "la roca era Cristo", les dijo a los corintios (1 Cor 10, 4). Sobre ello se explaya el Pseudo-Crisóstomo: "Cristo es llamado piedra por dos razones. Primero, porque es fuerte en sus fundamentos, de modo que los que sobre él se apoyan no se ven conmovidos por ninguna seducción de tentaciones, ni tampoco se zarandean por las tempestades de las persecuciones. En segundo lugar, porque sobre Cristo se estrellan los perversos; así como cuando una cosa choca con una piedra, es ella la que sufre sin lastimar a la piedra, de manera semejante todo el que obra contra la Cristiandad, se destruye a sí mismo, no dañando por ello la Cristiandad" [248]. Tales son los dos sentidos de la metáfora de la piedra que nos aprestamos a considerar de la mano de los Santos Padres.

1. Piedra Angular

¿No habéis leído nunca en las Escrituras: "La piedra que desecharon los que edificaban, ésa ha venido a ser piedra angular; el Señor es quien hizo esto y es un prodigio a nuestros ojos"?

El dicho de la piedra desechada y después utilizada como piedra angular, era una sentencia proverbial para significar el abatimiento y luego la exaltación de una cosa o persona. Pero también aparece en la Escritura, sobre todo en el salmo 118. Este salmo solía cantarse en la fiesta de los Tabernáculos, en orden a conmemorar de manera laudante la liberación del pueblo de Israel. Allí se dice: "Gracias te doy porque me has respondido, y has sido para mí la salvación. La piedra que los constructores rechazaron se ha convertido en piedra angular: obra de Yahveh

248 *Opus imperfectum in Mt.*, hom. 40: PG 56, 858.

es ésta, admirable a nuestros ojos. ¡Éste es el día que hizo el Señor, exultemos y gocémonos en él" (vers. 21-24).

En nuestra alegoría, Cristo se llamará a sí mismo "piedra", calificando de malos "constructores" a los arquitectos judíos. Ya Ezequiel había reprochado a los falsos profetas diciéndoles que mientras el Señor construía el muro, ellos lo recubrían de barro (cf. 13, 10); lo que hacía falta era reparar seriamente el edificio, y ellos se contentaban con tapar las grietas con un simple revoque. Al citarles a los escribas y fariseos el salmo 118, texto mesiánico que conocían de memoria, Jesús quería decirles que, siendo ellos los arquitectos de la Sinagoga, debían saber muy bien que no podían prescindir de Él, piedra básica de la construcción. Acertadamente señala San Jerónimo que bajo parábolas variadas y en términos diferentes se desarrollan los mismos temas. A los que acababa de designar con el nombre de viñadores y cultivadores, los llama ahora constructores y albañiles. San Jerónimo gustaba considerar a San Pablo como "arquitecto" de la Iglesia, un arquitecto verdadero, no como aquellos que no sabían edificar. El mismo Apóstol había dicho: "El edificio de Dios sois vosotros... y yo, como buen arquitecto, puse el cimiento", aclarando enseguida que "nadie puede poner otro cimiento que el ya puesto, Jesucristo" (1 Cor 3, 9-11) [249].

Pero volvamos a los príncipes de los judíos. Ellos eran los albañiles del reino, los constructores del edificio de Dios. "Así como los viñadores reciben una viña –escribe San Jerónimo en otro lugar–, así los albañiles han recibido la piedra que debían colocar sea en los fundamentos, según el arquitecto Pablo, sea en el ángulo para unir los dos muros, es decir, los dos pueblos, y esta piedra que han arrojado se ha vuelto piedra angular". Concluye diciendo, con el salmo, que es el Señor quien ha hecho esto, no fuerzas humanas, sino la todopotencia de Dios, se-

249 Cf. Ep. 49, ad Pammachium, 2.

gún lo que se lee en Isaías: "He aquí que yo pongo en los cimientos de Sión, una piedra elegida, angular, preciosa y fundamental: quien crea en ella, no será confundido" (Is 28, 16) [250].

Sin embargo los judíos se resistieron a incluir esta piedra en su edificación, y mucho más, a ubicarla en el lugar protagónico que le correspondía. No sólo no lo hicieron, sino que la dejaron de lado, como piedra inútil; más aún, Cristo-piedra fue condenado y muerto. Esta es la tragedia, la de haber sido repudiado por aquellos mismos a los que venía. No hubiese sido raro que lo rechazasen los gentiles, que no lo conocían, ni estaban preparados para conocerlo. Pero fueron los judíos, los que habían recibido el encargo de erigir el edificio espiritual, quienes desecharon esta piedra. "¿Por qué no entendéis que sois vosotros los constructores? –les dice el Pseudo-Crisóstomo a los judíos–... ¿Por qué no entendéis en qué ángulo del edificio debe ponerse aquella piedra? ¿Acaso en el vuestro, de donde ha sido reprobada? No, sino en otro. Por tanto, hay un edificio futuro. Si ha de levantarse otro edificio, debe abandonarse vuestra construcción" [251]. Los dirigentes de Israel desecharon a Cristo llevándolo a la muerte; tanto esa muerte como su ulterior resurrección, fueron una obra maravillosa, admirable para Dios y para los hombres, el día que hizo el Señor, el origen de la erección de un nuevo templo, de una nueva ciudad. A ello se refiere el salmo, y lo repite el Señor en nuestra parábola: *El Señor es quien hizo esto, y es un prodigio a nuestros ojos.*

250 *Cf. In Mt.* 21, 42: SC 242, pp.134-136. La denominación de Cristo como piedra era frecuente en la antigüedad. Por haber nacido de una virgen, se lo relacionaba con aquella piedra que se había desprendido de un monte, sin intervención de mano alguna, según lo había visto en sueños el rey Nabucodonosor (cf. Dan 2, 34). Este símbolo se empalma con el tema que nos ocupa. Aquella piedra –figura de Cristo - no era de oro o de plata, que es lo que esperaban los judíos temporalistas. No fue aquel Jesús un rey glorioso, sino un hombre humilde y despreciado. Por eso lo rechazaron los que edificaban.

251 *Opus imperfectum in Mt.*, hom. 40: PG 56, 857.

Cristo se ha vuelto así *piedra angular* del nuevo edificio. ¿Qué significa dicha expresión? La piedra angular puede significar la piedra clave de la bóveda de una puerta, pero sobre todo, y ello atañe particularmente a nuestra alegoría, la piedra en la que se unen, como en un ángulo, los dos muros del edificio, de modo que la casa entera se vuelve firme y estable. En el edificio espiritual que es la Iglesia, la piedra angular es el Mesías muerto y resucitado, unico que puede dar a toda la construcción una consistencia duradera, por lo que a través de la misma imagen se muestra también cual fundamento sólido del edificio. Ya San Jerónimo nos lo había insinuado al decir que el Señor unió en sí los dos grandes pueblos, el judío y el gentil. Reprobado por los judíos, se volvió cabeza de ángulo, es decir, se convirtió en piedra fundamental de la Iglesia; piedra angular porque en El convergen los dos muros, el de los judíos y el de los gentiles. Era lo que había profetizado Isaías al decir: "He aquí que yo pongo en los cimientos de Sión una piedra elegida, angular, preciosa y fundamental" (28, 16). Al anunciar que ocuparía dicho lugar, el Señor declaraba de antemano "que los gentiles creyentes y cuantos creyeran también de entre los mismos judíos, vendrían a ser una misma cosa, no obstante ser tan grande la distancia que antes los separaba" [252].

Trátase de una interpretación común en los Padres. San Hilario, por ejemplo, escribe: "Esta piedra desechada por los constructores, que se ha erigido en la cumbre como piedra angular, admirable a los ojos de todos, es el Hijo, porque él establece la unión entre uno y otro lado, entre la ley y los gentiles" [253]. San Cirilo, a su vez, dice que la piedra, luego de ser reprobada por aquellos que hubieran debido ayudarla con toda clase de obras,

252 S. Juan Crisóstomo, *Hom. sobre S. Mt.*, hom. 68, 2, en *Obras de San Juan Crisóstomo*, BAC, tomo II,... p.391.
253 *In Mt.*, cap. 22, 2: SC 258, p.144.

es decir, por la Sinagoga de los judíos, se convirtió en cabeza de ángulo. "La Sagrada Escritura la compara con un ángulo, por la unión de los dos pueblos, esto es, la concordia, la cópula y la común fe de los israelitas y de los gentiles. Unió, por tanto, el Salvador dos pueblos en un solo hombre, haciendo la paz y reconciliando a ambos en un solo cuerpo con el Padre (cf. Ef 2, 15). Esto tiene semejanza con el ángulo que une dos paredes. El bienaventurado David admiró este ángulo, o esta unión de dos pueblos, diciendo: «La piedra que reprobaron los constructores en piedra angular se ha convertido; Dios es quien ha hecho esto (es decir, el trabajo del ángulo), admirable a nuestros ojos» (Ps 118, 22-23)" [254]. En el mismo sentido se expresa San Beda, dirigiéndose a los judíos: "¿Cómo habrá de cumplirse esta profecía sino porque Cristo, rechazado y muerto por vosotros, no hubiera sido entregado por la predicación a los gentiles que han de creer en él, para unir en él como piedra angular a los dos pueblos, y de uno y otro edificar para sí una sola ciudad de fieles y un solo templo?" [255].

Orígenes propone una teoría original. Al pueblo que se creía constructor, escribe, el Salvador les arguyó con la ayuda de las Escrituras, diciéndoles que la piedra que habían rechazado se volvió, por voluntad del Padre, cabeza de todo el edificio, cabeza no sólo de los dos pueblos, sino también de los dos Testamentos, uniendo el Antiguo con el Nuevo, y haciéndolos como si fuesen uno. Todo el edificio escriturístico se ensambla bajo esta cabeza de ángulo [256].

Pero la que prevaleció fue la otra interpretación, es decir, la unión de los dos pueblos en la fe común. Refiriéndose al Hijo

254 *Comment. in Lc.*, cap. 20, 17: PG 72, 888.
255 *In Mt. Ev. expositio*, lib. II, cap. 12: PL 92, 251-252.
256 Cf. *Comment. in Mt.*, tomus XVII, 12: PG 13, 1512

de Dios encarnado escribe Ireneo: "Éste apareció en los tiempos, como «suma cabeza angular» (Ef 2, 20), «unió en uno» (ibid. 14), y «unió a los que estaban lejos y a los que estaban cerca» (ibid. 17), esto es, la circuncisión y el prepucio, «dilatando a Jafet» y constituyéndolo «en la casa de Sem» (Gen 9, 27)" [257]. No todo Israel se perdió, agrega el Santo. Perdiéronse, sí, los jefes del pueblo y la multitud de judíos que los siguieron, arrastrados por la incredulidad de aquéllos. Pero se salvaron los auténticos creyentes, los hijos de la fe de Abraham que, abriéndose al Evangelio, entraron a formar ángulo con el pueblo de los gentiles, en torno a Cristo.

Como se ve, la piedra desechada pasó a ser cabeza de ángulo para unir la simiente verdadera de Abraham con la nueva semilla de la Iglesia proveniente de los gentiles. "Más generosa aparece la fe de los gentiles –escribe San Ireneo–, puesto que siguieron al Verbo de Dios sin la instrucción de las Escrituras, suscitando Dios de esta manera, a partir de piedras hijos de Abraham (cf. Mt 3,9) y llevándoles a aquel que había sido el iniciador, el patriarca y el anunciador de nuestra fe. Porque éste no recibió la alianza de la circuncisión más que después de la justificación obtenida por la fe sin la circuncisión, a fin de que fuesen prefiguradas en él una y otra alianza y se convirtiese en el padre de todos los que seguirían al Verbo de Dios y aceptasen vivir como extranjeros en este mundo, es decir, de todos los creyentes que vienen de la circuncisión y de la incircuncisión, como Cristo es la *suma piedra angular* (Ef 2, 20) que sostiene todas las cosas y congrega en la única fe de Abraham a todos los que, viniendo de una y otra alianza, son aptos para constituir el edifi-

257 *Adv. haer.* III, 5, 3: SC 211, p.62. Sem y Jafet eran hijos de Noé. Sem fue antepasado de Abraham y de los israelitas. Los descendientes de Jafet se extendieron a expensas de Sem. Varios Padres, entre los cuales Ireneo, han visto en ello un preanuncio de la entrada de los gentiles (Jafet) en la familia espiritual de los hebreos (Sem).

cio de Dios. Pero la fe sin la circuncisión, en cuanto que une el fin con el principio, fue primera y última"[258].

Cristo-piedra aparece como el gran nudo de la reconciliación. San Juan Damasceno le hace decir: "Yo soy el heredero, la piedra angular... que juntaré dos pueblos, las cosas terrenas con las celestiales, aunque estén distanciadísimas. Por mí se construirá una sola Iglesia de ángeles y de hombres; por mí vosotros, que erais enemigos, seréis reconciliados con el Padre"[259].

2. Piedra de Tropiezo

Hemos dicho que la piedra de nuestra alegoría incluía dos significados. Ante todo el de piedra angular, que sostiene y armoniza las diversas partes de un edificio. Pero también el de piedra de choque, capaz de pulverizar al que contra ella se arroje. Por eso San Mateo, después de haber consignado lo que Jesús dijo a los judíos, a saber, que se les quitaría el reino de Dios entregándoselo a gente que supiera sacarle provecho, agrega: *Quien cayere sobre esta piedra, se hará pedazos; y a aquel sobre quien cayere, lo hará polvo.* Un texto casi idéntico se encuentra en la versión de Lucas, mientras que en Marcos no aparece.

Destácase aquí el carácter justiciero de Cristo, que se incorpora a su propósito salvífico. Porque, según señala Orígenes refiriéndose al simbolismo de la piedra, Dios quiso manifestarse de diversas maneras, complementarias entre sí. Ante todo, como piedra donde fundarse, de modo que nuestros pies no vacilen (cf. Ps 73, 2). Por eso, cuando quiso animar a Moisés para que permaneciese en la verdad, le dijo: "Mira, hay un lugar junto a mí, manténte sobre aquella piedra" (Ex 33, 21). En realidad esa pie-

258 Ibid. IV, 24, 2-25, 1: SC 100 bis, pp.704-706.
259 *Homilías*, hom. 2, 4: PG 96, 584.

dra no era sino Cristo (cf. 1 Cor 10, 4), el mismo que afirmó de sí: "Yo soy la verdad" (Jn 14, 6). De ahí que probablemente las palabras: "Mantente sobre aquella piedra" equivalgan a "Mantente en la verdad". Para otros, en cambio, se manifestó como piedra no de sostén sino de tropiezo, según las palabras del Evangelio: "Quien cayere sobre esta piedra se hará trizas" [260].

La piedra aparece así, y ya desde el Antiguo Testamento, con un doble significado. A veces se habla de una piedra de santificación, escogida, angular y preciosa (cf. Is 28, 16), semejante a aquella donde durmió Jacob y que al despertarse consagró con aceite para que fuese un monumento a la gloria de Dios (cf. Gen 28, 10-19), otras se alude a una piedra contra la cual no pocos chocarán, "piedra de tropiezo y piedra de escándalo para las dos casas de Israel, lazo y trampa para los moradores de Jerusalén; allí tropezarán muchos, caerán, se estrellaran, y serán atrapados y presos" (Is 8, 14-15). Cristo debía ser esa piedra para la gloria de Dios, y sin embargo, al mismo tiempo, una piedra donde se tropezaría. "escándalo para los judíos", dice San Pablo (1 Cor 1, 23). La palabra "escándalo" significa precisamente eso, "tropiezo".

Dicho con otras palabras, Cristo debió ser la roca de Sión, sobre la cual reposasen la liturgia del Templo y la obediencia de la Ley. Pero los judíos no pensaban sino en lo que se eleva sobre el fundamento: el Templo y la Ley; en razón de lo cual olvidaron el fundamento, lo contrariaron, acabando por toparse con él.

San Efrén de Nisibe aplica a Cristo la semejanza de la piedra, como ocasión de tropiezo, remontándose a lo que lee en el profeta: "Yo pongo el acero más duro en medio de los hijos de Israel" (Amos 7, 8). Los jefes del pueblo judío se confabularon

260 Cf. *Comment. In Io.* XX, 22: PG 14, 636.

contra Él y buscaron perderlo, porque su doctrina no los complacía. Cuando el Señor dijo: "A aquel sobre quien cayere [la piedra], lo hará polvo", lo que quería afirmar es que se destruiría la idolatría y otras cosas semejantes, según leemos en la Escritura: "La piedra que había golpeado al ídolo se convirtió en una gran montaña que llenó toda la tierra" (Dan 2, 35) [261].

Como se ve, la misma piedra que es salvífica para aquellos que la reconocen como piedra de ángulo, resulta nefasta para quienes se apartan voluntariamente de su doctrina: "para ellos Cristo es piedra de choque, y piedra de escándalo", escribe San Cirilo de Alejandría [262]. Así tropezó Israel en el primer advenimiento del Salvador.

San Juan Crisóstomo relaciona dicho tropiezo con el modo como los "constructores" del pueblo judío rechazaron al Señor. "Éste no viene de Dios, decían. Éste engaña al pueblo" (Jn 7, 12). Y también: "Eres un samaritano y estás endemoniado" (Jn 8, 48). Cayeron sobre la piedra, y quedaron hecho pedazos, o si se quiere, la piedra cayó sobre ellos y los aplastó. "Con lo que les indica dos modos de ruina y perdición: uno, tropezar y escandalizarse en la piedra, que es lo que quiere decir: «El que cayere sobre esta piedra». Otro, el que había de venirles de la toma de la ciudad, de su desastre y ruina general, que claramente les anuncia de antemano al decirles: «Lo aplastará». Y también aquí anuncia su propia resurrección" [263].

Diversos matices del texto nos ofrece el Pseudo-Crisóstomo: "Una cosa es ser quebrantado, y otra ser destrozado. De lo que se rompe queda algo, pero lo que se desmenuza queda reducido

261 Cf. *Diatessaron* XVI, 20: SC 121, pp.293-294.

262 *Comment. in Mt.* 75: PG 72, 436.

263 *Hom. sobre S. Mt.*, hom. 68, 2, en *Obras de San Juan Crisóstomo*, BAC. tomo II..., pp.391-392.

a polvo, y nada se encuentra en él. Si uno cae sobre una piedra, no es la piedra la que lo golpea , sino que él mismo se golpea contra la piedra, y ello por dos razones, por su peso, o por la altura de donde cae" [264].

Según San Cirilo, el pueblo judío se escandalizó de Cristo, chocó con Él, y en consecuencia de ello, quedó profundamente vulnerado. No quiso oír a Isaías según el cual la casa de Israel no debía encontrar en Dios una piedra de tropiezo, una peña de escándalo (cf. Is 8, 14). También fue piedra de tropiezo para los gentiles que se resistieron a creer. Para nosotros, los que hemos creído, es piedra fundamental, pedestal y base de toda la Iglesia, contra la que las olas ofensivas de los herejes se convierten en espuma [265]. Porque los herejes no intentan otra cosa que quitar su fundamento a la Iglesia. Son, también ellos, pésimos viñadores y pésimos constructores, construyen sobre el vacío, al costado de la piedra [266]. Sin embargo, aun los que se llaman cristianos pueden chocar con Cristo, sea por sus malas obras, sea negándolo. "El que peca –escribe San Jerónimo–, y sin embargo cree en él, cae en verdad sobre esta piedra y se rompe, pero no queda enteramente destrozado, ya que por la penitencia le queda abierto el camino de salvación. Pero a aquel sobre quien ella cayere, esto es, a quien la piedra aplastare, y que de corazón ha negado a Jesucristo, lo hará pedazos de tal modo que no quedará de él ni el resto de un vaso en que pueda beberse un sorbo" [267].

Algunos Padres han creído descubrir en la sentencia de Cristo "Quien cayere sobre esta piedra se hará pedazos; y a aquel sobre quien cayere lo hará polvo", no sólo una alusión a lo que

264 *Opus imperfectum in Mt.*, hom. 40: PG 56, 858.
265 Cf. S. Cirilo de Alejandría, *Comment. in Lc.*, cap. 20, 17: PG 72, 888.
266 Cf. S. Beda, *In Mc. Ev. expositio*, lib. III, cap. 12: PL 92, 252.
267 *In Mt.*, lib. III, 21, 44: SC 259, p.136.

sucede actualmente sino un preanuncio del juicio terminal. Así San Agustín escribe que Cristo afirma lo primero, es decir, que caerán sobre Él, en referencia a los que ahora lo desprecian e injurian, significando con ello que todavía no perecen totalmente, sino que sólo se quebrantan de modo que no puedan caminar rectamente. En cambio afirma que caerá sobre ellos, cuando venga de lo alto en el día del juicio, castigándolos con la eterna perdición. Por eso les dijo: "Los hará polvo", ya que serán, como los impíos, cual polvo que arrastra el viento por toda la tierra (cf. Ps 1, 4) [268].

Por eso los Padres exhortan a aceptar la invitación de San Pedro: "A él habéis de allegaros, como a piedra viva, desechada por los hombres, pero elegida y preciosa delante de Dios; también vosotros, como piedras vivas, entrad en la construcción de un edificio espiritual" (1 Pe 2, 4-5).

3. La Indignación de los Judíos

Tras la tajante sentencia de Jesús, dice el texto que *los sumos sacerdotes y los fariseos, oyendo sus parábolas, comprendieron que de ellos hablaba.* Si en el transcurso de la parábola no se les había aún vuelto claro a quiénes simbolizaban los malos viñadores, ahora no podían tener ya dudas de que el Señor se había referido a ellos mismos, como a los jefes y representantes del pueblo judío al que estaban arrastrando en su defección. Orígenes afirma que no sólo esta parábola la entendieron como dicha contra ellos sino también las que la rodean, la de los dos hijos diferentes y la de la piedra. Por eso el texto de Mateo dice: *oyendo sus parábolas*, en plural. La de la piedra no fue sino el

268 Cf. *Quaest. Evang.* I, 30; PL 35, 1329.

remate de las dos anteriores. Claramente entendieron que hablaba de ellos. "Por grande que fuese la dureza de su corazón –escribe San Jerónimo– así como el encequecimiento que mostrarían frente al Hijo de Dios, por causa de su descreimiento e impiedad, no podían negar las conclusiones evidentes: comprendían que todas esas condenaciones del Señor se referían a ellos" [269]. Y entendiendo que hablaba de ellos, dice San Hilario, "se encendieron en cólera" [270]. Se enojaron como si el Señor los estuviese ofendiendo mentirosamente, pero bien sabían que lo que decía era verdad.

Como se ve, la reacción fue desastrosa. Porque, ¿qué debieron haber hecho los judíos al oir esto?, se pregunta el Crisóstomo. "¿Por ventura no era su deber adorar al Señor y admirar su solicitud, la de antes y la de ahora? Mas, si nada de esto los movía a corregirse, por lo menos el temor del castigo debía haberlos hecho entrar en razón". Mas no sucedió así, agrega el Santo Doctor. Porque hay una diferencia entre los hombres buenos y los malos. El bueno, cuando cae en pecado, llora porque pecó; el malo, en cambio, se enfurece, no porque ha pecado, sino porque ha sido sorprendido en el pecado; y no sólo no hace penitencia, sino que al contrario, se enfurece más contra quien lo corrige [271].

Termina el evangelio: *Y trataban de prenderlo, pero temían a las multitudes, porque éstas lo tenían por profeta.* Querían ponerle la mano encima, pero por temor a los seguidores de Jesús, en los cuales probablemente se encontraban numerosos peregrinos galileos, debieron provisoriamente dejar de lado su propósito e irse sin haber hecho ni contestado nada. Anota San

269 *In Mt.*, lib. III. 21. 45.46: SC 259. pp.136-138.

270 *In Mt.*, cap. 22, 1: SC 258. p.140.

271 Cf. *Hom. sobre S. Mt.*, hom. 68. 2. en *Obras de San Juan Crisóstomo*, BAC, tomo II..., p.393.

Jerónimo que este apoyo de la multitud era muy relativo: "La multitud es siempre versátil, inconstante en sus resoluciones; como las olas y los vientos diversos, se deja arrastrar de aquí para allá; ahora venera y honra a este hombre como un profeta y más tarde gritará: «¡Crucifícale, crucifícale!» (Jn 19, 6)" [272]. Con todo hay que reconocer que serían llevados a gritar esa infamia por instigación de aquellos mismos escribas y fariseos.

Orígenes no puede ocultar su veta mística en el encantador comentario que nos ofrece en torno al intento de los jefes judíos de poner sus manos sobre Cristo. No todos los que quieren prender al Señor, escribe, se comportan de la misma manera. De un modo deseaban prenderlo los príncipes de los sacerdotes y los fariseos, y de un modo totalmente distinto aquella esposa de que se habla en el Cantar de los Cantares, que lo buscó por las calles y plazas de la ciudad, hasta que lo pudo alcanzar. Entonces dijo: "Le aprehendí y no le soltaré hasta que le haya introducido en la casa de mi madre, en la alcoba de la que me concibió" (Cant 3, 4) [273].

Concluimos así el análisis patrístico del texto mismo de la parábola. Ella se nos ha mostrado como una especie de compendio de la historia de la salvación, desde la concertación de la alianza con el pueblo elegido en el Sinaí, cuando Dios "arrendó" su viña a los jefes del pueblo, pasando por la defección de Israel y el establecimiento de la Iglesia de los gentiles, hasta llegar a la resolución del drama en el juicio final. Un auténtico "tema bíblico".

272 *In Mt.*, lib. III, 21, 45.46: SC 259, p.138
273 Cf. *Comment. in Mt.*, tomus XVII, 13: PG 13, 1516.

VIII. LA ALEGORÍA DE LA VID Y LOS SARMIENTOS

El aparente fracaso de Cristo con el pueblo de Israel, la tragedia del Viernes Santo, en que vemos al pueblo judío rechazando al Mesías que le había sido enviado por el Padre, va a ser, en los designios inescrutables de Dios, el modo en que la viña, que había sido plantada en Israel, reciba inesperadamente una nueva expansión. Aquella viña, que no había producido más que agraces, daría por vez primera los frutos que de ella se esperaban. Porque, en cierto sentido, todo el Antiguo Testamento no fue más que un agraz; apenas si se hallan de vez en cuando algunos frutos sabrosos. Se trató, hablando en términos humanos, de un intento frustrado. Pero de la Pasión y Resurrección de Cristo surgiría la viña definitiva, la viña de la Iglesia, cuyo tronco es el mismo Señor, viña que produciría, por fin, los frutos que Dios anhelaba [274]. Esta idea ha quedado magníficamente representada en el mosaico que preside, desde el ábside, la iglesia de San Clemente de Roma: de la cruz de Cristo brota una inmensa vid, que es la Iglesia, en cuyos pámpanos están figurados santas y santos, los frutos esperados.

Nos parece un verdadero acierto el de Jean Daniélou al relacionar nuestra parábola con la alegoría de la vid y los sarmientos. Si bien Cristo las pronunció en momentos diversos, aun cuando no muy lejanos, ya que tanto la parábola como la alegoría las dijo en el curso de la primera semana santa de la historia, con todo ambas tienen estrecha relación con el "tema bíblico" de la viña.

Recordemos el texto: "Yo soy la vid verdadera y mi Padre es el viñador. Todo sarmiento que en mí no lleve fruto, lo cortará, y todo el que dé fruto, lo podará, para que dé más fruto... Lo mismo que el sarmiento no puede dar fruto por sí mismo, si no

274 Cf. J. Daniélou, *El misterio de la historia...*, pp.233-234.

permaneciere en la vid, así tampoco vosotros, si no permaneciereis en mí. Yo soy la vid, vosotros los sarmientos. El que permanece en mí y yo en él, ése da mucho fruto, porque sin mí nada podéis hacer. Si alguno no permanece en mí, es arrojado fuera, como el sarmiento, y se seca, luego los recogen, y los arrojan al fuego para que ardan. Si permanecéis en mí y mis palabras permanecen en vosotros, pedid lo que quisiereis y se os dará. En esto será glorificado mi Padre, en que deis mucho fruto" (Jn 15, 1-2.4-8).

Destaca Daniélou las palabras "Sin mí nada podéis hacer", que resumen, a su juicio, la historia de Israel, la historia de un fracaso humano y de una decepción divina. A esta renovada desilusión de Dios, vino Jesús a poner fin: "Yo soy la vid". Él fue la vid verdadera, que a través de la cruz realizó el cumplimiento del designio divino. Asesinado por los viñadores perversos, hizo de su muerte el gesto de amor que Dios no había podido obtener de Israel. En su humanidad, nacida de Israel, Dios logró lo que el pueblo judío había sido incapaz de realizar. El es la vid fructífera e indestructible, en la que Dios podrá agradarse de manera indeficiente: "He aquí en quien he puesto mis complacencias" (Mt 3, 17).

Pero no se trata sólo de la humanidad individual de Jesús. El es la cepa en la que hemos sido injertados, es decir, el principio y el tronco de la nueva viña, la Iglesia entera. De esta viña es de la que nos hablaba el salmo 80, una viña que se extiende desde las laderas del Líbano hasta el río Eufrates, desde el Mar hasta el Oriente, es decir, que cubre el mundo todo y a cuya sombra pueden los hombres encontrar reposo. Sólo nos resta injertarnos en El, lo que se realiza a través del bautismo. Zenón, obispo de Verona, comentando el Cántico de la Viña, en el transcurso de la noche pascual, ante los catecúmenos a quienes se aprestaba a bautizar, les decía:

> "La parábola de la viña exigiría, amadísimos hermanos, muy largas explicaciones. Pero estamos de prisa pues se acerca la hora de administrar los sacramentos, y no puedo por ellos consagraros todo el tiempo que quisiera. Así, pues, os voy a dar a gustar por anticipado esa parábola, y de esa manera no tenemos por qué prolongar el momento solemne del bautismo. La viña del Señor fue en un principio la Sinagoga que no producía más que espinas en lugar de frutos, agraces en lugar de uvas. Indignado por ello, el Señor hizo de ella un desierto, y plantó otra, conforme a su voluntad, la Iglesia nuestra Madre. La cultivó con el cuidado de sus sacerdotes, y tras de haberla suspendido del leño bienaventurado, le enseñó a producir una vendimia abundante. De ahí que hoy muchos de vosotros, nuevos sarmientos conducidos al leño, hayan llenado la bodega del Señor con su gozo unánime" [275].

Imposible resumir en menos palabras la teología de la Viña que fue en un principio la Sinagoga y que es ahora la Iglesia, la viña que crece a través de los siglos con los sarmientos injertados en el tronco que es Cristo. "Yo soy la vid, vosotros los sarmientos". La Sinagoga ha sido reemplazada por la Iglesia, que rompiendo los límites estrechos del pueblo elegido, se vuelve católica, es decir, universal [276].

Comentando la parábola que nos ocupó en este capítulo, Ireneo nos ha dejado preciosas observaciones sobre la universalidad de la Iglesia. Algo de ello hemos dicho más arriba, pero parece conveniente recordarlo aquí. El dueño de la viña, afirma el Santo Doctor, no sólo se contentará con transferir la viña a otros viñadores, sino que le quitara su cerco y la extendera por

275 *Tractatus*, lib. II, 28: PL 11, 472.
276 Cf. J. Daniélou, *El misterio de la historia*..., pp.234-236.

todo el mundo. La viña y el mundo tendrán iguales fronteras. La torre de Jerusalén dejará su lugar a la Iglesia nueva, torre desde donde se avizoran todas las naciones. El vino del Espíritu desbordará el lagar de Israel para derramarse sobre todos los hijos de adopción, judíos y gentiles. "Dios ha confiado su viña, no circunscripta sino expandida por el mundo entero, a otros viñadores que le entregasen los frutos a su debido tiempo. La torre de elección se levanta por doquier (*ubique*) en todo su esplendor, porque por doquier resplandece la Iglesia; por doquier también ha sido cavado el lagar, porque por doquier se encuentran los que reciben el Espíritu de Dios" [277].

La palabra clave es *ubique*, por doquier, el adverbio de la catolicidad. Trátase de un tema altamente tradicional, ya que en el más antiguo texto litúrgico que poseemos, la Didajé, se nos muestra la viña de David, que es la Iglesia, esparcida por llanos y montañas [278]. Ya no hay fronteras geográficas ni etnográficas. Todos son llamados a ser hijos de Dios, viña de elección y lagar del Espíritu. La simiente carnal de Abraham se torna espiritual, y se extiende, como su fe, por la multitud de las naciones.

Volvemos así al misterio de la "transferencia", del que tratamos páginas atrás. "A los que rechazaron al Hijo de Dios –escribe Ireneo– y lo arrojaron fuera de la viña después de haberlo matado, Dios los ha justamente reprobado, y es a los gentiles, que se encontraban fuera de la viña, a quienes ha confiado el cuidado de hacer fructificar su tierra" [279]. El matarlo "fuera de la viña" tuvo, como lo comentamos anteriormente, dos efectos contrastantes: el primero, de reprobación para Israel, que se negó a acogerlo; y el segundo, de salvación para los gentiles, que lo acogieron e hicieron fructificar su sangre. La economía estéril

277 *Adv. haer.* IV, 36, 2: SC 100 bis, pp.884-886.
278 Cf. 9, 2: SC 248, p.176.
279 *Adv. haer.* IV, 36, 2: SC 100 bis, p.886.

del judaísmo cedió el puesto a la fecundidad de la Iglesia. "Aquel que ellos [los profetas] predicaban como Señor a los incrédulos, es el mismo que Cristo hizo conocer como Padre a los que le obedecieron; y el Dios que había primero llamado a los hombres por la ley de servidumbre es el mismo que luego los acogió por la adopción" [280].

Escribe San Beda que en esta nueva viña que es la Iglesia encuentran lugar no sólo los gentiles que aceptan el Evangelio sino también los judíos que se convierten. "El que permanece en mí y yo en él, ése da mucho fruto", es decir, todos los que creen en Cristo, sean gentiles, sean judíos, se vuelven fructíferos en el tronco común [281].

San Ambrosio, en su exégesis sobre la parábola de los viñadores homicidas, ofrece detalles encantadores de esta transferencia, en conexión con la alegoría de la vid y los sarmientos:

> "Consideremos quiénes son los viñadores y qué es la viña. La viña es figura nuestra. Porque el pueblo de Dios, fundado en la cepa de la viña eterna, se eleva por encima de la tierra, y adornando un suelo sin belleza, produce yemas y flores, se rodea de un lozano vestido, y recibe el yugo ligero [282]; al crecer, sus brazos maduros son como los sarmientos de un viñedo fecundo. El viñador es el Padre todopoderoso, la viña es Cristo, y nosotros, los sarmientos; si no llevamos frutos en Cristo, la hoz del viñador eterno nos cercena.
>
> Es, pues, justo llamar viña al pueblo de Cristo, sea porque adorna su frente con el signo de la cruz, sea porque sus fru-

280 Ibid.: p.882. Cf. A. Orbe, *Parabolas evangélicas en San Ireneo*, BAC, tomo I..., pp.265-266.

281 Cf. *In Mc. Ev. expositio*, lib. III, cap. 12. PL 52. 251.

282 Parece aludir a la disposición de los sarmientos, que se entrecruzan como los brazos de una cruz.

tos se recogen en la última estación del año [283], sea porque, a semejanza de lo que sucede en las hileras de las vides, también en la Iglesia de Dios la medida es la misma para pobres y ricos, humildes y poderosos, siervos y señores, sin distinción alguna.

Así como la vid se adhiere a los árboles, así el cuerpo se une al alma, y el alma al cuerpo. Así como la vid, cuando se la ata se despliega, cuando se la poda no se la merma sino que se la robustece, así el pueblo santo, cuando lo atan se despoja, cuando lo humillan se exalta, cuando lo podan lo coronan [284]. Más aún, así como el brote tierno, arrancado de un árbol viejo, es injertado en el tronco de otra raíz, así el pueblo santo, una vez liberado de las cicatrices del viejo retoño, se desarrolla alimentándose del árbol de la cruz como del seno de una madre afectuosa, y el Espíritu Santo, como si se hubiera derramado en los surcos profundos de un terruño, se vierte en la prisión de este cuerpo, borrando todo lo fétido mediante el baño del agua salvífica, y elevando las disposiciones de nuestros miembros hacia una conducta celestial...

Tal es nuestra vendimia. En la alegría, pues, y en la serenidad, carguen unos en su seno los racimos de las uvas sabrosas, saboreen otros los dones celestiales, expriman muchos, bajo los pies de sus buenos deseos, el fruto del don divino, y una vez que se han descalzado, sus pies desnudos se coloreen con el vino que fluye [285], porque el lugar en que

283 Es posible que el autor haga referencia a una idea muy paulina, y es que el misterio de Cristo y la fundación de la Iglesia corresponden a la ultima edad del mundo.

284 Se refiere quizás a la poda de la persecución y del martirio.

285 Se ha dicho que para expresar este último acto de la vendimia, Ambrosio imita a Virgilio cuando en sus *Geórgicos* II, 7-8 invita a Baco a quitarse las sandalias y pisar las uvas en el lagar: "*Veni; nudatoque musto / tinge novo mecum direp*

> estamos es tierra santa (cf. Ex 3, 5), y por tanto hay que quitarse los zapatos, de suerte que la marcha de nuestra alma, ascendiendo las gradas del trono santísimo, se realice libre de las ataduras del cuerpo. Conviene que ya que la viña es del mundo entero haya vendimia del mundo entero" [286].

No cabe duda: la viña no es otra que la Iglesia. Sus viñadores, sus nuevos viñadores, son los que Dios ha llamado para doctores y pastores de la misma. "A nosotros nos ha sido arrendada la viña –afirma San Jerónimo–, y nos la ha sido arrendada con la condición de dar al Señor el fruto a su tiempo; sepamos en cada momento lo que hay que decir o hacer" [287]. De donde escribe el Pseudo-Crisóstomo: "Así como el viñador, aun cuando cumpla con su deber no agradará a su señor si no le entrega las rentas de la viña, así el sacerdote no agrada tanto al Señor por su santidad, como enseñando al pueblo de Dios la practica de la virtud; porque su santidad es única, y la del pueblo es múltiple" [288].

Demos la palabra a San Ambrosio para que entone el canto de la victoria:

> "¡Salud, viñedo digno de un custodio tan grande! [289]. Tú has sido consagrado por la sangre no sólo de Nabot, sino de profetas sin número, y, lo que es más, por la sangre preciosa del Señor. Nabot, por cierto, no se asustó ante las amenazas

tis crura cothurnis (Ven a mi, oh dios del lagar y, despojando del coturno tus piernas desnudas, mójalas conmigo en el dulce vino)". Las palabras que emplea Ambrosio son casi las mismas que Virgilio.

286 *Exp. Ev. sec. Lc.*, lib. IX, 29-31: SC 52, pp.151-152.

287 *In Mt.*, lib. III, 21, 40: SC 259, p. 134.

288 *Opus imperfectum in Mt.*, hom. 40: PG 56, 855.

289 Claramente se inspira en el célebre "*Salve magna parens frugum* (Salve, gran madre de las cosechas)", que Virgilio dedica a Italia: *Geórgicas* II, 173.

del rey, ni su constancia se doblegó por el temor: los más ricos presentes no pudieron hacer que vendiera su inclinación religiosa: resistiendo a los deseos del rey, que quería plantar en sus jardines hierbas y legumbres cortando la viña, al no poder hacer otra cosa, extinguió con su propia sangre el fuego que amenazaba las cepas. Lo que él defendía era, al fin y al cabo, una viña efímera; a ti, en cambio, te ha plantado en favor de nosotros y por una eternidad la muerte de una multitud de mártires; la cruz de los apóstoles, emulando la pasión del Señor, te ha extendido hasta las extremidades del mundo entero" [290].

Una última aplicación de nuestra parábola y de la alegoría de la vid se la debemos a Orígenes. Según este autor, cada alma es una especie de viñedo, plantado por el *paterfamilias*. De este modo, el doctor alejandrino pasa de Cristo-Viña, tronco de la Iglesia, al alma-viña, una microiglesia, que desde la infancia hasta la edad madura debe ir produciendo los frutos de las virtudes. En las vides hay un tiempo en que aparecen hojas, otro en que empiezan a mostrarse algunos frutos rudimentarios, otro en que comienzan a formarse los racimos, otro en que éstos van tomando color, y otro, finalmente, cuando dan el fruto perfecto, apto para ser cosechado y convertido en vino. De manera semejante, el primer tiempo de la vida del hombre es la infancia, donde nada produce la viña del alma, sólo dotada de vida. Luego llega el uso de la razón, cuando el alma comienza a mostrar las primeras flores de las virtudes; a medida que progresa, se van gestando los ramos que anuncian virtudes sólidas y perfectas. Es cierto que a veces las uvas se vuelven agrias, cuando los vicios invaden el alma, pero si ésta sabe reponerse, vuelve a retomar el camino de su madurez; en caso contrario, permanece ácida e inmadura, de modo que, como dice el profeta, cuando

290 *Exp. Ev. sec. Lc.*, lib. IX 33: SC 52, pp 152-153.

alguien come esas uvas, sufre dentera (cf. Jer 31, 29). Si logra salir de ese estado y retoma al camino de las virtudes, va cobrando el color propio de la uva, hasta llegar a producir los racimos perfectos de la caridad, el gozo, la paz y la paciencia [291].

En la escuela de Orígenes escribe San Beda: "En sentido moral, todo fiel a quien se le ha conferido el misterio del bautismo, queda obligado a trabajar [en su interior] como en una viña, pero ultraja y echa fuera al siervo enviado, cuando menosprecia la palabra oída o, lo que es peor, la blasfema; y mata, en cuanto de él depende, al heredero enviado últimamente, porque conculca al Hijo de Dios. Perdido el mal agricultor, da Dios la viña a otro con el don de la gracia, que despreció el soberbio y enriquece al humilde" [292].

Esta aplicación personal se encuentra en diversos autores. Dios y sus ángeles, afirman, son los que custodian la viña del alma. Será preciso estar vigilantes para que, tentada por el demonio, no produzca frutos de malas obras. El lagar es la cruz o las tribulaciones de la vida; su fondo es la humildad, en la que se gestan los frutos de las buenas obras; su parte superior, donde se prensan las uvas, es la paciencia, que exprime el jugo de las obras y las hace perfectas; la torre es la fe encumbrada y vigorosa, que ve desde lejos los enemigos, profundamente hundida en la tierra, es decir, en la humildad, y airosamente elevada hacia el cielo por la esperanza, etc.

Como se ve, la parábola conoció esta triple aplicación: a Israel, a la Iglesia y al alma. Nos agrada cerrar estas consideraciones con una alusión al Cristo hecho uva por nosotros en el Santo Sacrificio de la Misa. Es el vino de la nueva Alianza, fruto de Dios, por cierto, pero también del trabajo de los hombres, los

291 Cf. *Comment. In Mt.*, tomus XVII, 8-9: PG 13, 1501-1504.
292 *In Mc. Ev. expositio*, lib. II, 17: PL 92, 252.

nuevos cultivadores, los sacerdotes, que prestan a Cristo sus labios para que la uva se siga exprimiendo a lo largo de la historia "hasta que Él vuelva" (1 Cor 11, 26).

Breve reseña de los Santos Padres y escritores eclesiásticos citados

Las reseñas son extremadamente suscintas, sólo ordenadas a que el lector ubique con cierta aproximación a los Padres y escritores que se citan en el libro. Hemos dejado de lado las discusiones sobre las fechas precisas de nacimiento y muerte de los mismos, muchas veces inciertas, eligiendo una fecha incluible dentro de los márgenes que establece la duda.

Agustín (354-430). Oriundo de Tagaste (África). Se convirtió siendo adulto, bajo el influjo de San Ambrosio. Luego de ordenarse de sacerdote, lo eligieron obispo de Hipona. Su irradiación en la Iglesia fue poco menos que universal. Por sus polémicas, principalmente con los pelagianos, se lo ha llamado "el doctor de la gracia". Principales obras: *Confesiones, Soliloquios, Sobre la Ciudad de Dios, Sobre la Trinidad, Sobre la gracia*, comentarios exegéticos del Antiguo y el Nuevo Testamento, numerosos sermones y cartas.

Ambrosio (337-397). Nació en Tréveris, siendo su padre prefecto de las Galias. Estudió retórica y ejerció la abogacía en Roma. Tras ser nombrado cónsul de Liguria y Emilia, con residencia en Milán, se ordenó de sacerdote y fue preconizado como obispo de Milán. Sus preferencias se volcaron más a la pastoral que a la elucubración teológica. Principales obras: *Hexcemeron, Sobre los misterios, Sobre los sacramentos*, comentarios exegéticos, cartas, poesías e himnos litúrgicos.

Atanasio (295-373). Nació en Alejandría, y en su juventud se relacionó con los monjes de la Tebaida. Ordenado diácono, tuvo un destacado papel en el concilio de Nicea (325). Años después fue nombrado obispo de Alejandría. En constante enfrentamiento con los herejes, sobre todo arrianos, fue desterrado de su sede cinco veces. Se lo considera uno de los más grandes obispos de los primeros siglos. Resulta admirable la fecundidad de sus escritos, en medio de tantas turbulencias. Entre otros: *Oración acerca de la encarnación del Verbo, Apología contra los arrianos, Comentario sobre los salmos*, y también del Génesis y del Cantar, *Vida de Antonio, Acerca de la virginidad*, etc.

Beda el Venerable (672-735). Nació en Jarrow (Inglaterra). Si bien no vivió en la época estrictamente patrística, sin embargo en la práctica se lo considera su heredero directo. Fue monje benedictino y afamado historiador de la Iglesia, ejerciendo un gran influjo en los prolegómenos de la Edad Media. Principales obras: *Historia eclesiástica de Inglaterra*, *Martirologio*, comentarios de libros de la Sagrada Escritura, sobre todo del Evangelio.

Cipriano (205-258). Nació probablemente en Cartago (África). Tras convertirse al cristianismo, fue ordenado sacerdote y luego elegido obispo de Cartago. En una grave polémica que estalló a raíz de las persecuciones, se mostró contrario a la inmediata reconciliación de los *lapsi*, es decir, de los que habían renegado de la fe. En la persecución de Valeriano, fue desterrado a Cucubis y al año siguiente decapitado cerca de Cartago, siendo así el primer obispo africano mártir. Principales obras: *A Donato*, *Sobre los lapsos*, *Sobre la unidad de la Iglesia*.

Cirilo de Alejandría († 444). Nació, según parece, en Alejandría (Egipto), ciudad de la que llegaría a ser patriarca. Desde que Nestorio fue consagrado obispo de Constantinopla, se opuso decididamente a él. Con sus escritos y sermones anticipó la doctrina del futuro Concilio de Calcedonia sobre las dos naturalezas de Cristo y la calificación de María como "Madre de Dios". Su autoridad doctrinal fue enorme en la Iglesia griega y lo sigue siendo hasta hoy. Principales obras: *Sobre la santa y consustancial Trinidad*, *Doce anatemas contra Nestorio*, *Contra los que no quieren confesar que la santa virgen es la madre de Dios*, cartas pascuales, sermones y epístolas.

Clemente de Alejandría (150-215). Nació en Atenas. Tras numerosos viajes se radicó en Alejandría, donde sucedió a Panteno como director de la llamada "Escuela de Alejandría". Tres años más tarde se vio obligado a huir de Egipto con motivo de la persecución de Septimio Severo. Exiliado en Capadocia, murió sin regresar a Egipto. Fue el iniciador de la teología especulativa, considerando el aporte de la cultura griega como una eficaz ayuda para la inteligencia de los misterios cristianos. Principales obras: *Protréptico*, *Pedagogo*, *Strómata*.

Efrén (306-373). Nació en Nísibe (Mesopotamia), imperando Constantino. Desde joven abrazó la vida eremítica. El obispo de Nísibe lo llevó al

Concilio de Nicea y luego parece que le confió la dirección de una escuela teológica en su diócesis. Posteriormente debió emigrar a Edesa, viviendo como ermitaño en un monte próximo a la ciudad. San Basilio lo ordenó de diácono. Cabeza del movimiento monástico en Oriente, fue uno de los grandes impulsores del culto mariano, así como el príncipe de los poetas sirios. Principales obras: diversos comentarios bíblicos, sermones poéticos en siríaco, los *Carmina Nisibena*, *Diatessaron*, y multitud de poesías a Nuestra Señora.

Gregorio de Elvira (ss. III-IV). Fue obispo de Elvira, en la actual Andalucía. Resistió aguerridamente al arrianismo, adhiriendo al grupo de los "luciferianos", partidarios de una línea intransigente contra los obispos que, habiendo cedido ante el arrianismo, deseaban volver a la plena comunión con la Iglesia. Fue el autor de mayor influencia en España con anterioridad a San Isidoro de Sevilla. Nos ha dejado diversos comentarios sobre libros de las Sagradas Escrituras, un *Tratado acerca del Arca de Noé*, *Tratados sobre el Cantar de los Cantares*, etc.

Gregorio Magno (540-604). Nació probablemente en Roma, de una familia de la aristocracia romana. Luego de ser prefecto de dicha ciudad, se hizo monje. Más adelante fue elegido Papa. Su pontificado es uno de los más grandes de la historia. Notable defensor del pensamiento agustiniano, no fue su fuerte la especulación teológica sino el terreno práctico de la vida eclesiástica y del gobierno de la Iglesia. Se reveló como un gran propulsor de la liturgia y el canto coral. Principales obras: *Comentarios al libro de Job*, *Exposición sobre el Cantar de los Cantares*, *Homilías sobre Ezequiel*, *Homilías sobre el Evangelio*, *Regla pastoral*.

Hilario (315-367). Nació de una familia noble de Poitiers. Bautizado cuando ya era adulto, llegó a ser obispo de su ciudad natal. A raíz de su lucha contra el arrianismo, el emperador Constancio decidió desterrarlo a Frigia, en el Asia Menor. Fue allí donde se familiarizó con la doctrina y el espíritu de los Padres griegos. Luego retornó a su sede. Por su coraje en la lucha contra los herejes, fue llamado "el Atanasio de Occidente". Pío IX lo declaró Doctor de la Iglesia. Principales obras: *Sobre la Trinidad*, *Contra Constancio*, *Comentario de San Mateo*, *Comentario de los Salmos*, *Sobre los misterios*, *Libro de himnos*.

Hipólito de Roma († 235). Siendo presbítero de Roma, se enfrentó con el papa Calixto y fue elegido papa por un grupo de obispos, convirtiéndose en el primer anti-papa de la historia. Se decía discípulo de San Ireneo. Más erudito que pensador, fue un escritor fecundo, muy inclinado a la exégesis. Tras haber vuelto al seno de la Iglesia, murió mártir, y fue canonizado. Entre sus obras citemos: *Filosofumena*, *Acerca del Anticristo*, *La Tradición apostólica*.

Ireneo (140-202). Nació probablemente en Esmirna (Asia Menor). Discípulo de San Policarpo, a través de él entronca con la era apostólica. Poco se sabe de su vida. Fue obispo de Lyon, donde mostró su celo sobre todo en combatir a los gnósticos. Centró su teología, pletórica de virtualidades, en la fecunda idea de la "recapitulación". Fue asimismo uno de los iniciadores de la teología mariana. Principales obras: *Contra los herejes*, *Epideixis* o *Demostración de la enseñanza apostólica*.

Jerónimo (331-419). Nació en Estridón, entre Dalmacia y Panonia. Tras estudiar en Roma, retornó a su tierra natal, donde se abocó al estudio del griego y del hebreo. Ya sacerdote, fue a Constantinopla, y después a Tierra Santa, radicándose en Belén, donde fundó una comunidad monástica. Allí vivió hasta su muerte. Principales obras: la *Vulgata* (traducción de la Biblia al latín), comentarios a diversos libros del Antiguo y del Nuevo Testamento, numerosas cartas y homilías.

Juan Crisóstomo (344-407). Nació en Antioquía (Asia Menor), de familia noble. Luego de ser ordenado sacerdote, fue elegido patriarca de Constantinopla. Perseguido duramente por los herejes y emperadores complacientes, a quienes enrostraba su doctrina y sus costumbres, fue desterrado varias veces de su sede. En el último de dichos destierros, temiendo sus enemigos que su lugar de exilio se convirtiese en centro de peregrinación, por la notable irradiación apostólica de su personalidad, lo relegaron aún más lejos, esta vez a Pitio, en el extremo oriental del Mar Negro. En camino al nuevo destino sucumbió a las fatigas, muriendo santamente. Su espléndida oratoria le valió el apodo de Crisóstomo ("boca de oro"). Principales obras: numerosos sermones exegéticos sobre los Salmos, Isaías, Mateo y Juan, *Sobre la incomprehensible naturaleza de Dios, Contra los judíos, Sobre el sacerdocio, Sobre la vida monástica*, numerosas cartas.

Juan Damasceno (s. VII). Descendía de una familia cristiana de Damasco, de la que padres e hijos ocuparon funciones públicas en el gobierno sarraceno. Tras renunciar a su cargo ingresó en el monasterio de San Sabas, cerca de Jerusalén. Es el primer gran teólogo sistemático de la Iglesia griega. Su obra principal lleva por título *Fuente del conocimiento*. Pronunció diversas homilías sobre la Santísima Virgen. Son famosas sus tres apologías en defensa de los iconos así como sus himnos y cantos religiosos.

Justino († 165). Provenía de una familia greco-pagana de Palestina. Tras recorrer varias doctrinas filosóficas, no halló sino desengaños. Estando en las cercanías de Efeso, se hizo cristiano, y desde entonces se dedicó a la defensa de la religión, siendo el más relevante de los apologistas del siglo II. Vestido con el *pallium* o manto de los filósofos griegos, recorrió varios países enseñando, para establecerse finalmente en Roma, donde fundó una escuela superior. Murió mártir en esa ciudad. Nos dejó dos *Apologías* y el *Diálogo con el judío Trifón*.

Máximo de Turín († 423). Fue el primer obispo de Turín de que tenemos noticia. En el norte de Italia el paganismo no se resignaba a desaparecer, y se mezclaba con el cristianismo. Hubo también herejes. San Máximo no sólo enfrentó todos estos problemas, sino que nos dejó también una serie de sermones (89) sumamente esclarecedores.

Orígenes (185-253). Nació probablemente en Alejandría, de una familia cristiana. Su padre murió mártir. Se le confió la "Escuela de Alejandría", que dirigió llevando una vida ejemplar. Posteriormente fue ordenado sacerdote en Cesarea. Tras numerosas penalidades durante la persecución de Decio, murió en Tiro. Autor realmente genial, su influencia fue inconmensurable. Luego de su muerte se discutió, y no sin razón, la ortodoxia de algunas de sus ideas, y resultó anatematizado. Principales obras: *Homilías sobre el libro de los Números, Josué, Reyes, Jeremías, Ezequiel, Job, Comentario a San Mateo, Comentario a San Lucas, Contra Celso.*

Pedro Crisólogo (406-450). Nació quizás en Ravena, llegando a ser obispo de dicha ciudad. Fue muy amigo del papa San León Magno. Cobró especial notoriedad por su capacidad oratoria, que le valió el sobrenombre de Crisólogo ("palabra de oro"). Obras principales: un nutrido conjunto de valiosos sermones.

Zenón de Verona († 379). Al parecer, nació en África, pero se educó en Italia y fue elegido obispo de Verona. Prelado modelo, vivió por entero consagrado a su pueblo, siendo los pobres sus hijos predilectos. Luchó duramente contra quienes intentaban introducir de nuevo el paganismo en su diócesis y también contra los arrianos. Su celo apostólico logró que su diócesis quedase libre de tan perniciosa herejía y de otros errores y supersticiones. Sus escritos tienen la impronta de un hombre apostólico, célebre por su elocuencia y su elegante dicción latina. Dejó un cuerpo de excelentes sermones, de estilo muy original, con especial atención a temas trinitarios y mariológicos.

Índice de las principales siglas y abreviaturas

Adv. haer.	Adversus haereses (contra los herejes).
BAC	Biblioteca de Autores Cristianos.
CCL	Corpus Christianorum Latinorum.
Comment.	Commentarium (comentario).
Dial.	Dialogus
Epist.	Epistolae (cartas).
Exp.	Expositio (exposición. explicación).
Hom.	Homilía.
Lib.	Liber (libro).
PG	Patrologia Graeca (Migne).
PL	Patrologia Latina (Migne).
Quaest.	Quaestiones (cuestiones).
SC	Sources Chrétiennes.
Serm.	Sermones (sermones u homilías).
Tract.	Tractatus (tratado).

LA elucidación del tema de los Judíos y de los Gentiles resulta inobviable si se quiere entender lo que se ha dado en llamar "la teología de la historia". Con llamativa frecuencia los Padres han interpretado numerosas parábolas recurriendo a ese telón de fondo.

Nuestra disposición es ubicar el asunto en su verdadero terreno, que es el teológico, en plena comunión con la enseñanza patrística. Dejamos así de lado el tema del judaísmo político, del sionismo, del Estado de Israel, y otras cosas por el estilo. Si bien no carecen de alguna conexión con el judaísmo religioso, queremos hacer esta distinción para evitar equívocos.

¿Cuál fue la "Idea" que Dios tuvo cuando suscitó a Israel, cuál fue su misión histórica? Una misión doble, etnológica, ante todo, y luego religiosa. Como raza, los judíos habían sido "segregados" por Dios para posibilitar un origen carnal al Mesías. En el plan de Dios, el Mesías, cual nuevo Adán, debía unirse al primer Adán por vía de generación humana, a través de David, Jacob, Isaac, Abraham. Esta misión del pueblo judío, misión étnica, se cumplió cabalmente con la gestación de Jesús en el seno de la Virgen María, "de la casa de David" (Lc 1, 27). Pero ello no era todo. Más allá de lo étnico, al pueblo judío le quedaba por realizar el fin religioso de su elección, que consistía en reconocer en ese Jesús al Mesías esperado, aceptándolo como tal, para luego difundir su conocimiento y su doctrina a todos los demás pueblos de la tierra.

Israel realizó la misión que Dios le había confiado sólo en su primera parte, la parte carnal, pero no en su aspecto religioso, que era el primario. Su defección tuvo una importante repercusión histórica, ya que se encuentra en el origen de la salvación de los pueblos no judíos. O, como dice el Apóstol, "su caída ha traído la salvación a los gentiles" (Rom 11, 11). Éstos se adhirieron al Señor en forma multitudinaria, formando un nutrido grupo de naciones cristianas, que constituyeron ulteriormente la Cristiandad, mientras que la mayor parte de los Judíos han permanecido hasta ahora ajenos a Cristo.

Sin embargo queda por esperar un momento glorioso para Israel, su conversión al cristianismo al fin de los tiempos. Los cristianos gentiles nos alegramos desde ya en la expectativa de dicho momento, claramente anunciado por San Pablo: "El endurecimiento parcial que sobrevino a Israel, durará hasta que entre la totalidad de los gentiles, y entonces todo Israel será salvo" (Rom 11, 25-26).

de la Introducción

GLADIUS